

A woman with her hair in a bun, wearing a blue dress with a yellow and green floral pattern, stands on the back of a white wooden chair. She is holding a large, bright yellow balloon that floats above her. The background is a solid, light teal color.

SOPHIE DIVRY

DESDICHAS
MODERNAS

«Con sus guiños y su homenaje a *Madame Bovary* de Gustave Flaubert, este es uno de los hallazgos más emocionantes de la temporada.»

LE MONDE

DESDICHAS MODERNAS

SOPHIE DIVRY

Traducción de
María Enguix Tercero



© Les Editions Noir sur Blanc, 2014

© Traducción: María Enguix

© Los libros del lince, S. L.

C/ Diputació 327, principal 1ª

08009 Barcelona

www.linceediciones.com

Título original: *La Condition Pavillonnaire*

ISBN digital: 978-84-17302-46-7

Primera edición: enero de 2019

Imagen de cubierta: © Malpaso Ediciones, S. L. U.

Composición digital: Giulia Lo Monaco

Bajo las sanciones establecidas por las leyes, quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro (incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet), y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamo, salvo en las excepciones que determine la ley

PRIMERA PARTE

Uno no se basta para cambiar la vida y de nada vale ser libre en sueños. La libertad es un problema del rebaño entero. O todo el rebaño es libre o no lo será ninguno de sus animales.

JEAN GUÉHENNO

De una historia anterior a nosotros que se prolongará mientras podamos mantener catastros y conversaciones, construir muros, trabajar con excavadoras, cultivar un huerto, criar hijos; mientras podamos pagar al topógrafo, al ingeniero, al obrero; mientras sea posible reunirse ante notario para imprimir cuatro copias de una escritura en un despacho climatizado. De una historia que se prolongará después de nosotros mientras haya una pareja para habitar una casa, amarse, limpiar, hacer chapuzas, recibir visitas, vivir a fin de cuentas; mientras esa pareja sea lo bastante fértil para reproducirse y formar una familia de varios miembros; y en esa familia tú, la mujer, M. A.

Estás sentada a la mesa de la cocina. Tu mirada descifra mecánicamente las inscripciones que aparecen en el envase de una compota de manzana depositada sobre el hule. Y, en el silencio del incipiente mediodía, el compresor del frigorífico se pone en marcha.

Es un modelo empotrado de metro treinta de alto por cuarenta y cinco centímetros de ancho con una puerta blanca rematada por una pequeña placa que reza Breund Confort; tiene un indicador de luz verde encendido; a la izquierda del diodo, un botón con forma de estilizado copo de nieve lleva la leyenda Super Cool. Si lo apretamos, emite un breve zumbido para indicar un descenso de la temperatura interior. La puerta está cubierta por tarjetas postales y una docena de imanes (esos pequeños adornos magnéticos); los hay que parecen chinchetas (blancos, dorados, plateados y negros); los hay más grandes: uno cuadrado con el dibujo de un gato y la leyenda Gatto di Roma parece un recuerdo de Italia; un corazoncito de madera decorado con una flor y cabos de rafia; un imán con forma de camello; un imán con forma de avestruz; el último, que parece venir de un país africano, representa a una mujer moliendo mijo. Varias tarjetas postales están sujetas por esos imanes. En la que está más arriba, un sol poniente sobre el que se puede leer El port de la Selva, Costa Brava; debajo, una postal campestre dedicada a Les Cloches des Pyrénées, otra con un desierto marroquí, otra de Grecia, otra de Petra, Jordania. Hay una postal con un delfín que saca la cabeza en un mar

traslúcido, el animal parece reír; una segunda foto que se superpone a la anterior muestra una playa llena de bañistas y encima del delfín la palabra Bonjour, debajo: de Carnac. En la puerta de ese frigorífico hay también una foto de tres niños con la frase «feliz cumpleaños, abuela». Más abajo, una foto más antigua, que ya amarillea, de un niño acuclillado en una bañera; el crío tendrá unos cuatro años, se baña entornando los ojos por culpa de la luz y sonríe; a la derecha de la bañera, un juguete olvidado en el césped; a la izquierda de la bañera, el tirador de aluminio que sirve para abrir la puerta del frigorífico.

Sabemos hoy que los imanes son regalos traídos por miembros de tu familia; sabemos que esas tarjetas postales llevan meses allí, años quizá; sabemos que cambiarán de sitio a medida que vayan llegando nuevas postales a tu buzón; sabemos que los niños fotografiados han crecido; ahora son madres, padres, propietarios, son viajeros que volvieron hace tiempo para contar sus vacaciones en otra cocina.

Pero tú, en esos momentos, sola, empiezas a recordar.

I

Te aburrías mucho de pequeña.

Tardabas diez minutos a pie en llegar a casa después del colegio. Tus padres vivían en un barrio conocido como «la colonia» en el pueblo de Terneyre. La ciudad más próxima era Valvoisin, rebautizada más tarde por el ayuntamiento como Valvoisin-sur-Isère, pero no ibais mucho.

Algunos domingos tu madre se ponía a desangrar sesos de cordero en un vaso; a ti eso te repugnaba; volvías la cabeza cuando pasabas por delante de la cocina.

—Hay que ver... ¡Nos ha salido finolis, la niña!

Sobre las rodillas de tu padre: «¡Al paso, al trote, al galope!»

Recuerdas la grasa de los motores en el taller de tu padre. Seis días a la semana bregaba con carrocerías y tú te sentías orgullosa porque vuestro apellido figuraba en el rótulo.

Cuando ibas a verlo después de clase respirabas el olor acre a grasa, cadenas, neumáticos, nada te parecía más hermoso que tu padre vestido con un mono azul manchado de regueros negros. Te cogía en sus brazos y te levantaba por los aires.

—¿Qué dice mi reina?

—Ven a darle un besito a papá.

—Venga, una cucharada más y pasamos al postre.

Estás sentada sobre el pupitre del colegio y te desternillas de risa. El sabor de la mina de lápiz deslizada entre tus labios. «¡Deja ya de chupar eso, es tóxico!», decía tu madre. Y esa palabra, *tóxico*, hacía que te entraran más ganas aún de chuparla.

Frases de compañeros de clase:

—Cierra los ojos y abre la boca.

—Te voy a contar algo, pero es un secreto.

—¡Qué mentirosa! ¡Está enamorada!

El tubo metálico de pasta dentífrica que tu madre hace rodar concienzudamente sobre el borde de la encimera del cuarto de baño:

—No malgastes.

—No ensucies.

—¡Ten cuidado!

De repente ha saltado una brasa del fuego y te ha quemado. Tu padre ha cortado enseguida una patata y te la ha aplicado sobre la piel; el accidente ha permitido un orden distinto de las cosas, de las costumbres: «Con la comida no se juega».

Cuentas los días que faltan para tu cumpleaños. La gruesa vela de tus diez años.

Tienes fiebre. Una mano adulta se posa en tu frente.

Sobre la mesa de la cocina de Terneyre, las verduras atrapadas en la bolsa de malla de la compra.

Recuerdas el delantal a cuadros rojos y verdes que tu madre se ajustaba sobre la falda para cocinar.

Su batín de lana, contra el que te gustaba acurrucarte.

El orgullo de sorprender a los adultos hablando de ti. Cuando decían, por

ejemplo, «es muy aplicada en clase» o «¡menudo carácter tiene!»

Tu emoción las primeras noches que tus padres salen y te dejan sola en casa. Entrás a fisgar en su dormitorio, te pones una falda de tu madre, usas su pintalabios. Te paseas vestida así ante el espejo, recogíendote el pelo sobre la cabeza. De repente, la puerta de la entrada se abre; vas a cambiarte corriendo. Pero el miedo en sí era un placer.

Frases de tus abuelos:

—Se va de picos pardos, un día saldrá escaldado.

—Cada uno en su casa y Dios en la de todos.

—Su marido, el pobre, le da a la bebida.

El jardín al que daba la ventana de tu habitación era muy estrecho y muy verde.

El huerto al fondo, un balancín que ya no funcionaba, varias gallinas que desaparecieron durante tu adolescencia.

—Demasiada faena.

—Y esos bichos son una porquería.

Dibujas flores sobre páginas en blanco, siempre el mismo dibujo.

—Está hecha una mujercita.

—¡La vas a volver loca!

«A veces responde», había dicho el profesor de francés a tu madre, y te acusaron de insolente. Preguntaste qué debía hacerse después de una pregunta, si estaba mal responder.

—¿Nos tomas por imbéciles?

—¡A tu cuarto!

—¡Háblame como Dios manda!

Las revistas que comprabas a escondidas con el dinero de la paga.

Escuchas la radio en tu cuarto, tu corazón se acelera con las películas de la televisión.

Coleccionas imágenes de caballos.

Te aburres.

Pero entonces te fuiste a estudiar a la ciudad. Allí comiste bocadillos de diez francos, te familiarizaste con nombres de salas y auditorios, fumaste cigarrillos, te desvelaste en víspera de exámenes, esperaste autobuses y metros, aprendiste a pedir una caña y a participar en la conversación cuando estabas sentada a una mesa con una docena de amigos, leíste libros escritos con letra menuda, dibujaste gráficos, percibiste la carestía de la vida, por primera vez caíste enferma sin que tu madre estuviera a la cabecera de tu cama, el viernes por la tarde volviste a casa de tus padres con la colada, sus gestos te parecieron más lentos, sus caras envejecidas, querías largarte de allí, participaste en la asamblea donde se convocó una huelga, fuiste a una fiesta extraña, diste compresas, te sentiste pobre, como nadie te miraba comiste pasta directamente de la cacerola y un buen día te dieron el título.

Pero antes de eso tuvieron que orientarte.

La adolescente que eras no tenía ni alma de artista ni vocación de ayudar a los demás, concluyó la orientadora del instituto de Valvoisin-sur-Isère. Así que te propuso estudiar Económicas en la facultad de Lyon; una posibilidad que no disgustaría a una familia como la tuya, pensó la funcionaria. «Creo que he encontrado mi vocación», dices muy emocionada cuando vuelves a Terneyre esa misma tarde, y a nadie se le ocurrió ninguna objeción. Ante ti se abría un mundo nuevo donde no oirías más a tu padre sorber la sopa.

Nunca harás eso que llaman «viajes de negocios», pero gracias a tu licenciatura en Económicas serás contratada por la empresa Bédani, en 1978, y después por Coead, en 1995. Como tu título estaba muy solicitado en aquella época, encontrarás un puesto en una economía de mercado donde todos los cargos debían ser ocupados, y de forma duradera. La vida de estudiante no habrá sido nada más que una etapa: los despertares difíciles después de la «tremenda fiesta de anoche», las compras en Prisunic, el primer canuto, la

primera vez, los conflictos vecinales, todo lo que vivirás no habrá sido nada más que una etapa necesaria antes de que te destinen a la fabricación de muebles en Bédani y más tarde a la supervisión de proveedores informáticos en Coead.

(Aquí conviene apuntar que con semejante bagaje universitario podrías haber terminado igualmente en:

los tarritos de comida,
los fideos al huevo,
los cables telefónicos,
la papelería industrial,
la lencería de lujo,
o los reactores atómicos.)

Porque se defendía bien en los estudios, la niña que ayer mismo miraba con tanto misterio los papeles que rellenaban sus padres —papeles para la caja de pensiones, para la Seguridad Social, para el crédito—, la niña que un día preguntó si había «un colegio para ser adulto», en pocos años fue inquilina, universitaria, becaria y empleada. Te instalarás en un piso de dos habitaciones y harás lo necesario para tener agua corriente y gas, porque bastaba con pasarse un par de veces por ventanilla para acceder a esta comodidad moderna, y la tendrás sin preguntarte nunca cómo habían llegado a las capas inferiores de la vialidad social las cañerías que te permitían estar caliente en tu casa.

Pero de momento sigues siendo una adolescente en tu cuarto de paredes amarillas de Terneyre. Todo a tu alrededor te parece mediocre, los chascarrillos de tu padre con el vecino, con un brazo por encima del seto, mientras le da medio kilo de judías verdes.

—Hay que ver cómo se han dado esta temporada. No había visto nada igual en diez años.

—¡Ya me dirás, con todo lo que ha llovido!

Terminar el bachillerato era la condición para huir de aquí. Repasas todas las noches, pero pronto pierdes la concentración, te tumbas en la cama. Tienes diecisiete años y miras al techo melancólica. Ves pasar un coche por detrás del cristal. Sacas papel violeta y le escribes una carta a Catherine, una chica a

la que conociste en segundo y con quien hiciste buenas migas antes de que a su padre lo destinaran a París. Escribiros aporta una nueva dimensión a vuestra amistad, algo que os eleva por encima de lo cotidiano. No eras la única joven del barrio que se distraía gracias a esa clase de correspondencia, pero tus cartas eran especialmente conmovedoras. El instituto, la redacción que debías entregar el lunes y la última bronca con tu madre ocupaban mucho espacio, pero unos párrafos más abajo te lanzabas a la descripción de tu vida ideal: vivirías de noche y dormirías de día, darías la vuelta al mundo y te casarías con un hombre moreno y guapo con quien te reencontrarías después de un largo viaje; entonces, con un perrito cobrizo que ladraría a vuestros pies, iríais a correr desnudos por la playa, os revolcaríais en la arena, regresaríais al anochecer a una casa inmensa que dominaría el océano, y «seríamos felices, infinitamente felices», terminabas con una broma para convencerte de que no eras una ingenua.

Las cartas de Catherine estaban impregnadas por el peculiar misterio de su residencia parisina. Acechabas al cartero. Apenas veías el matasellos de Paris-Massy imaginabas el metro, el gentío, a Brigitte Bardot... Sobre en mano, subías a toda prisa las escaleras, cerrabas con llave la puerta de tu cuarto y, boca abajo en la cama, descifrabas su escritura con avidez. Catherine te da las gracias por tu carta, cuenta cómo se ha adaptado a la capital, a su nuevo instituto, te explica que ha ido a ver la Torre Eiffel, Trocadero, Notre Dame, la Plaza de la Concordia, que ha paseado por el Barrio Latino, «aquí se oyen todas las lenguas, esta maravillosa ciudad nunca duerme». Te jura que a pesar de la distancia seréis amigas toda la vida, «hermanas de corazón». Os decís todo esto con un espíritu sincero que entendéis como profundidad sentimental, como amor, porque en la adolescencia creemos que basta con revestir una amistad de promesas grandilocuentes para que exista con esa forma, persista con esa forma y no se enfríe, devorada y finalmente quebrada por el transcurso de la vida. Confesabas a Catherine tus ganas de largarte de «este maldito cuchitril», ella despotricaba de sus viejos padres, te decía que preparaba una fuga, «una de verdad»... y esas cartas sembraban en vuestros corazones fantasías de libertad que, de París a Terneyre, resonaban al unísono: ¡después del bachillerato, a vivir!

El país crecía, era una época próspera y no faltaba trabajo a quien quisiera aportar su grano de arena, como decía con tono entusiasta vuestro joven

profesor de Física; pero lo más importante, Lyon solo quedaba a setenta kilómetros de Valvoisin. ¡Qué maravilloso sería recorrer esa gran ciudad industrial, deambular sola por las calles, ir al cine y después cenar un yogur si se te antojaba! ¡Ah!, escribías en el papel violeta, con qué impaciencia esperabas el día en que saldrías por fin de aquel «hoyo putrefacto» donde los vecinos te preguntaban por tus últimas notas del colegio. Lo peor era que algunos se te acercaban al salir de clase:

—Dile a tu padre que iré a buscar el coche el martes. No te olvides de darle el recado, ¿eh?

En la cocina, la cena terminaba cada vez más menudo en bronca.

—¡Nunca estás contenta!

—¡Nada te parece bien!

Se oye un portazo, te echas a llorar en tu habitación. Francia bullía entonces con huelgas masivas. Por eso tu aislamiento te parece más cruel, habrías querido unirme a ellos, no a los obreros de aspecto sombrío, sino a los otros, a las bandas de melenudos parisinos, a esos que tu padre insultaba delante de su taller. Llorando sin parar de rabia en tu cuarto, te imaginabas como un poeta maldito que marchaba por caminos polvorientos con la mochila a la espalda... Cualquiera cosa antes que quedarte aquí, sepultada por conversaciones sobre motores para reparar y frases del tipo:

—Dile a Renée que venga a por la sopera.

—Dame los calcetines para que te los zurza.

A veces te ahogabas tanto que la idea del suicidio te rondaba por la cabeza. Te tirabas del balcón y al trágico momento del hallazgo de tu cuerpo se sucedían la pena y el remordimiento de tus padres, el funeral con todo lo que la gente diría de ti ese día, tu destino excepcional e incomprensido... Absorta en esas peripecias ya no pensabas en la angustia que las había causado y que volvía a abatirse sobre ti en cuanto consumabas tu entierro. Te ovillabas en la cama. ¡Si al menos hubieras tenido hermanos y hermanas! Habríaís vestido muñecas juntos, jugado a los indios juntos, trepado a los árboles juntos; de noche, antes de dormir, les habrías leído libros de cuentos... «¡Ah, qué maravilloso debe de ser estar embarazada! —escribías a Catherine—. ¡Qué dulce debe de ser tocarse el vientre y notar que una cosa chiquitina se mueve dentro!» Tendrías varios hijos, cuatro como mínimo, los

estrecharías entre tus brazos para que nunca tuviesen frío, daríais largos paseos al viento, tomaríais un almuerzo succulento en la casa blanca con su padre, el del vasto océano y el pequeño cachorro cobrizo.

Si no, siempre te quedaba la lectura, eso distrae. Una compañera te había pasado *El astrágalo*, te imaginas como delincuente, como fugitiva, pero al cabo de una hora, hastiada, bajas otra vez al comedor. Ves culebrones en los que norteamericanos ricos preñan a mujeres de voluptuosas cabelleras rubias a las que enseguida desposan en carruajes. En la cocina tu madre remienda un mono de trabajo. Te dice a veces que más vale que te pongas con los deberes en vez de mirar esas tonterías. Contestas con tono arisco que ya están hechos, que de todas maneras ellos no pueden entenderlo.

Al día siguiente estás en pie a las siete. Tu padre ya se ha ido al taller. Tu madre no puede evitar preguntar:

—¿No te dejas nada? ¿Lo llevas todo en la cartera?

—Mamá, que ya no tengo ocho años.

—¡No se te puede decir nada!

—Me tengo que ir o perderé el bus...

Conocerías a tu primer ligue en el polideportivo de Valvoisin. En el curso de gimnasia al que tu madre te había apuntado (convencida de que hacer ejercicio forma parte de una buena educación y porque costaba menos que aprender a tocar el piano, otro proyecto que tenía para ti) estabas bajo la férula de chicas precozmente desvirgadas que rivalizaban en comentarios de una escalofriante precisión. Recuerdas a la mayor, campeona regional de barra de equilibrio, cuyos pechos se movían espectacularmente durante los ejercicios; su novio la esperaba por las tardes delante del estadio en su moto; llevaba chupa de cuero y el pelo largo, y la chica pasaba su larga pierna por encima del asiento antes de agarrarse a su espalda. Las colegialas como tú los veían irse estremecidas.

Empiezas a vigilar las comidas. En un cajón escondes un sostén de encaje, te afeitas las piernas en el bidé; el primer beso será el de un chico llamado Antoine, miembro del equipo de atletismo departamental. Te gustó por sus andares, su sonrisa, la forma de llevar la mochila. Se queda contigo en la parada del autobús número seis, ese cachito de calle que, para tus quince años, será tan romántico como los balcones shakespearianos. Es aquí donde os

quedáis, dejando que el autobús pase de largo, apretados el uno contra el otro, cogidos de la mano, contándoos tonterías de vuestra edad; es aquí donde conoces por primera vez la sensación de una lengua que no es la tuya en tu boca; aquí donde por primera vez sientes que un mar cálido se derrama bajo tu piel, delicioso y paralizante.

De vuelta en tu habitación, escribes páginas y páginas a Catherine: tu anhelo de ver otra vez a Antoine el próximo miércoles, lo que te había dicho el miércoles pasado, y sobre todo te preguntas si estará enamorado de ti. Desde el piso de abajo tu madre grita:

—¡A la mesa!

Escenas de aquel primer amor en tu memoria.

El día en que Antoine te pregunta si puede ser «algo más que un amigo para ti».

El día en que vais al cine a hurtadillas.

El día en que te invita a su casa para «enseñarte algo, no te arrepentirás». Te hace subir a la habitación de su hermano. Lo sigues un poco inquieta por estar sola en una casa ajena, cuando ves a una gata con cuatro gatitos en un capazo.

—¡Oh, qué monos son!

—Nacieron hace diez días.

La gata ronronea en medio de su camada. Tiendes la mano hacia ella.

—¿Puedes cogerme uno?

El adolescente se agacha y te da uno de los gatitos. El contacto es cálido, delicioso, sobre tu piel. Acaricias su pequeño cráneo, sus minúsculas orejas, el animal endereza entonces la rosa cabeza, el cuello erguido, como si buscara tu mano con sus ojos ciegos.

—¡Qué gracioso es!

Estás de rodillas sobre las baldosas, Antoine cerca de ti. Notas su brazo en tu hombro, notas su respiración y los aromas que exuda su torso; entonces regresa el mar delicioso, violento, para inundar tu rostro, tus piernas, todo tu cuerpo. ¡Así que esto es el deseo! Tú, que creías que solo los hombres podían sentirlo con tanta fuerza. Te levantas turbada:

—Bueno, ¿vamos al cine?

Ese idilio dura varias semanas. Antoine te escribe cartas apasionadas que

todavía guardas en tu habitación. Te basta con abrir una caja de zapatos para que aparezcan otra vez, desbordantes de palabras como:

Amor mío:

No dejo de maldecir este papel y este bolígrafo porque no hacen sino recordar tan dolorosamente la distancia que nos separa. Me gustaría tenerte entre mis brazos y mirar las estrellas. No te imaginas cómo te echo de menos: tu cara, tus manos, el olor de tu ropa. Fue maravilloso que hablásemos el otro día. Después de verte en el estadio me puse a bailar por toda la habitación dando saltos de felicidad. Cómo olvidar la suavidad de tu piel. Pocas veces he tenido la oportunidad de conocer a una persona tan dulce y bonita a la vez. Estoy impaciente por volver a verte. Solo quería decirte que te añoro muchísimo y que cada día te quiero más. Te mando un beso y otro y otro.

Un día Antoine te acaricia los pechos. Tú te dejas.

Otro día te dice:

—¿Tú ya has hecho el amor?

Te quedas sin voz. El chico continúa enseguida:

—Yo nunca, pero mi hermano sí.

—Tu hermano tiene diecisiete años, no es lo mismo.

Crees que debes defenderte.

—Yo pienso que puedes hacer el amor solo si estás muy muy enamorado.

Para terminar, una amarga tristeza que te hace llorar toda la tarde porque piensas que Antoine te ha engañado con otra chica del gimnasio, esa pena de mujercita... Pero muy pronto tendrás otros novios. Es como un juego nuevo: caminar sobre la barra y seducir a los chicos. Hasta el día en que te enfrentas a un rechazo. Esa misma noche te miras en el espejo de tu cuarto pasándote las manos por los cabellos, despejando la nuca, prendiendo con un pasador la melena que se desploma. Te contemplas, intentando descubrir si eres bonita de verdad (todo el mundo lo dice) y por qué aquel alumno de último curso no ha querido salir contigo. No es un chico en particular lo que buscas, sino la onda cálida que hincha tu pecho y te vuelve tan poderosa.

Desde abajo, insisten:

—¡He dicho que a cenar!

Vuelves a adoptar esa expresión enfurruñada, esos aires de princesa, para despreciar los tallarines con mantequilla.

—¡Lo criticas todo! Ya me lo contarás cuando seas tú la que esté delante de los fogones.

Decía la madre.

—Eso sin contar con que a un marido se lo conquista por el bajo vientre, pero se lo conserva por el vientre...

Decía el padre.

Pronto estarás a salvo de tanta vulgaridad. Acabas de terminar el bachillerato. Nota media: bien. Así vas superando a tus padres, tomando un camino que ellos no pudieron elegir en su juventud, ellos, que trabajaron solamente en el secretariado y la pequeña empresa, que guardaron dinero para ti y concibieron a una hija única como recordatorio de la pobreza: esa hija escalará un peldaño. Lo ven en tu mirada, un hilillo de desprecio ligado a tu ambición. De noche lo comentan en el dormitorio, se enorgullecen de que quieras destacar en algo, incluso tendrán miedo por ti, como después temerás tú los deslices de tus hijos, y con el curso de los años te harán cada vez menos preguntas: aunque incapaces de entender la profesión para la que te has formado, confiarán en ti, del mismo modo que tú, cuando tu hijo trate de explicarte su trabajo, no entenderás nada, pero confiarás en él porque llega un día en que la labor educativa ha terminado.

Pero de momento todo sigue igual. La tele retransmite el Tour de Francia. Celebráis que has aprobado el bachillerato, tu madre ha preparado una comida muy rica, aunque nada «extraordinario».

—Que tampoco se le suba a la cabeza.

—Lo que toca ahora es trabajar duro en la facultad.

Para preparar tu partida a la ciudad, tu madre va contigo a Lyon. Es una ocasión sin igual. Hay que matricularte en la universidad y encontrar una habitación. Tu madre te da la sorpresa de comprarte ropa nueva, casi a la moda.

—Es que ya eres toda una mujer, no puedes ir vestida de cualquier manera.

En Terneyre, las comidas transcurren haciendo la lista de todo lo que habrá que meter en las maletas, todo lo que habrá que comer o no comer, decir o no decir, ser amable con los profesores, no llamar la atención... Vuelves a

irritarte. Cuando no hablan contigo lo hacen con los vecinos. «¡Mi hija va a estudiar Económicas!», oyes entre las judías verdes.

En tu cama hojeas una revista, en una página garabateas las mismas flores una y otra vez mientras piensas en el hombre que te querrá siempre y nunca olerá a sudor. Todo es decididamente demasiado pequeño para ti aquí, y en tu cuerpo hundido en los meandros de la cama te dejas llevar por sueños de gloria, silenciosa, desperezada, satisfecha; mientras, cae la noche en la zona. Los tractores han regresado de los campos. Mañana es lunes. Le has dado a Catherine tu nueva dirección. Pronto estará todo listo. Son las últimas noches en la casa familiar, enciendes la radio y sintonizas ese programa de chicas que cuentan: «he vivido una pasión». Unas semanas más y te habrás ido, te repites suspirando. Cuando oyes chirriar la vieja cama de la habitación contigua te tapas los oídos asqueada.

¿Cómo? Ellos, que nunca se tocan, que no se dicen ni una palabra cariñosa, ¿cómo se atreven a consumir algo que solo es propio de los enamorados? Te indigna; la idea de que, a su edad, todavía pueda suceder algo sexual, materializado por ruidos de muelles gastados; y subes el sonido del transistor intentando olvidar cuanto antes la bochornosa agitación del dormitorio paterno y materno.

II

Y llegó el día de partir a la ciudad. Tu padre acababa de comprar el último modelo de Renault, una berlina de dos puertas con un maletero de una capacidad considerable para un vehículo de ese tamaño; aun así valía sus buenos diez mil francos, pero el concesionario le había hecho un descuento, y además parecía *nuevo*, le confirmaste tú. En aquella época apenas había catorce millones de automóviles en Francia. En su interior estáis los tres bastante emocionados. Pero, sea cual sea el motivo de una mudanza y lo que le da su valor, aquí una hija que se va de casa, allí el fin de una relación amorosa, la muerte de un ser querido, la pérdida o el cambio de empleo, al fin y al cabo esos viajes consisten en transportar objetos de un lugar a otro. Tus maletas se cargan en Terneyre y se descargan en Lyon.

—Está muy bien este piso.

Tras comprobar el contador de la electricidad, tu padre os lleva a tomar algo. Por el camino repara en otros Renault 5.

—Es verdad, en la ciudad es práctico para aparcar.

Entráis en un auténtico bistró lionés con mantel a cuadros y camarero antipático. Lo observas todo y hablas mucho. Tus padres te escuchan. Les explicas el programa de estudios, no lo entienden pero sonríen, un poco paralizados, exactamente como sonreirás tú a tu hijo treinta y cinco años después, cuando le preguntes en qué consiste «concretamente» su trabajo y te responda:

—El C. G. es el que se encarga de la interfaz entre el contable y el *mánager*, el que hace de intermediario entre los objetivos que vienen de la dirección y los medios financieros, su función es racionalizar al máximo la eficiencia de la empresa. Es al mismo tiempo *reporting* y análisis, por decirlo de alguna manera. A mí lo que me gusta es que el C. G. puede tener incluso una

función de pilotaje, o (añadirá Xavier ante tu expresión estupefacta) de copiloteaje, como en un avión...

Pero ya llega la hora de separarse. Las próximas vacaciones quedan lejos, te dicen que no dudes en volver a casa los fines de semana, que vendrán a buscarte a la estación porque, aunque ya eres una mujer, no tienes que avergonzarte de pedir ayuda a tus viejos padres. Un ruido de motor. Papá y mamá se han ido.

Esbozas tres pasos danzantes de gimnasia. Contemplas por la ventana (con una mirada no acostumbrada todavía) las luces de la ciudad que se iluminan, sientes una pulsión gozosa, eléctrica, incontenible en tu interior: las ganas de salir a pasear por las calles. Esas calles que están adoquinadas, constatas, el Saona es hermoso, habrá que ir a ver el parque aquel, volver para un café en esa terraza, pero empieza a refrescar... Media hora más tarde, el cansancio de la jornada te hace desandar el camino. Quieres volver a tu calle, a tu edificio, subir en el ascensor, girar la llave en la cerradura. Silencioso, tu piso te aguarda.

Y resulta que esa primera noche en que cenas tú sola, por fin desembarazada de los olores paternos, de los rulos y otros chismes de pueblo, en vez de sentirte libre, de pronto tienes miedo.

La soledad, el verdadero enemigo.

Todas las mañanas al levantarte, uno de tus primeros gestos era encajarte el molinillo de café eléctrico entre los muslos y apretar un botón rojo; el molinillo vibraba emitiendo un sonido agudo. Años después, el menor ruido estridente que perfore tus oídos te recordará siempre las mañanas de esta época. El agua hervía en el fuego detrás de ti. Llenabas el filtro, lo colocabas en la cafetera y vertías agua caliente en tres tandas. Con la primera se abría un agujero en el poso, en la segunda echabas el agua a los lados. Te perseguían el olor a café y el frío de la mañana, un ruido desagradable en los oídos, las mañanas en que aguardabas a que el agua se colase, tu mirada cayendo sobre el linóleo de la cocina. En la tercera tanda vaciabas la parte superior de la cacerola con un movimiento circular de muñeca, el poso formaba entonces un bloque sobre el fondo del filtro. Bostezabas, sin pensar en nada, aguardando otra vez que el agua se colase.

Te maquillabas lentamente; al menos tu madre no estaba allí para vigilarte.

Las escaleras se bajaban en un soplo, ibas a paso ligero pero elegante hasta el Ródano y entrabas en la facultad, tu cerebro preparado para afrontar los «grandes retos económicos del mañana». El aire olía a la refinería de Feyzin.

La mañana pasaba rápido. En el descanso de mediodía había que elegir: si solo tenías una hora, devorabas un bocadillo en un banco y luego deambulabas por los pasillos. Si tenías dos horas libres, volvías a casa; pero una vez allí, mientras te preparabas una comida inconsistente, entre el tenedor y el cuchillo cuando te sentabas a la mesa, te oprimía cierto malestar. Comías deprisa. Una especie de siesta venía a ocupar el tiempo antes de retomar las clases. Era entonces cuando el sol dejaba al desnudo el blanco sucio del fregadero, cuando un nudo en el estómago te hacía oír el menor ruido exterior, el vecino que camina arriba, los bocinazos abajo. Inquieta ante la idea de llegar tarde, te colgabas la cartera y repetías el recorrido de la mañana sin dinamismo. Había transcurrido un mes. Conocías las calles de tu barrio, tu curiosidad empezaba a disminuir, no tenías fuerzas para lanzarte a largas caminatas urbanas, lo único que te tentaba regularmente era mirar los escaparates de la calle de la República, pero para qué, cuando el presupuesto de que dispones es tan bajo. Te veían trabajando en la biblioteca universitaria: había chicos guapos.

De vuelta a casa a las seis de la tarde empezaban las horas más solitarias. Podías ocuparlas yendo de compras, ordenando la casa, leyendo material fotocopiado. Lo ideal habría sido ir al cine, pero no tenías el valor de volver a salir sola. En una cacerola ponías arroz que inevitablemente terminaría pasándose, y cada noche se repetiría la decepción de la cena. Podías sentarte a comer a las siete de la tarde o a medianoche, empezar por el postre o no probar bocado, ya no era obligatorio respetar ningún ritual y esa misma fluidez te quitaba el apetito. Masticabas zanahorias ralladas repasando el mismo paisaje urbano a través de tu única ventana. Por más que escuchases la radio, la ausencia de otro plato al lado del tuyo teñía tu corazón de una sombra a la que no te acostumbabas.

Cuando entrabas en tu edificio, hallabas un largo pasillo alicatado de verde claro y de verde oscuro. Los azulejos subían por las paredes hasta una altura de dos metros y terminaban en un friso almenado. Llegabas hasta una puerta de cristal, la empujabas. Detrás colgaban los buzones del edificio, el tuyo estaba abajo a la derecha, no tenías correo, caminabas hasta el ascensor, apartabas sus rejas metálicas y apretabas el botón número cuatro. Entonces,

transportada por la mecánica, te relajabas. Los huecos de la escalera fuertemente iluminados dejaban pasar una luz débil que, cuarteada por el hierro de la verja, se refractaba sobre el entarimado interior en finos rayos amarillos, unos ascendentes, otros descendentes, siguiendo los diferentes rellanos que el ascensor alcanzaba y abandonaba. Esos rayos cruzados recorrían tu cara en líneas rectas y en líneas punteadas; era un tiempo neutro, era lento ese ascensor, y tú te mirabas en el espejo la cara recorrida por los rayos de luz, traspasando los umbrales con la extraña sensación de cruzar los techos. Arriba quedaban unos escalones; ya estabas dentro.

La cena se engullía, la vajilla se fregaba, bajo las mantas te arrebujabas, apagabas la luz, pero era imposible dormir. Te sentías mejor si habías hablado con alguien a lo largo del día, con quien fuera. Bastaban tres frases intercambiadas para que se aliviara tu malestar, podía tratarse de un revisor del tranvía, un profesor, un compañero de clase; alguien te miraba y tu soledad se resquebrajaba. Pero después de un día entero sin hablar con nadie durante ese otoño en que descubrías tu gran timidez, tus grandes ojos permanecían abiertos en la negrura (porque es difícil dormirse en una casa donde nadie, ningún niño, ningún amigo, ningún progenitor en ningún otro dormitorio, se hunde con nosotros en la noche).

Y mientras buscabas el sueño en esa casa sin pasado, recordabas las comidas festivas de cuando eras chica, cuando te dormías en una silla de la sala donde bailaban los adultos y donde siempre había alguien (tu madre, tu padre, tu tío) para cogerte en sus brazos de gigante y llevarte a una habitación ya ocupada por niños durmientes; el adulto te dejaba con delicadeza sobre la cama, te quitaba los zapatos, te arropaba, en una última imagen lo veías salir y cerrar la puerta, dejando tras de sí una honda sensación de seguridad, un aliento cálido y soberano bajo el que volvías a dormir inmediatamente.

Te has movido. Te has subido la manta hasta la barbilla. Desde los muelles resuena el zumbido monótono de los automóviles. Fijas la mirada en la mancha oscura que recorta el cartel de la pared. Sentías el cansancio, una suerte de desesperación, de decepción, todo se derrumbaba. Y llorabas en tu cama, triste como una niña castigada. Por la mañana suena el despertador. Nadie te había preparado café y nadie te había comprado cruasanes. Los fines de semana, un tedio aún mayor.

Así, en tus recuerdos, esas primeras semanas en Lyon han sido borradas de

tu memoria con tanta certeza como el monótono aburrimiento en la sala de espera de un dentista anónimo; porque son momentos sin encanto, sin utilidad, sin sentido, momentos con los que nada se puede hacer y que se funden en una especie de nebulosa para desaparecer de nuestra memoria apenas ha concluido el día. Quedaba un malestar, un temor que ocultabas a tus padres cuando los llamabas por teléfono desde una cabina. Les decías que todo iba bien, tu piso era agradable, la ciudad, «bonita y brumosa», pero en verdad esas primeras semanas serán borradas a continuación por Chloé, la camarada, la amiga que aterriza en tu vida. Y por fin, el tiempo con el que soñabas, el tiempo por fin se aceleró.

La primera imagen de Chloé es la de una chica de pelo largo que se sentaba en las últimas filas de los anfiteatros, una chica de risa sonora que llamaba la atención incluso de los profesores. Varios chicos pululaban a su alrededor, habían formado con mucha rapidez una pequeña cuadrilla distinta de las otras. A mediodía comían sándwiches de atún mientras debatían de asuntos sociales. Chloé tenía un no sé qué superior, pensaste que era lionesa, razón por la cual no te atrevías a dirigirle la palabra. Pero a ella no le pasó desapercibida tu belleza, como tampoco las miradas que algunos chicos de su grupo te lanzaban, y un día te hace un cumplido por tu falda, encuentra el corte «muy original». Le respondes sin pensar que te la ha hecho tu madre. Al contrario de lo que temías, se muestra maravillada.

—¡Pues mi madre no ha pasado de la colada!

Primero son las risas durante los descansos entre clases, los cafés en la barra, los almuerzos en el restaurante universitario, ella viene a tu casa, tú vas a la suya, os volvéis inseparables. La ciudad ha cambiado. Por fin tienes a alguien con quien pasear por las tardes, alguien que te espera delante del aula seis para hablar de los chicos que están como trenes y de los profes más enrollados. Chloé hace que te pruebes su ropa mientras te da consejos para estar «más guapa aún». Le hablas de tu padre y de su taller, de la gimnasia, de Antoine y del primer beso. Ella te escucha mientras pone a hervir el té en la cocina. «¡Vaya tela, alucinante!», dice. Chloé no es de Lyon, sino de una provincia más alejada que la tuya, de Saboya. Pero ha nacido en París y eso os hace soñar.

—¿Te acuerdas de la ciudad?

—Nos marchamos después del divorcio de mis padres, mi hermana tenía cuatro años, yo dos: no recuerdo nada.

—Si yo viviera en París no me iría jamás.

—¡Ya te digo! Si supieras lo paletos que son en mi tierra...

Ahora es ella la que te cuenta cómo su padre dejó a su madre, cómo se fumó el primer cigarrillo, cómo no fallar nunca con la masa de los crepes. Lo recuerdas, vuestras chácharas no tenían fin, bebíais vino barato mientras que los rumores, las ganas de viajar, el próximo control de clase, los guiños cómplices en el anfiteatro, todo era desmenuzado en la embriaguez de la palabra que tanto te había faltado. Cuando vaciábais la botella, poníais un disco y cantabais estribillos como «dis-moi que tu aimes / je suis celle qui t'attend / mais qu'est-ce que tu fais là?». En aquellos tiempos bastaba con sacar un vinilo y ponerlo en el tocadiscos.

Quisisteis vivir juntas a la vuelta de las vacaciones de verano. En Terneyre, desconfiados por si «les tomabas el pelo», tus padres llamaron por teléfono a los padres de Chloé. Tras ver que eran más o menos de la misma condición, les pareció bien. Podían confiar en ti, después de todo habías aprobado los exámenes.

—Así ahorraréis.

—Pero si repites curso, ¡habrá que apretarse el cinturón!

—Que no, que no voy a repetir...

—Claro, ¡es que a ti todo te cae del cielo!

Afortunadamente, octubre llega siempre después de septiembre. Y empieza de nuevo el curso, de nuevo Lyon, de nuevo Chloé. En vuestro piso de la avenida Berthelot solo habéis amueblado el comedor con una mesa baja y pufs; sin duda, en vuestras mentes las sillas son ya cosa de viejos. Tú cocinabas, Chloé fregaba. Olvidados ya los prontos melancólicos de la calle Remparts-d'Ainay, ahora eras miembro de una pandilla donde se mezclaban nombres —Gilles, Régis, Juliette—, y pisos. Os quedabais a dormir unos en casa de otros, os ibais de acampada, siempre dispuestos a ayudaros en caso de que una bici se averiara o de que alguno sufriera mal de amores, siempre dispuestos a patearos los bares, sobre todo La Renaissance, vuestro antro favorito de la avenida. A la hora del cierre, volvíais al cuarto de los pufs. Tú preparabas pasta, Gilles pasaba el tubo de ketchup por encima de vuestros

platos y los rociaba todos a la vez, salpicándolo todo y provocando chillidos y comentarios como «¡qué divertido!, ¿no?», «venga, cuenta», «no, pero ahora en serio».

Queda una fotografía de esa época: una fotografía que te ha acompañado mucho tiempo antes de que la pegues en un álbum que ya no miras, salvo por uno de esos azares que crean los días de limpieza a fondo, cuando decidimos organizar un armario entero porque es primavera, porque «voy dejándolo y al final nunca lo hago...», y apenas hemos empezado la tarea nos paramos al descubrir un álbum polvoriento, lo abrimos y nos detenemos en una imagen, conmovidos, y cuando reanudamos la faena más tarde lo hacemos con el corazón oprimido y sin embargo recalentado, como habitado por las caras fugitivas y felices de nuestra juventud.

En esa foto sois cinco en el cuarto de los pufs, Fabien, Régis, Chloé, Viviane y tú. Las tres chicas están sentadas en el suelo y los dos chicos, de pie. El primero, a la izquierda, luce una fina sotabarba y señala a las chicas con el dedo, el otro tiene los brazos cruzados sobre su jersey marinero. Tú estás en cuclillas en el centro, las manos sobre las rodillas, vestida con una blusa de flores; tu sonrisa es espléndida. Lo que más te llama hoy la atención es la uniforme delgadez de vuestros cuerpos, de vuestras piernas, largas y entrelazadas a los pies de la mesa, las manos que muestran un cigarro al objetivo; delgadez exacerbada por las ropas ceñidas (tela vaquera para todos) chicos y chicas con las mismas medias melenas, las mismas camisetas de cuello alto de color que esculpen los torsos en un mismo movimiento. Qué joven eras entonces, no tenías hijos ni ataduras, hablabas sin parar, todo te daba igual, cantabas, fumabas, bailabas, reías a pleno pulmón.

Vuestra pandilla viajó a España en el mes de agosto siguiente. De aquel viaje recuerdas:

los retratos de Franco; pensabas que era su nombre de pila y te extrañaba que se pudiera tener tanta familiaridad con un jefe de Estado;

el olor del dos caballos cuando el asiento trasero se calentaba al sol;

el horario de las tiendas, que abrían y cerraban muy tarde; el sabor de la horchata;

pero sobre todo el mar, la primera vez que pasabas allí tanto tiempo.

Vuestro campin estaba al lado de la playa. En cuanto te despertabas ibas a bañarte. «Está superbuena», decías al regresar para desayunar con ellos. Los chicos te sonreían alrededor de la bombona de gas. Te reías tanto al reunirte de nuevo con ellos, restos de sal pegados a tu piel, que tal vez percibían que, al bañarte, algo florecía dentro de ti. Por la tarde os bañabais juntos y comíais con las manos sardinas asadas compradas a pie de carretera, a lo lejos una guitarra; en esos momentos todo era maravilloso; te sentías tan bien que frente al sol rojo que se ahogaba en el azul experimentabas una sensación casi metafísica.

Un joven español que consiguió colarse en tu cama del albergue juvenil te dejó un recuerdo extra: la pérdida de la virginidad. Cuando el famoso Pedro te besa en aquella taberna estás de acuerdo, quieres llevar el deseo hasta el final. ¿Por qué, entonces, en el cuarto ya no te apetece? Lo hiciste de todas formas, tanto por curiosidad como por educación; aunque la sensación dominante no es el placer, sino más bien la incomodidad de estar desnuda frente a un hombre desnudo. Afortunadamente, Chloé te deja hablar de esa experiencia durante horas.

—Te parecerá una tontería, pero no pensaba que debía abrir tanto las piernas.

El mar, eso sí que lo vas a echar de menos. Tumbada en la arena, suspiras. Qué injusto es que mañana los soles españoles sigan poniéndose sobre las olas sin ti. En Francia, como es evidente, nada puede ser tan hermoso. Nadáis una última vez, hay una noche loca de alcohol antes de volver a Lyon. Tres semanas más tarde estáis reunidos de nuevo en vuestro piso de alquiler. O quizá la fotografía fuese de esa misma noche, cuando os hicisteis la pregunta: «¿Cuál es tu meta en la vida?» Cada cual había respondido por turnos; recuerdas que tu meta en la vida era ser feliz; coincidisteis también en esto: ser libre, viajar, estar enamorado, tener hijos, prosperar en tu trabajo. Hoy adviertes que pensabas que seríais amigos toda la vida, cuando bastarán unos años para que vuestra pandilla se desperdigue o simplemente desaparezca, sin peleas, debido a los traslados, los emparejamientos o las maternidades; os escribiréis una carta o dos, comeréis juntos todos los años, luego cada dos

años, una llamada de teléfono, una postal de felicitación por Año Nuevo, y al final solo un pensamiento. Quedarán Chloé y, por supuesto, François: el mar deposita un sedimento.

Régis lo invitó una noche a vuestra casa después de la clase de pimpón a la que iban juntos. Como François había llegado en bicicleta, su cara desprendía ese aire poético que el pelo arremolinado otorga fácilmente a un joven no excesivamente feo. Permanecía de pie contra la pared, a todas luces incómodo en ese comienzo de borrachera. En un arrebatado de piedad, le diriges la palabra e incluso le haces preguntas. François te responde largo y tendido. Ha elegido un poco al azar los estudios de matemáticas y aunque no lo entiende todo, sí que le gustan, vive en Villeurbanne, le parece que Régis ha sido muy amable al invitarle, tiene miedo de haber suspendido los exámenes. La seriedad de sus palabras lo aleja de las risas desternillantes de tus compañeros ya borrachos y lo hace, por contraste, interesante. La conversación continúa.

—Si has suspendido, puedes hacer otra cosa. La facultad no es lo que convierte a una persona en inteligente. (Te encantaba decir esa frase desde que ibas a la universidad.)

—Sí. Además no tengo problemas para adaptarme, por lo visto tengo un carácter fácil.

—Pues qué gracia, ¡porque a mí mis padres siempre me han dicho lo contrario!

Enseguida te sientes segura a su lado. Ahora estáis en la cocina, él sentado, tú de pie sacando unas galletas del armario. «No me atrevía a pedir nada, pero el pimpón te abre el apetito.» Come. Le sirves un vaso de agua y empiezas a contarle lo impaciente que estabas por venir a Lyon. A cambio, él te describe la sensación de libertad que uno siente al pasear por los muelles. Es fascinante, hipnótico.

—Sobre todo el Ródano. ¡Su caudal es tan poderoso!

—Aunque el Saona también, es más pequeño, pero me gusta mucho: tienes la sensación de estar en el campo cuando lo recorres en bici los días después de lluvia.

Te habla de sus hermanos, a los que echa de menos, tú del sufrimiento de no haber tenido compañero de juegos.

—Si supieras lo triste que es ser hija única.

Te entiende. Por ese motivo, más adelante, tendrás varios hijos.

—Es verdad que crecer solo no es divertido... No creo que estemos hechos para eso. A mí me encanta ver a gente. De hecho, por la mañana me tomo el café en la barra del bar.

Solo un hombre, uno de verdad, puede hacer eso: tomarse el café en la barra del bar.

—Pero al mismo tiempo, cuando hay demasiada gente en las aulas o en los tranvías, me gusta aislarme en la biblioteca.

—Es verdad que echo de menos el silencio del campo. A veces uno querría encontrar un refugio donde resguardarse...

Te dice esta última frase mirándote fijamente. Bajas los ojos. François lleva puestos unos pantalones de pana y un jersey de cachemira que parece suave como un peluche. Sin pensarlo le preguntas si puedes tocar la lana: «Nunca he visto jerséis así». François, sorprendido, estira un trozo de punto hacia ti. Pero cuando tus dedos acarician el tejido, una turbación deliciosa os invade a los dos. François te sigue mirando cuando un ruido te sobresalta: es la pandilla al completo que se larga vociferando. El reloj de la cocina marca las dos de la madrugada (es un pequeño reloj redondo de pila única que está colgado sobre la cocina de gas; formaba parte de la multitud de objetos de plástico que habían invadido los hogares franceses a partir de los años setenta, sus diseñadores habían querido que fuera extremadamente simple, alejado del esteticismo barroco de los relojes de abuela). Sus dos agujas rojas de bordes redondeados sobre fondo blanco constituían una marca de referencia en vuestra casa; podías leer la esfera desde el pasillo de la entrada, os avisaba de las horas de clase y, si un silencio se instalaba en una conversación, el mecanismo seguía sonando. François no se marchaba. Te dices que costará despertarse al día siguiente y luego piensas en todas las veces que de pequeña te preguntabas en tu cuarto cuándo conocerías a alguien, alguien que te comprendiera, y ahora estás allí, hablando con ese desconocido, cada cual terminando las frases del otro con una deliciosa afinidad. Cuánto te hubiera gustado que se prolongara aquel momento a pesar de que se te cierran los ojos, mecida por la voz monocorde de François que contaba cómo construía cabañas en el bosque con sus hermanos.

—¡Qué suerte! Yo soy hija única.

Te repetías. Se hizo un silencio. François se levantó.

—Espero no haber abusado de tu paciencia.

—Claro que no, lo he pasado muy bien.

Le diste el beso en la mejilla con torpeza.

François quedó tan conmocionado por ese encuentro que se acostó dejando la pila desbordada de platos, contrariamente a sus hábitos de chico aseado. Tú, por tu parte, no vas a clase al día siguiente, te pasarás horas hablando de él a tus amigas, reconstruyendo la conversación, preguntándote si estabas «enamorada».

—Cuando llega el amor, lo notas enseguida.

—No tiene por qué, puede ser como un encanto, ¿sabes?, como una cristalización. (Juliette estudiaba literatura.)

—Si estás enamorada, piensas en él todo el tiempo...

Tú, más tarde, a Chloé:

—Puede ser. Acuérdate de Pedro en España: no era más que deseo.

—De todas formas, François no es de los que se acuestan contigo para pasar el rato. Se nota enseguida.

—Pues sí, me parece mucho más romántico.

—Para empezar habría que saber si tiene novia.

—¿Lo averiguas tú? No quiero hacer el primo.

Te extrañaba retomar expresiones de tu madre: «hacer el primo», «dejar que se forren a tu costa», «no caerse del guindo»... Regresaban también todas esas vidas trágicas de mujeres abandonadas, engañadas, mantenidas por hombres decadentes o asesinadas por aborteras. Dos años atrás, cuando llegaste a Lyon, te habrías burlado de esto. Pero, en el fondo, puede que vuestras madres tuvieran razón: aunque admirabas a las mujeres sin sostén que elegían, entre varios amantes, con cuál iban a echar un polvo esa noche, ¡menudo susto te llevaste cuando no te bajó la regla después de lo de Pedro! Durante diez días temiste lo peor. Ante la idea de estar embarazada te sentiste una fresca, te avergonzaste de haber «cedido» con tanta facilidad a un desconocido. Conviene decir que, tras mucha cháchara, se concluyó que esa primera penetración había sido decepcionante. Recuerdas que al día siguiente, de buena mañana, Pedro se fue a toda prisa y tú te sentías cansada por haber dormido mal; en el mar no había cambiado ni una ola. El amor tenía que ser

otra cosa. En ese momento, ante el pálido rostro de François, todo lo que te había gustado de España (entregarte a un desconocido, el estremecimiento que sentiste cuando Pedro te abordó en aquella taberna, descubrir el amor físico, ser poseída por un hombre de tez morena) todo se volvía un contraejemplo. En secreto desaprobabas que Chloé lo hiciera tan a menudo. Te decías que estabas dispuesta a actuar de manera distinta por una relación de verdad, para construir algo con el hombre definitivo.

—No quiero que vuelvan a tomarme el pelo.

Lo decías con el tono de una mujer que tiene tras de sí una larga vida de amores truncados.

Tus pensamientos se engancharon fácilmente a François; te preguntabas si sería él ese hombre capaz de amarte, de reconfortarte, de sorprenderte, de comprenderte sin tener que decirle nada, de protegerte al tiempo que te dejaba a tu aire, de ser fiel, de criar a vuestros hijos, de ganar un buen sueldo y de no volver muy tarde a casa. Pero ¿le gustabas? ¿Quería salir contigo? ¿Le parecías guapa? Y recordabas el momento perturbador en que le habías tocado el jersey.

El reloj de la cocina ha girado sus agujas durante diez días cuando volvéis a veros delante del cine Pathé. Has aceptado su invitación, pero, ahora que estáis solos, cierta incomodidad os empuja, a él a callarse, a ti a hablar en exceso. Cuando se hace la oscuridad en la sala, lamentas que tu compañero no intente una caricia: te deja el reposabrazos para ti sola. Y te olvidas de su presencia. La película está muy bien y la conversación versa después sobre la trama y los personajes. François te escucha.

—¡Bien! No abundan los hombres que escuchan. Comentó después Chloé.

Te lleva a una pizzería, paga la cuenta.

—Eso es tener clase, ¿no?

Te acompaña a la avenida Berthelot. Habláis una hora sin encontrar la ocasión de despediros. No te atreves a invitarlo a subir.

—¡Qué tonta! Yo le habría dicho que subiera a tomar la última copa.

Pero François había opinado amistosamente que Chloé estaba «un poco colgada», presientes que le gustan las chicas serias y te prometes otra vez que no cederás de buenas a primeras. En cuanto se ha marchado en su bicicleta, subes de cuatro en cuatro las escaleras, y radiante e histérica despiertas a tu compañera de piso para contarle la velada. François (le dices entre otras

cosas) ha suspendido los exámenes, no sabe qué decir a sus padres, habéis buscado soluciones juntos a ese fracaso tan romántico y te ha propuesto ir al cine otro día «a ver la película que sea».

—¿Eso te ha dicho? ¡Ya está, lo tienes en el bote!

En efecto. Aquel 12 de marzo de 1974, mientras lo esperas por segunda vez delante de los carteles del Pathé, tu futuro marido, después de los dos besos convencionales en la mejilla, sin decir nada, te besa en la boca. ¡Te parece de un atrevimiento!

—¡Ah, bueno!, pues después de todo no está nada mal.

François te pregunta luego si quieres ver la película. Crees que él no quiere, dices que no. Te abraza, y os quedáis los dos mucho tiempo en las calles. Camináis sin rumbo fijo; perdidos, felices, os detenéis en una cafetería iluminada, os marcháis; él te coge de la mano con ojos ilusionados, te vuelve a abrazar, y deshace el abrazo, tú te colocas a su lado y seguís caminando; así vemos pasear hoy como ayer a los enamorados, embriagados, las piernas flojas y no obstante sin fatiga en una ciudad que solo ellos ven y que se abre para ellos. Aquella noche erais vosotros, eras tú, esa pareja abrazada, esos coches indiferentes pasando a vuestro lado, el amarillo de sus faros iluminando vuestras caras; sois vosotros los que atravesáis ese puente majestuoso, él quien te besa contra la barandilla, las luces de la ciudad reflejadas en el río en mil estrellas trémulas, con la luna en lo alto, claro.

—¡Pero qué bonito!

En sordina le confiesas que de adolescente quisiste suicidarte, no solo por desesperación, sino para hacer de tu vida «algo excepcional». François responde con vehemencia:

—¡Pero si eres una chica excepcional!

Lo besas en la boca. Te aprieta contra él.

—¿Sabes? Antes he tenido miedo de que me rechazaras.

—¿Rechazarte yo? ¡Antes muerta!

Y como tropiezas en ese mismo instante en la calzada, añades:

—¡Bueno, al menos no tan pronto!

Y, por primera vez desde que os conocéis, os reís (de hecho, ese era el problema con François, podrías haberlo advertido enseguida: era un chico tranquilo, serio, fiable, pero, a excepción de algunos gestos fulgurantes que en

su vida podían contarse con los dedos de una mano —gestos como el beso del 12 de marzo, que había requerido un esfuerzo sobrehumano—, la originalidad y el humor eran muy raros en él). Incapaces de separaros, habéis ido a su casa. François nota, por ciertas distancias incrementadas, que no quieres; no intenta hacerte cambiar de opinión, sin duda secretamente aliviado por esa reserva, pues no es hombre de acumular varias audacias en una sola noche. Te deja la cama de su pequeño dormitorio y se acomoda en el sofá. Agotada de tantas emociones, te duermes enseguida. Al día siguiente te despierta el ruido de la ducha.

Todo es de lo más natural. François, al igual que tú, toma el café con azúcar y prefiere las galletas al pan. Os despedís en la entrada del edificio con un «hasta mañana»; vuestra vida de pareja empieza así. Unos días más tarde estás sentada en su cama. Te acaricia los pechos, te dice que eres bonita, que te ama desde el primer día (o algo por el estilo). ¿Para qué seguir jugando al pudor si ya estás segura de gustarle? Lo ayudas a desvestirte. Te besa, lo tocas. No da miedo acostarse con François, es como continuar vuestra conversación pero de otro modo, es dulce y sin complicaciones; lo hacéis una y otra vez durante gran parte del día; al fin, la onda cálida encuentra dónde propagarse en ti; al fin ese momento en que podemos estrechar contra nosotros otro cuerpo que nos desea.

Después, cuando retomabas el tren la tarde del domingo tras unas cortas vacaciones en Terneyre, cuando tu padre te dejaba cargada de maletas en la estación de Valvoisin (el viejo se empeñaba en acompañarte hasta el vagón para asegurarse de que tuvieras asiento), te decía cosas de una ternura que no acostumbraba a mostrar porque estaba un momento solo sin tu madre; te apretaba la mejilla entre sus gordos dedos, «cuídate mucho, cielo», y sus ojos no tenían el mismo color. Pero tú no te dabas cuenta de ese afecto profundo, tú aguardabas el silbato del jefe de estación. Cuando el tren arrancaba finalmente, tu padre te hacía una última seña con la mano y se marchaba, orgulloso de su estudiante, pero también con el gran pesar de volver a una casa donde tu presencia, incluso crispada, había dado un tono distinto a unos días demasiado parejos. El viejo volvía a casa con tu madre. No sabías que esa noche iba a ser triste para los dos, que con dolor notarían —cada uno en solitario o acaso juntos— que se les iba la hija, que ya hacía su vida, «¿qué te

creías?», sin saber que apenas instalada en el compartimento, la misma cría que habían envuelto en mantillas, cuidado, educado, inclinaría la cabeza y, con los ojos vueltos hacia el paisaje, se entregaría al delicioso pensamiento del hombre que la ama. El domingo transcurrido en casa de tus padres se alejaba tan deprisa como las colinas del pueblo para dejar sitio a una vasta pradera donde campan a sus anchas los pensamientos amorosos; y si cada parada en una estación te saca un instante de tus sueños amorosos, como un paréntesis suspende un instante las frases, la leve sacudida de cada nueva partida te vuelve a sumir en tu lánguido enternecimiento. Pensabas en su sonrisa, en su pelo, en sus caricias, en vuestras primeras palabras hacía poco en Lyon; te preguntabas si estaría esperándote en el andén, repasabas todas sus cualidades; te repetías las escenas vividas juntos destacando, al revivirlas magnificadas en tu imaginación, hasta qué punto ese gesto suyo había sido cariñoso o lo ardiente que podía ser su mirada sobre ti; pensabas en él con la distancia que desde cierta altura facilita la visión de un paisaje familiar; y de verdad, de verdad, no le encontrabas ningún defecto. Era el hombre, era el amor. Nadie en el compartimento osaba perturbar tu somnolencia. A medio camino, tus ensoñaciones aliadas con el traqueteo del tren despertaban en tu vientre deseos contenidos por la ausencia. El trayecto se te hacía demasiado largo. Por tus ojos entreabiertos veías una granja, un campanario cuadrado, la carretera nacional. Tus padres quedaban paralizados para el recuerdo en la última postura que les habías visto, como si tú sola fueras a continuar el verdadero curso de la vida. Tu excitación crecía segregando pensamientos más violentos. ¿Y si había ocurrido un accidente durante aquellos días sin él? ¿Seguía queriéndote tanto François? Imaginabas a su madre muerta, su piso devorado por las llamas, otra mujer que venía a arrebátártelo; el miedo te atenazaba, un miedo que alimentabas con extraño placer. Pero los sobresaltos de los cambios de vía anunciaban la llegada. Veías el humo de las refinerías, la basílica, la inmensidad de la urbe te henchía el corazón de una cálida vanidad. Sabías que en el corazón de ese despliegue de tejados, de calles, de edificios y de chimeneas, de antenas y de humaredas, en el corazón de esa muchedumbre de habitantes anónimos, un hombre te esperaba; ese hombre que atravesaba en ese instante las avenidas, los bulevares susurrantes; avenidas, bulevares y callejas que recorréis juntos a la vuelta, muy apretados bajo la lluvia, él tocándote el pelo y el cuello y diciéndote «te he echado de menos»; entonces tu estado febril, cuando anunciaban la última parada, te hacía esperar

de pie en el pasillo para poder precipitarte sobre el andén, buscarlo con los ojos, según vuestras convenciones, si no estaba, te irías a tu casa; si estaba, iríais a la suya... ¡Estaba!

Dos enamorados se besan en medio de la multitud.

III

A partir de los sesenta, Francia se lanza a construir una red de grandes carreteras de uso exclusivamente automovilístico que cuatro decenios más tarde superará los dos mil kilómetros. Aquellas autopistas representaban entonces una esperanza de apertura y desarrollo para los territorios. La mayoría de nosotros pensaba, como el presidente Pompidou, que el coche individual era un instrumento de liberación que permite «salir cuando uno quiere para ir adonde uno quiere y parar donde uno quiere»; los franceses se acostumbrarán así a las paradas programadas en las áreas de descanso, a la alimentación industrial, a las tasas pretendidamente provisionales de los peajes. Los municipios cortados en dos por el asfalto verán aparecer de noche grafitis como pueblo damnificado por la a8. Se denunciarán lo que los ingenieros de las oficinas técnicas designaban como «puntos negros de ruido que cuentan con las tecnologías del futuro para su absorción». El resultado de todas estas obras fue que en 1976 los vehículos que tomaban la A43 a la salida de Lyon entraban cuarenta y cinco minutos más tarde en el túnel de l'Épine. Al otro lado se hallaba Chambéry. Es en esta ciudad, concretamente en un piso de dos habitaciones de un edificio de cuatro plantas, donde te instalas ese año con François.

Has vivido esa mudanza como una elección importante en tu vida, una decisión que te ha exigido descartar otras posibilidades. Ignorabas entonces que ese piso no sería sino una nueva transición antes de la instalación definitiva, antes de que las maternidades te amarren a una vida rutinaria delimitada; el baño de los niños, las cenas y las compras del sábado; antes de tu puesto en Bédani; antes de la urbanización indivisible, parcela y terreno en el municipio de Empan-sur-Nive, viene la creación de François de lo que llamaréis «la agencia» durante toda la vida. Por ella visitáis ese piso de dos

habitaciones.

—Estaré a diez minutos andando del trabajo.

—Los alquileres son menos caros que en Lyon.

—Sí, señor. Y esta clase de edificios tienen todo tipo de comodidades modernas, hasta la línea telefónica va incluida en el trimestre.

Tienes a un hombre en casa que está ahí para ti, que puede recibir todos tus arrebatos amorosos. En el espejo del cuarto de baño trazas palabras con carmín, «eres el mejor», «ánimo», «que tengas un buen día mi corazón»; cualquier descubrimiento, por pequeño que sea (por ejemplo, a François le gustaba comer la ensalada al mismo tiempo que el plato caliente), es una alegría suplementaria. Os veis después de haber pasado una jornada separados (tú buscando trabajo y decorando el piso, François trabajando en la agencia), os contáis todo lo que habéis hecho, hasta las más mínimas anécdotas. Una hora más tarde fumáis en el balcón escuchando cómo disminuye el tráfico; volvéis a hablar de vuestra primera cita, cada cual detallándole al otro, por enésima vez, todas las sensaciones que experimentó aquel 12 de marzo; incluso aunque esos instantes siempre conserven un punto de misterio, concluías tú. Y cuando, una hora más tarde, François volvía a dormirse en tus brazos, no te faltaba mucho para creer que vuestra pareja era algo fuera de lo común, extraordinaria, sin duda la pareja más enamorada del mundo.

Una cosa estaba clara: François te quería profundamente, sinceramente, obstinadamente, uniformemente. Era un amor compacto. Recibía tus demostraciones de afecto con balbuceos de felicidad y te dispensaba a cambio besos, proyectos, cumplidos. Muchos cumplidos. François te agradecía de corazón que te hubieras encargado tú del alquiler del piso mientras él se adaptaba a la agencia. Te agradecía que hubieras renunciado a seguir tus prácticas en Panzani, seguro de que encontrarías fácilmente otro trabajo ya que eras «eficiente y licenciada».

—Crees en ti. Eso está bien, es valiente.

—Pero, mi amor, tú también has demostrado coraje.

François era más impresionable pues, educado a la sombra de dos hermanos mayores muy brillantes, con frecuencia le faltaba confianza en sí mismo. Por eso mismo escribías «ánimo, eres el mejor» en el espejo del cuarto de baño, para que encontrase en ti no sólo amor, sino también el fervor de una admiradora; porque, como la mayoría de los hombres, François tenía la

necesidad infantil, narcisista y vital de verse en los ojos de su mujer dos veces más grande de lo que era en realidad.

Todas esas gratificaciones (por no hablar de satisfacciones más físicas) habían hecho que tu presencia fuese indispensable para su buen funcionamiento. Eras su «soplo de aire fresco» y él, tu «apoyo tranquilizador». Palabras que encontrasteis durante la preparación al matrimonio. Al principio introducida con guasa, después por vuestros padres, «muy obstinados en asuntos como éstos», la idea del matrimonio se instaló en vuestras conversaciones. De todas formas es natural casarse cuando quieres hijos.

—Y no un hijo único, ¡qué triste es eso!

—Contigo la vida nunca es triste.

—Gracias, mi amor, eres una dulzura.

La preparación para el matrimonio consistió en tres reuniones de dos horas en la parroquia Saint-François.

—Es muy enriquecedor.

Decíais a vuestros antiguos amigos también en fase prematrimonial. Erais catorce en esa sacristía recién renovada. Una pareja de católicos posconciliares introducía un tema de debate subrayando la importancia de diálogar, expresar nuestras necesidades y escuchar al otro con respeto; a continuación, cada cual debía aislarse para reflexionar sobre un punto específico, durante la segunda fase hablabais en pareja y la cosa concluía con una puesta en común de las experiencias.

«Un soplo de aire fresco», escribió François en una hoja durante una de esas reuniones. Lo habías seducido porque te gustaban las chiquilladas, divertirse, correr bajo la lluvia, acampar, recoger flores, beber hasta emborracharte; por tu aspecto imprevisible; porque ibas a buscarlo sin avisar a la agencia y te lo llevabas a comer patatas fritas a la ciudad. François adoraba todo eso, como adoraba verte pintar las paredes del piso y celebrar la Navidad «los dos solos nada más»; sí, fueron felices esos años en Chambéry, en esos tiempos sin barreras claramente establecidas te encantaba el contacto con un objeto nuevo, despertarte junto a su cuerpo, reír, gozar, descorchar una botella, jugar a las cartas hasta bien entrada la noche. Te encantaba todo aquello. La vida con François te había descubierto a un hombre más pacífico, más cordial, más amable, «un apoyo plácido», habías escrito. François recibió esas palabras con cierto orgullo viril y el impresor miraba cómo escogíais las

invitaciones de boda.

—¿Cuál prefieres?

—No sé, me gustan todas. Decide tú, cariño.

—La color crema con los bordes ondulados es bonita.

—Pues nos llevamos esa. Con el sobre del mismo color, si es tan amable.

Mientras fumáis en el balcón habéis ideado la fórmula que adornará esas invitaciones, compuesto la lista de invitados, elaborado el menú. Sin querer ofender a nadie, tú preferías una cosa un poco moderna y sustituiste la tarta de pisos tradicional por un surtido de postres. François percibía en ello el sello de tu espíritu independiente. Tú lo chinchabas con su miedo al riesgo «¡te pegan mucho los seguros!» François se defendía diciendo que siempre necesitabas sorpresas, pero sorpresas organizadas.

—¡No es verdad, me gusta todo!

Jugabais a pelearos, eran vuestras primeras concesiones; todo esto antes de que llegaran cuestiones como comprar un segundo coche, otra mudanza, un crédito bancario, si llevamos al niño a la escuela pública o a la escuela privada. Por ahora sigues haciendo cosas un poco atrevidas: comprar ropa interior roja, dejar que unos bombones de jengibre se fundan en vuestras lenguas; o aquel sábado en que fuisteis a una fiesta de la espuma y, de vuelta al aparcamiento, excitada, febril, tumbaste a François en el asiento de atrás y él, encantado, se dejó hacer mientras repetía «nos van a ver, nos van a ver...»

Pero esa felicidad no fue pan comido. Tu último verano en Lyon fue rico en acontecimientos. Tus padres habían acogido con alivio la obtención de tu diploma en «Administración de empresas», felices de ver que su hija salía de ese campus de costumbres sospechosas para entrar en un terreno que creían conocer mejor, el mercado laboral. Hay que decir que el último había sido un semestre orientado a la «profesionalización»: oíste hablar de economías de escala, de estudios de mercado, de objetivos a largo plazo, y es que las mujeres también, las señoritas, podían llegar a ser jefas de empresa, te viste dando órdenes a múltiples secretarias en un despacho de cristal, donde se multiplicaban las curvas de crecimiento. Lo harías, sí, cuando llegase la hora; de momento, te considerabas una aprendiz.

Accionar con el pie el pedal central que permite la desaceleración del vehículo, frenar levemente, mirar a la izquierda, tomar la rotonda, girar. Con

el índice izquierdo empujar hacia arriba una manecilla que pone en marcha un faro trasero parpadeante indicador de un cambio de dirección, maniobrar una rotación del volante, girar a la derecha. Maniobrar con la palma un movimiento hacia arriba, luego a la derecha, luego hacia arriba sobre la palanca de cambios, hundir el pie derecho en el pedal derecho: acelerar.

—Ya, vale, ¡pero es que nos hace ilusión!

No había nada que hacer: querías pagarte el permiso de conducir con tu primer sueldo. Estabas haciendo prácticas en Panzani (en aquella época retribuían a los diplomados en prácticas). Chloé tampoco lo entendía.

—¿Por qué no te examinas en Lyon, ya que eres tú la que paga?

—Uy, no, qué peligro. Conducen como locos.

—Ya, pero a mí me agobiaría volver a casa de mis padres solo por eso.

Tu padre, mecánico conocido en todo el cantón, te buscó una buena oferta en una autoescuela. Después de la semana de prácticas en Panzani, cogías el tren a Valvoisin. Aprendías los gestos del buen conductor con la presencia de una profesora benevolente a tu lado. Por la noche dormías en casa de tus padres. De repente, entre las idas y venidas de Lyon a Terneyre, entre la casa de tus padres y la casa de tu novio, las prácticas de día y las noches en el piso compartido, te dividías en varias vidas; habría que decidirse pronto. Por ejemplo: ¿era necesario presentar a François a tus padres? No sabías cómo abordar el asunto. Decir «sabes, mamá, estoy enamorada» te parecía incongruente. Sobre todo porque François había suspendido el primer año de Derecho y, habiendo dejado antes la Facultad de Matemáticas, ese segundo fracaso adquiriría dimensiones dramáticas. A menudo lo veías mordiéndose las uñas toda la noche, taciturno. Lo aterrorizaba la idea de no hacerse un hueco en la sociedad; pertenecía a esa categoría de jóvenes que ansían desesperadamente pertenecer a un grupo, jóvenes mortificados por lo que Katherine Mansfield llama, en otro registro, «this terrible desire to establish contact», individuos que temen demasiado el rechazo afectivo o social para permitirse la revuelta, la marginación o el diletantismo.

Pero tú desconocías todo esto. En Panzani te lo pasabas en grande, orgullosa de tu título de «Secretaria adjunta para materia prima». De noche intentabas hacer reír a tu novio con las anécdotas del despacho, sin éxito. Entonces empezaste a dudar. ¿Para qué ibas a presentárselo a tus padres? Ya oías a tu madre decir:

—Un muchacho que no saca los estudios no es un buen partido.

Desde hacía unas semanas, sin decir nada a su familia, François se había puesto a trabajar en Réserva, una compañía de seguros con una política bastante agresiva. Su aspecto honesto inspiraba confianza. François volvía de cada uno de esos itinerarios de visitas con nuevos clientes aliviado por progresar en algo. Eran las únicas noches en que dejaba de comerse las uñas para ir al cine. Hasta el día en que su *boss* lo llamó y le propuso que abriera una agencia en Chambéry; se trataba de convencer a los campesinos saboyanos y a los habitantes del lago de Aix para que contrataran seguros Réserva, los mejores, por supuesto, del mercado. Era como colonizar una tierra virgen.

—Pero es usted joven, estoy seguro de que este reto le gustará.

François te repite la propuesta de su jefe. Le tienta, pero tiene miedo. En ese oficio, sin una «buena cartera de clientes» es imposible tener un sueldo digno. Eso sin contar con que sus padres nunca le perdonarán no haber obtenido un título.

—¡Se sentirán orgullosos de ti cuando sepan que eres tu propio jefe!

Al animarle para que abra la agencia tienes la impresión de cumplir con tu deber: ¿no debe una mujer empujar a su hombre a tener ambición? François vacilaba. Acaso temía los años de lucha para hacerse con una clientela, las largas jornadas a la espera de que el cliente entre en la oficina, los días recorriendo el campo para volver tarde a una casa donde los niños posiblemente estarán ya acostados. Pide un tiempo para reflexionar. A ti te exaspera su irresolución; te dice con tristeza:

—Te mereces algo mejor que yo.

Después toma el tren a Montélimar, sus padres lo están esperando. Vuestro adiós es tibio. Promete escribirte. Julio tocaba a su fin, habías terminado las prácticas. Lo más probable es que en septiembre se firmara un contrato, todo el mundo estaba muy contento contigo en la fábrica de fideos.

—Es un placer trabajar con una joven discreta y eficiente como usted.

Tus vacaciones empiezan con el suspenso del permiso de conducir. Os coméis la tarta de todos modos, tu padre y tu madre contentos de tenerte en casa. Te suben la moral. Durante dos días disfrutas de la tranquilidad, pero enseguida te aburres. Tienes la sensación de volver a tener diecisiete años, es el mismo encierro, la misma pereza. Aquí no ha cambiado nada: el huerto, el pequeño dormitorio amarillo, el televisor encendido con el Tour de Francia.

¿Y qué sentido tiene quedarse si es para cruzarse con las chicas del colegio preñadas hasta las cejas? Vuelves a Lyon. Pero tres días más tarde Chloé se marcha a la Drôme para «reponer la cartera» trabajando en la recogida de albaricoques. Entonces no sabes ya qué hacer con tu vida.

Lyon estaba vacía en aquel mes de agosto, era como si el calor hubiese engullido toda actividad humana. Vuestra guarida habitual, el Café de la Renaissance, había colgado el mismo cartel de cerrado por vacaciones que veías en otros locales. Te vestías en un santiamén y salías por la mañana temprano o ya entrada la tarde, cuando la temperatura bajaba. Cruzabas el puente de la Guillotière, llegabas a la plaza Bellecour, volvías a visitar tu antiguo barrio, subías hasta la basílica por callejuelas frescas y regresabas por la estación Saint Paul. O, si no, recorrías el Ródano hasta las obras de la nueva estación, del centro comercial, de todo lo que estaba en construcción.

En las calles más apacibles, los ancianos habían sacado sillas y charlaban plácidamente. Tú rumiabas pensamientos inquietos, pensabas con dolor que François nunca había sugerido la posibilidad de que fuerais juntos a Chambéry. Cavilabas tanto que, canícula mediante, lo que no había sido dicho sin más se transformó en una humillación; era señal de que ya no te quería (o de que te ocultaba algo, porque si dudaba en sus elecciones era por tu culpa, en cualquier caso tenía que ver contigo, por fuerza tenía que ver contigo). Los hombres, como bien se sabe, cuando están a gusto con una mujer lo dicen todo, se atreven a todo; era evidente que François te quería menos; tal vez su familia quería separaros o, si no, bajo su apariencia melosa, François había conocido a una jovencita en la Facultad de Derecho, se habían prometido en la ciudad del turrón; su próxima carta, no cabía duda, te anunciaría una ruptura, ¿cómo podías haber sido tan ingenua? Te paraste en un restaurante a beber una limonada. Reordenabas tus pensamientos; a tu alrededor, mesas de obreros que pasaban aquí el verano, como todos los veranos.

En el piso hacía tanto calor que no podías dormirte antes de las dos de la madrugada. Fumabas escuchando la radio. Algunos borrachos daban voces. En la última conversación telefónica, François no te había parecido gracioso, quizá tus sentimientos se hacían añicos: ¿el Amor con mayúscula que habitaba en ti desde hacía un año podía evaporarse de un plumazo? Escribes a Chloé con urgencia. Te responde que los chicos son menos previsibles que las

chicas, ciertamente, pero que si piensas que François sería feliz en Chambéry trabajando como agente de seguros y viviendo contigo, tienes que proponérselo y listo. En una pareja, el diálogo es fundamental; ella está hasta el gorro de recoger albaricoques.

Te sienta bien leer estas líneas, pero tu imaginación recalentada no le saca mucho partido. Te preguntas si la mala fortuna no se cierne sobre ti. Porque no deja de ser extraño que hayas suspendido el examen de conducir, tú, la buena alumna; extraño que tu novio te oculte sus intenciones. A golpe de insomnio llegas a la conclusión de que hay algo más. Te recreabas en esta idea, que daba vueltas en tu cabeza; había algo más, un denso misterio que debías penetrar...

Una noche escuchas en la radio un programa sobre videntes. Las personas entrevistadas, con la voz aún trémula de agradecimiento, cuentan hasta qué punto las cartománticas las habían ayudado a tomar una buena decisión en un «momento crucial» de su existencia. ¿Era posible, pues, con dinero de por medio, enterarse de cosas inéditas sobre una misma? En la gruesa guía telefónica del Departamento del Ródano lees los nombres de las consultas de videncia, astrología, cartomancia. Una tal Maude capta tu atención con un pequeño anuncio cuadrado compuesto de tres estrellas y una frase sencilla: quince años de experiencia - trabajo serio. No, es ridículo. Cierras bruscamente la guía. Con el rabillo del ojo te parece ver, tras un débil suspiro, que las páginas se mueven apelmazándose.

Las *Páginas amarillas* eran las descendientes directas del *Almanaque del comercio y de la industria* creado por Sébastien Bottin en los albores del siglo xix. En 1973, ese voluminoso anuario era ya un objeto indispensable para cualquier abonado al teléfono. Debía su nombre a su impresión en papel biblia, de calidad inferior y color amarillo; en él se agrupaban las direcciones y los números de todas las empresas y servicios del departamento; se podía adquirir gratuitamente a través de Correos, Telégrafos y Teléfonos; su lectura, lápiz en mano, daba a ciertas horas una impresión de industriosa actividad, no era ya posible ignorar el enjambre de empresas diversas que poblaban tu barrio.

Esa guía huele mucho a tinta, y las páginas, al desfilarse bajo tu pulgar, se enganchan entre sí haciendo cosquillas. Enciendes un cigarrillo e intentas razonar. La videncia es cosa de marujas. Pero la curiosidad puede más.

Marcas el número de Maude en el auricular y farfullas algo; una voz muy amable te responde que son los nervios; que a veces nos impiden expresar lo que sentimos en nuestro interior. Maude te da cita para dentro de dos días.

Te habías imaginado un edificio antiguo, una mujer vieja con los ojos perfilados de *khôl*, una consulta angosta repleta de gatos. Te sorprende descubrir un edificio de reciente construcción. Maude abre la puerta del pasillo cuando sales del ascensor. Es una mujer de unos cuarenta años, bastante fuerte, con el pelo bastante corto y bastante sucio. En su despacho dos sofás se miran de frente, entre ellos hay una mesa cubierta con un tapete de lana. Solo una vela a la derecha proporciona un toque esotérico. La vidente te habla de problemas de circulación, le dices que te estás examinando del permiso de conducir. Te responde (¿pero fue aquello una predicción o una cortesía?):

—Hace bien. Es difícil encontrar trabajo sin coche.

La mujer baraja un mazo de cartas. Comprendes que la conversación no tenía otra finalidad que hacerte sentir cómoda. Sacas la foto de François, la que Maude te había dicho por teléfono que llevaras. Le recuerdas que has ido por «un tema sentimental». Maude no parece escucharte. Deja la fotografía en la mesa y alinea cuatro figuras de tarot, despliega en un semicírculo el resto de la baraja, te dice que elijas cuatro cartas y que las dispongas delante de cada figura. El silencio reina ahora en la estancia. Tiembblas un poco al hacer la elección, la vidente respira profundamente, su mirada se vuelve vaga. Y dice:

—Es usted una persona muy orgullosa. Casi un poco altiva.

Un tiempo. Con una mueca precisa que no es un defecto.

—Es capaz de dar mucho también, le gusta aconsejar a los demás.

Un tiempo.

—Necesita estar acompañada, tener a mucha gente a su alrededor. Es sociable, la soledad no es lo suyo.

No le quitas la vista de encima. ¡Estaba hablando de ti, realmente! ¡Qué delicia!

—La veo como una mujer bastante influenciable a pesar de su orgullo. Muchas influencias diferentes en su vida.

Maude desvía la mirada hacia ti y te pregunta si ese retrato coincide contigo. Absolutamente todo coincide, tienes un arrebató de felicidad infantil.

Te gustaría olvidarte de François y que Maude hablase de ti y solo de ti. Pero coge la foto y entorna los ojos.

—Veo mucho sentimiento por su parte, mucho amor y mucha honestidad. Es un hombre recto.

Se interrumpe para buscar las palabras, y añade:

—Es una persona con la que se puede contar. Veo también mucha estabilidad, de base, material, le gusta la seguridad, algo que sea estable. No sé cómo expresarlo de otra forma.

Tu voz te parece demasiado viva, demasiado aguda, en la habitación:

—¡Sí, eso es, porque trabaja en seguros!

Se hace de nuevo el silencio.

—Está muy enamorado, noto una buena complicidad. Hay un encuentro natural entre ustedes.

Y después:

—Veo también una cuestión, una cuestión entre ustedes, no planteada. Algo que no se ha dicho, pero no en sentido negativo, ¿eh? Algo en suspenso por parte de él. Un compromiso personal o profesional.

Has dejado de respirar. Maude mira las cartas. Mira la foto. Mira las cartas. Se pasa la mano por los cabellos grasos.

—Veo hijos, varios hijos con él.

Tu corazón late con mucha fuerza. Tienes miedo de haberla entendido mal.

—¿Con él?

—Sí.

—¿Entonces voy a casarme con él?

Maude sonríe antes de continuar:

—Eso ya no lo sé. Pero, bueno, estoy bastante segura. Veo a una pareja, en cualquier caso, forman una pareja. Hay algo duradero, sólido, algo que solo acaba de empezar. Veo un traslado también, algo que se inscribe en el tiempo, pero tampoco será todo de color de rosa, ¿eh?

Y la vidente añade con un tono más maternal:

—Sabe, señorita, el amor no es un cuento de hadas...

Maude se arrellana en el respaldo como después de un gran esfuerzo. Le confiesas tu miedo de que François se aleje, que te gustaría que se comprometiera, que aceptara el trabajo, pero que es muy tímido. Con las cejas

arqueadas le dices también que estás alucinada (como repetirías a tus amigas), a-lu-ci-na-da de que haya podido decir tantas cosas de ti sin conocerte.

Maude junta las cartas en un montón. Es la hora. La sesión no habrá durado más de veinte minutos en total. Te interesa saber si hay otras videntes buenas en «ciudades más pequeñas que Lyon». La voz de Maude se agría entonces, como si hubieras tocado un punto doloroso. La echadora de cartas se pone a deplorar el cierre de consultas por culpa de las sociedades de videncia por teléfono. Son tiempos duros, para ejercer ese oficio con rigor es necesario limitar el número de clientes, por eso no puede irse de vacaciones en el mes de agosto, hay muchos gastos que cubrir y nada de vacaciones pagadas. Ay, qué risa le dan esas jovencitas que creen que se harán millonarias con ese oficio, cuando no somos más que asistentas sociales... Quieres coger el autobús en ese momento, pero Maude te retiene entregada a una diatriba contra esas empresas deshonestas que venden humo con publicidades engañosas a bombo y platillo...

—Es competencia desleal, pero nadie dice nada. ¡Nadie defiende a los pequeños artesanos como nosotros!

Finalmente te escapas privada de ciento cincuenta francos. Esa misma noche escribes a François: quieres vivir con él en Chambéry. Tres días más tarde llega en el tren, te estrecha con fuerza entre sus brazos y durante una hora habla sin parar. Nunca le habías oído decir tantas frases seguidas. François te cuenta sus temores, lo odiosos que han sido sus padres con él tratándolo una vez más como «menos que nada», dice que no se atreve a embarcarte en su vida «sin seguridad, tú, que te mereces lo mejor», pero que la idea de irse de Lyon él solo lo apena, que no quiere perderte, etc.

Es vuestra primera conversación importante de pareja. Decidís mudaros a Chambéry en septiembre; François dejará sus estudios; tú, Panzani; decidís que creará esa agencia. Más tarde estáis tumbados en la cama. Más tarde aún, le dices, levantando la cabeza de la almohada:

—¿Crees que soy una chica influenciabile, cariño?

Y recuerdas que es así; a fuerza de acumular reuniones en la sacristía, presupuestos de cáterin y conversaciones en el balcón se fijó la fecha de la boda y se enviaron las invitaciones; todo para que, a semejanza de las trescientas cincuenta mil parejas heterosexuales de ese año (1978), podáis

vivir un día único. Fecha que estará marcada, no obstante, por la muerte de tu abuelo una semana antes. El anciano se cayó de una escalera mientras recogía fruta en el pueblo donde había pasado toda su vida.

Al contemplar el cuerpo inerte en el velatorio, entendiste que nunca más verías a tu abuelo carraspear, echar leña al fuego, llenar y vaciar su pipa, adormilarse en el sillón; nunca más lo verías despertarse diciendo: «A ver, tesoro mío, ¿qué tonterías se te han ocurrido esta vez?» Su muerte tuvo un efecto cruel y característico: multiplicó por diez toda la ternura que sentías hacia él, sumando al impacto de su fallecimiento la frustración de tener que ocultar los sentimientos acentuados. En la iglesia, el alcalde pronunció un discurso en honor de tu abuelo, recordando con pocas palabras sus setenta años de existencia. El hombre había enviudado hacía tiempo y tu madre resolvió desamueblar y vender la casa (era imposible calentarla), cosa que os permitiría, a François y a ti, «arrancar en la vida con un pequeño capital». Después de la boda regresarás al pueblo para ayudarla a escoger esas pequeñas cosas a las que nos apegamos tanto en vida y que son pronto olvidadas, encerradas en cajas por nuestros descendientes: una pipa, un ritual, un paquete de tabaco sobre una mesa barnizada, un pantalón de pana olvidado en un sofá que, con sus arrugas y rodillas gastadas, parece no solo esperar al difunto, sino resucitarlo.

Después de la larga conversación de pareja que había seguido a la consulta de Maude, habías comunicado a tus padres tu traslado a Chambéry y tu relación con François. Enseguida te hablaron de matrimonio, porque quedaba fuera de lo aceptable que no regularizarais vuestra situación. Pero, al fin y al cabo, habían acogido bien la noticia, contentos de tener un yerno, es decir, casi un hijo; anhelando que les diera nietos; celosos ya de los padres de él, el novio, que habían elegido ya a todas las niñas que harían las veces de damas de honor. La familia de François vino al completo. La víspera, tú misma dispusiste las flores en el pasillo de la iglesia, y toda la noche, preocupadísima por todas las cosas pendientes, pensaste en ese momento mágico cuando, al son de la *Marcha nupcial*, entrarías en la nave, las miradas de los asistentes vueltas hacia ti.

De aquella boda ha quedado una fotografía oficial colocada desde hace tiempo en la cómoda de vuestro dormitorio, como un pequeño radiador sentimental que calienta tu cotidianeidad. Más tarde se unirán a ella las de tus

hijos, tus nietos, su bautizo, sus bodas, terminarás confundiendo todas las ceremonias. En esa foto, François pone una mano en tu cadera y la mejilla contra tu frente, su traje es de un azul petróleo elegante, posa de perfil, aparentemente relajado; solo su incipiente calvicie marca la diferencia con el hombre joven que conociste en Lyon cuatro años antes. Tú ibas vestida con el tradicional vestido de cola blanco, y un lazo rosa atado a un moño y un velo ligero que cae hasta medio cuerpo. Sonrías con más franqueza, un poco de malicia en la mirada dirigida al fotógrafo, que seguramente os estaba gastando una broma, tu hombro está desnudo, tu tez, dorada, tus ojos parecen más claros que de costumbre. A la altura de vuestro pecho sostienes el ramo de casada; las flores, gracias a las indicaciones del profesional, figuran perfectamente en el centro de la foto.

Se celebró el banquete que tanto esfuerzo te había costado y para el que habías rehusado la benigna injerencia de tu madre. El surtido de postres fue un éxito. Al final, los más ancianos quisieron oírte cantar. Pararon los discos y te prestaste al juego con un gracejo asombroso. Si cierras los ojos hoy para rememorar la escena con más exactitud, todavía puedes escuchar el barullo, notar el calor, el aroma a tabaco, oír la agitación de los niños en el fondo de la sala, las risas. Un invitado se acerca a hablarte. Todo el mundo quiere abrazarte, tocar tu vestido, admirarlo, aunque solo sea un minuto, como si de tu traje de bodas emanase una fuerza mágica, ritual, a la que conviene rozar y rendir homenaje.

¿Fue ese el día más hermoso de tu vida? Hoy te lo preguntas. Si bien comprendiste enseguida que la muerte de tu abuelo era inexorable, te costó años tomar conciencia de lo que significaba casarse o estar casada, ser la esposa de, ser el segundo miembro del hogar conyugal, formar parte oficialmente del vínculo jurídico y moral que empieza la noche del día en que termina la fiesta. No tomaste posesión de ti misma hasta medianoche; cada cual escuchó tu cancioncilla como había escuchado el discurso del señor alcalde, diciéndose, quizá, que sería el próximo de la lista en ese pueblo, recordando un episodio de su propia boda, sabiendo los de más edad lo que aguarda a los casados cuando se ha ido todo el mundo, se han quitado los cubiertos de la mesa, pronunciado los últimos adioses y te encuentras, sola, ante un frigorífico.

SEGUNDA PARTE

En el fondo de su alma, sin embargo, esperaba un acontecimiento.

GUSTAVE FLAUBERT

I

Fue entonces cuando quisiste cambiar de televisor.

François, que con su pequeño Fiat había caído simpático a los campesinos de la zona, quiso comprar un modelo de cilindrada mayor para tener más credibilidad ante los grandes propietarios del lago de Aix. A quienes se quejaban de su seguro les decían en el cantón: «Hay un tipo serio en la avenida Jean-Jaurès, ve a verlo». Como su prima mensual alcanzaba sumas respetables reinvertidas en nuevas compras, se dejó convencer fácilmente de que vuestro comedor requería un televisor en color. Una vez hecho el ajuste en la tienda, la primera noche que os acomodáis frente al aparato es una verdadera satisfacción.

Eran escenas tiernas alumbradas por la luz de la pantalla; tu marido te esperaba en el sofá, te sentabas a su lado después de haber ordenado la cocina, le plantabas un beso en la nuca y veáis los dos juntos una película o cualquier entretenimiento; en ese descanso de la jornada acabada, el hombre hundía la cabeza en tus rodillas sintiendo la vibración de tu vientre cuando hablabas, cerrando los ojos o, con un movimiento de la mano, acercándose a tocar y oler un rizo de tu pelo; inclinándote para besar sus labios, bajabas el volumen con el botón del mando. Unos años más tarde, vuestros hijos en pijama, cenados, bañados, las mejillas sonrosadas después de una caminata al aire libre, mirarán la misma pantalla donde, gracias al vídeo, verán dibujos animados de la Cenicienta o de Tom y Jerry. A la izquierda del sofá, la pequeña Nathalie con el pulgar en la boca, a la derecha el pequeño Xavier abrazado a su padre, los cuatro inmersos en ese tierno esparcimiento de las tardes invernales, tu marido de vuelta del trabajo, la cocina aseada, las camas hechas. Estás sentada entre dos seres menudos, ves la televisión. Tres decenios más y se os contemplará en ese mismo sofá con vuestros nietos; el

televisor más grande y más plano, pero prácticamente las mismas películas, DVD comprados en grandes superficies. François menos cansado que en la escena precedente, tú más distendida porque al día siguiente Nathalie viene a recoger a los chiquillos, poco importa si se acuestan tarde, hallas incluso placer en esas historietas del gato y el ratón persiguiéndose en una casa de cuento de hadas.

Y a la derecha, la bombilla de la pantalla cubre todas esas escenas con su luz amarilla que se mezcla con los rayos proyectados por el televisor, relámpagos azulados que cruzan con sacudidas vuestros rostros. Pares de ojos fijados en el aparato; una mano adulta acaricia una mejilla de niño; el sonido de los dibujos animados con sus voces caricaturescas, su cantinela obstinada; alguien habla. Es François, que dice que el programa es mejor que los dibujos animados de la víspera; su voz es interrumpida por el gato que, en pantalla, suelta un maullido de despecho; respondes que sí, añades un comentario sobre el DVD que ha terminado, señalando que es hora de irse a la cama. Así es como nos hacemos abuelos.

Pero mucho antes fue un paso natural, un gesto contenido en la idea general que teníais de la felicidad, un gesto que solo pedía eclosionar: porque como una casa es algo indispensable para fundar una familia, quisisteis ser propietarios.

—Invertir en ladrillo, ¡eso es lo que necesitáis!

Dice tu suegro al enterarse de vuestra decisión.

Había numerosas casas en venta en Chambéry, pero en barrios ruidosos, por eso ampliáis vuestra zona de búsqueda. El televisor en color había costado tres mil francos. Tú ganabas en Bédani doce mil francos. François disponía de dieciocho mil francos en períodos de bonanza, ahorráis cinco mil francos al mes. Incluso con la ayuda de vuestros padres y vuestras cuentas de ahorro libres de impuestos, no os salían los números, no erais lo bastante ricos.

—Son ustedes una pareja joven que necesita ayuda para acceder a la propiedad.

Decía el banquero.

—En cualquier caso podemos dar una buena entrada.

Apuntaba tu marido.

Tu agenda se llenó con anotaciones del tipo «16 h, rotonda Mammouth». Ya en la cita estrechabas la mano del agente inmobiliario y seguías su coche hasta la casa en venta. La visita duraba unos veinte minutos incluso cuando, ya desde la entrada, sabías que la cosa no iba a funcionar. En un trozo de papel habías garabateado todo lo que se debía tener en cuenta: aislamiento, calefacción, amplitud de la cocina, luminosidad, terreno, vecindario, acceso, comercios. Algunas casas merecían una segunda visita con François, de noche comparabais en el balcón las ventajas y desventajas de cada una, a veces volvíais hasta una tercera vez; ninguna visita resultaba inútil, todas permitían afinar la búsqueda inmobiliaria.

Lo recuerdas; los suegros os invitaban a almorzar el domingo, tu suegro decía:

—Hija mía, solo hay tres cosas que cuentan en una compra: ¡la ubicación, la ubicación, la ubicación!

Y se echaba a reír.

Durante semanas, vuestra cocina-comedor estará invadida de periódicos con anuncios inmobiliarios; los leéis hasta medianoche, rodeándolos con un bolígrafo, animándoos mutuamente en esa aventura.

—Lo importante es tener un flechazo.

—¡Y que entre en el presupuesto!

Vuestra pareja ha acudido al banco para obtener un préstamo. La tasa de interés seguía siendo elevada, pero los otros bancos no proponían nada mejor.

—Por lo menos es nuestro banquero y nos conoce.

—Si se presenta cualquier problema, eso ayudará.

Y, una buena mañana, llega la sorpresa, el «flechazo». François hizo ir a sus padres para corroborar su entusiasmo, no fuera a ser que tuviera «secretos ocultos». A continuación hubo que preparar el contrato de venta, desbloquear las cuentas, solicitar un cheque certificado, ir al catastro para verificar el plan de ordenamiento territorial, rellenar un legajo de formularios administrativos. En última instancia, la escena transcurrió en el notario, en un despacho con fax, una secretaria, todo ello en una vieja casa de Chambéry en una sola sesión. La antigua propietaria se apellidaba Remoulin, era viuda y había residido en aquella casa durante toda su jubilación. «Pero a mi edad —decía—, quiero estar cerca de mis nietos.» Era una señora anciana muy delgada de piel muy arrugada que tenía algo implorante en la mirada. Tú te estirabas la

falda, que te parecía demasiado corta, mientras el notario leía la escritura, oías «los designados en adelante *el comprador*», «los derechos preferentes de compra y otras condiciones relativas a la ejecución de la presente». Por fin, François entrega el cheque bancario, dos manojos de llaves son depositados en la mesa. Todo el mundo se relaja.

La anciana suspira feliz:

—Me alegro de que se la queden ustedes. Me caen simpáticos.

—Les deseo una buena mudanza —concluye el notario.

Un poco abotargados, François y tú vais a tomar un café a la plaza Saint-Léger. Habláis mucho, como para conjurar una angustia (el crédito era importante), tu marido sin dejar de repetir que habéis hecho una elección óptima. Llamas por teléfono a tus padres desde el bar.

—¡Ya está, tenemos las llaves!

Al otro lado del teléfono, tu madre:

—Enhorabuena, hijos. ¡Esto hay que celebrarlo!

La noche siguiente cenáis en Terneyre, muy emocionados, muy locuaces en torno al estofado. Durante ese recorrido de compra habéis experimentado no pocas sensaciones: la dicha de compartir un deseo, el de dejar el piso de Chambéry para instalaros en una casa donde será posible criar a los hijos al aire libre; una emoción en cada primera visita; decepciones cuando, durante la segunda visita, la casa que presentías que iba a ser tu hogar revelaba, por ejemplo, un problema de techumbre y había que poner fin a todas las anticipaciones felices ya nacidas en tu ánimo; el miedo (más acusado en el hombre) de invertir una suma tan grande de dinero en una mala compra; una inquietud ante la idea de esa futura gran migración material, todo lo que eso suponía de preocupaciones, el segundo coche que comprar, toda aquella acumulación de trámites administrativos que puede llevar algunas noches a la sensación de estar hasta la coronilla, o a frases como: «Vivir de alquiler es más sencillo».

Llaves en mano por fin, lo que compartías con François en el bistró donde dabais saltos de alegría era alivio y orgullo. Pronto vuestra cuenta bancaria llevaría la marca de una cantidad deducida mensualmente, cuatro mil quinientos francos, lo que a la sazón se llamaba «letra de cambio»; ese préstamo os obligará, cuando llegue la hora de las compras navideñas, a mirar de cerca vuestras cuentas, pero os acostumbraréis rápidamente.

—Al menos no es dinero tirado por la ventana.

—Al menos —retomabas tú besando a François en la boca—, al menos estamos en nuestra casa.

En adelante había que mandarte toda la correspondencia a Cercado de los Narcisos 12, Sendero de los Pinos, 38110 Empan-sur-Nive.

Empan era una villa de cinco mil habitantes atravesada por una carretera secundaria que llevaba a Valvoisin. El municipio debía su nombre a un río prealpino cuyo cauce había sido canalizado tras unas inundaciones. Contaba con una iglesia románica del siglo xii y todas las comodidades: colegios, panaderías, oficinas de correos y estancos, cajeros automáticos, polideportivos. Constituía el centro un dédalo de calles antiguas donde oficiaban todavía una costurera y un carnicero-casquero. Las terrazas de dos cafeterías bordeaban la plaza central, llamada Víctor-Hugo; en verano se llenaban de obreros y de oficinistas que iban a comer el plato del día; el resto del año el sitio hacía las veces de aparcamiento para recados tan específicos del centro urbano como cambiar la goma de una cafetera, adquirir un lazo de mercería o comprar un sello. El agente inmobiliario te había señalado la instalación reciente de un supermercado que permitía eludir la gran superficie de Chambéry. Sus hangares rectangulares se podían ver al llegar en coche por la autovía; luego rodeabas el taller de carrocería, pasabas por delante de edificios de modestas dimensiones, casas con enlucidos de tonos oscuros que anunciaban la entrada a la villa. Girabas delante de la fachada del restaurante Le Bec Fin en dirección a la «Zona de desarrollo La Quesería, tierra con futuro». El alcalde de aquel barrio en plena expansión había mandado construir un palacio de deportes. Ascendías la colina. Pisabas con el pie izquierdo el pedal izquierdo, con el pie derecho el pedal derecho, levantabas el pie izquierdo, hundías el pie derecho, con la mano derecha agarrabas la palanca y la empujabas hacia abajo: cambiar de marcha.

El municipio de Empan-sur-Nive estaba presidido (y así continúa) por una loma de cien metros de altura. Un antiguo viacrucis la surcaba antes de desembocar en un mirador apreciado los domingos por algunos de los viejos residentes. En la otra ladera se había instalado el cementerio cuando allí solo vivían agricultores y ganaderos sin esposas. Pero el municipio crecía velozmente. El territorio se beneficiaba del esplendor de Grenoble y de

Chambéry, que se decían *metrópolis*, y, como el centro de reciclaje de aguas bordeaba el Nive por un lado y por el otro la carretera nacional obstaculizaba el desarrollo de la aglomeración urbana, el consejo municipal había adquirido una parte importante de los terrenos agrícolas allí ubicados. Tras recalificarlos como «urbanizables» fue posible alojar a todas las personas provenientes de la ciudad que no querían «terminar en un callejón estando en el campo». Enfilabas ya la antigua carretera vecinal. Recién asfaltada, subía trazando curvas empinadas hasta la cima de la colina. Del cementerio anexo salía el Camino de las Viñas, casas de tonos claros se alineaban a un lado y a otro de la calzada; con el centro de sus parcelas generosamente sembradas de césped, parecían bloques de clara de huevo sobre crema inglesa. Seguía el Sendero de los Pinos, en su extremo el Cercado de las Lilas, el Cercado de los Camachuelos y el Cercado de los Narcisos; aminorabas. A ese barrio cercano se le conocía como La Garotte, por el nombre de la colina homónima. La comunidad había puesto a circular por esas calles un autobús, la línea 3; subía del pueblo para volver a bajar vacío una vez desprovisto de colegiales. Sus habitantes se consideraban afortunados porque aquí las horas de sol eran más abundantes que abajo. El único inconveniente era que la carretera que enlazaba con el centro del pueblo sufría embotellamientos de tráfico por la mañana.

Vuestra casa estaba casi al final del Cercado. Por un pasaje situado entre dos propiedades podías tomar un camino forestal y enseguida estabas en campo abierto. Te gustaba pasear por allí con tu vientre redondo, con tu marido, más tarde con tus hijos. La aglomeración terminaba aquí. Reinaba el silencio, más de lo que habías imaginado al comprar la casa y la parcela. En los días claros podían contemplarse las crestas del Macizo de la Chartreuse y los días posteriores a la lluvia un intenso aroma a campo os aguardaba, un aroma lleno de perfumes animales y terrosos, como si las antiguas granjas, al desaparecer, hubieran dejado su huella en el aire. «Al menos estamos en nuestra casa», decías, y en tu boca eran palabras mágicas. Como si fueras tú la primera en descubrirlo, estar en tu casa, la primera en instalarte, desbrozar, plantar, decorar, olvidando que tus padres habían desplegado la misma energía en Terneyre, en esa casa de dos habitaciones y cuarto de estar en el piso de arriba, cocina, garaje, cobertizo en la planta baja. Fue poco después de que tu padre decidiera trabajar por cuenta propia, de que tu madre fuese contratada

en el ayuntamiento, a comienzos de los años cincuenta, en tu dormitorio de niña cubierto de papel pintado amarillo, en esa casa donde arrancan todos tus recuerdos, todo este relato.

Estamos al norte del departamento de Isère, país llamado antaño Bas-Dauphiné, donde ni Saboya ni la urbe lionesa han empezado realmente y donde los campos de trigo y los pastizales, desposando las curvas del paisaje, no supondrán ninguna dificultad para acoger los futuros ejes de circulación. Cada nivel de la casa tenía su pasillo; un balconcillo al que se accedía por una escalera exterior rodeada de hierro forjado. Los días sin colegio jugabas a saltar a la cuerda en el patio; tus padres podían ver tu silueta aparecer, luego desaparecer, por encima de las alheñas. El techo tenía forma de acento circunflejo sobre la puerta de la entrada, y continuaba en horizontal hasta unirse a la casa adosada donde vivía un veterinario. El enlucido de todas las casas era gris, habían sido construidas en los años treinta.

Solías quedarte en la cocina mirando a tu madre. Recuerdas cómo preparaba la ternera empanada: limpiaba el hule y sacaba tres platos hondos del armario. En el primero ponía un puñado de harina, en el segundo rompía y batía un huevo, en el tercero echaba el pan rallado. Desenvolvía el pequeño paquete procedente del carnicero. Cogía un primer escalope de carne entre el pulgar y el índice de ambas manos, lo pasaba por el primer plato dándole la vuelta para enharinarlo bien por ambos lados, lo que cubría de regueros blancos la carne rosa. Y luego lo sumergía en el huevo. Era tu momento preferido. El escalope resurgía pegajoso del plato, tu carita detrás de la mesa hacía un mohín de feliz repugnancia. La carne terminaba en el tercer plato, tu madre la golpeteaba para que el pan rallado se adhiriera bien a ella. Repetía la operación tantas veces como escalopes hubiera, el hule terminaba manchado de salpicaduras.

Esa casa suponía un ascenso: naces en un valle de vacas y resulta que, en la posguerra, formas parte de quienes pueden separar el lugar de trabajo del lugar doméstico; tus abuelos se sintieron orgullosos de sus hijos. Vuestra familia tenía buena reputación. Tu padre no bebía. Había geranios en la parte que daba a la calle. Las habitaciones de la casa se conservaban limpias, sobre todo la salita, a menudo cerrada con llave. Era raro que tus padres invitasen a amigos, solíais estar los tres solos.

Recuerdas el primer cenicero donde se apilaban las cerillas quemadas.

Recuerdas cuando trajeron la tele. Era un aparato enorme que chisporroteaba. Había que girar un botón del lado derecho, y aparecían figuras que se estiraban y se aplanaban hasta el tamaño que tu padre juzgaba correcto. Volvía a sentarse en el sofá, mirando a los presentadores, al general De Gaulle, sus rostros regularmente traspasados por una fina raya horizontal anaranjada. Te mandaban a la cama.

Toda tu infancia transcurrió allí, entre aquellas casitas adosadas, las compañeras de la escuela primaria, el pueblo de Terneyre con sus comercios; tu mamá, tu papá, cada cual volviendo a casa por la tarde, cada casa disimulando un jardín alargado donde las familias almorzaban los domingos.

Y ahora que te mudabas a una casa construida a principios de los ochenta (te gustaba lo moderno), qué extraña se te hacía la idea de que tu infancia hubiera podido transcurrir en otra parte, por ejemplo, en un piso de Lyon o en una granja del Vercors; extraña la idea de que tus padres hubiesen firmado también una escritura en una notaría, como si tú fueras la primera en lograrlo, como si todo fuera nuevo (crédito, tabiques, germinaciones), como si todo naciera de tu voluntad, cuando decides ordenar las cosas, cacerolas, cafetera, ropa, pero también libros, discos; cuando tienes que elegir horno, nevera; cuando decides dónde colocar los estantes. Arriba, cuatro habitaciones y dos cuartos de baño; abajo, la cocina, el comedor, el recibidor, los aseos, la despensa y la puerta que da al garaje; la superficie habitable es más grande, la cocina más luminosa y, al contrario que la casa de Terneyre, esa vivienda podías recorrerla a pie, pronto acompañada de tus hijos, que encontrarán, a su vez, extraña la idea de que aquello pueda ser de otro modo.

El jardín era lo que te procuraba más alegría, solo abrir los postigos y contemplarlo merecía todos los esfuerzos. Como todos los jardines de la zona, se divisaba de parte a parte de un sendero de piedras donde estaban fijados los dos brazos de un tendedero. Pero la cuerda se aflojaba y el césped estaba en tan mal estado que el barro se quedaba pegado a la hierba en terrones tras las fuertes lluvias. En cuanto la mudanza hubo concluido y las energías masculinas fueron renovadas, pediste a tu marido y a tu padre que renovaran el césped. Te hubiera gustado ayudarles.

—Cielo, te recuerdo que estás embarazada...

—¡Pues esto lo hará más robusto!

Recuerdas la tarde en que sembraron el césped al voleo, con un gesto amplio, antiguo, las largas noches de verano que se sucedieron, cuando, vaso de moscatel en mano, mirabais crecer la hierba en vuestro terreno. Juntos regabais el avellano, el madroño, el nogal que la señora Remoulin había plantado en el jardín delantero. Todo eso exigía trabajo, cómo no, producía agujetas, pero por fin podías organizar las cosas a tu gusto.

—Cómo se agradece poder clavar un clavo sin tener que pedir permiso.

Colgaste petunias sobre la puerta de la entrada para hacerla más acogedora a primera vista. Habrías querido que una planta trepadora se enrollase alrededor del herraje, pero dudabas aún entre una parra y una glicinia. Cuando vuestros amigos iban a visitaros durante la baja por maternidad, mientras les dabas un paseo por tus dominios, les decías:

—Creo que voy a plantar un árbol ahí, aún no sé cuál.

Te aconsejaban un cerezo, una mimosa o un ciclamor:

—En primavera es una auténtica maravilla.

—Habrás que tener cuidado con las heladas.

—Un laurel, lo aprovecharás para las salsas.

Así, a medida que transcurrían las semanas, veías cómo tu casa se regeneraba, se embellecía, se volvía más hospitalaria. François había cambiado los ladrillos rotos del murete, las losas estaban limpias, los árboles podados; cruzar esa puerta solo podía producir placer.

La cruzabais por la mañana, cada cual en su coche para ir al trabajo. François se levantaba más temprano, se iba a resolver papeleos antes de abrir la agencia en Chambéry, seguía progresando en Réserva, se sentía cómodo ya, poderoso casi, en su traje de corredor de seguros. Tú habías encontrado trabajo en Bédani (una fábrica de muebles) poco antes de tu baja por maternidad. Al reencontraros por la tarde, sentías que un mismo deseo os traspasaba, deseo de ser felices, deseo de tener éxito, deseo de transformar vuestra casa en un hogar y, para ello, estabais dispuestos a activaros incluso el fin de semana, jamás saciados uno y otro de los deseos todavía nuevos de posesión.

Por ejemplo: quisiste cubrir las habitaciones de los niños con moqueta. Era mejor para el bebé que iba a llegar, por el calor, por el ruido. El parqué que la señora Remoulin había dejado se hallaba en mal estado.

—Es verdad, con una moqueta es menos peligroso si se cae de la cama...

—¡No te rías, hay que pensar en todo!

El vendedor, que luce una chaqueta con los colores de la tienda de bricolaje, escucha vuestro proyecto y os envía a la sección de «pavimentos y revestimientos». Pasas la mano por las muestras de poliamida y lana rizada; te paras en una moqueta burdeos que puede resultar apropiada tanto para una niña como para un niño. Además el rojo no es un color muy sucio.

Decidís que la moqueta se ponga ese sábado.

—Entre semana no podríamos hacerlo tan bien.

—Con un bebé pegado a tus piernas no puedes tener la cabeza en esto.

Vas equipada con las herramientas necesarias: un cortador (que, años después, desprovisto de las cuchillas, hará las veces de nave espacial para Xavier después de que el niño haya visto películas de ciencia ficción), un cúter sólido, espátulas y un martillo de encolar con el que golpeas la moqueta recién colocada, lo que te vale durante varias semanas el cariñoso apodo de «mi pequeño tormento». La sala está desprovista de sus muebles; vosotros dos, con ropas ligeras ese sábado, en vuestra casa aún sin rutinas, sin pesadez, François y tú aún jóvenes, capaces de cambios, capaces de activar vuestros cuerpos al unísono. Tú has lijado el parqué. Él extiende la cola blanca por el suelo. Cuando empieza a secarse, cada cual en un extremo del rollo, desplegáis la primera tira y la aplicáis en el sentido del dibujo. Está muy bien hacer eso entre dos, en pareja, con un hombre dirigiendo la obra. Observas el efecto desde el pasillo.

—Queda bien, ¿no te parece?

Vuestros cuerpos han cambiado de postura. Con la cabeza cerca de la pared, ajustas la moqueta bajo los rodapiés emitiendo algunos gemidos cuando no llegas. François unta el parqué de cola, con vaivenes regulares hacia el bote. De esa forma ponéis los tres rollos intentando unirlos bien. Le habéis pillado el tranquilo. François tiene el torso desnudo, la habitación huele a sudor. Pronto, unas palabras bastarán para coordinaros:

—Muévete un poco más hacia mí.

—¿Así?

—¿Vale?

—Sí, vale.

—¿Más?

—Sí, más.
—Para.
—Ahora.
—¡Perfecto!

Naturalmente, pues, te quedaste embarazada. El parto había empezado hacía horas, desde que empezaras a resoplar metódicamente, apretando la mano de François, que intentaba achicarse en esa habitación de clínica. El joven, feliz de ver que su existencia, hasta ese momento vagamente injustificable, adoptaba otro giro y se volvía irremediabilmente necesaria para alguien. François se sentiría orgulloso de poder decir «mi hijo», «mis niños», con la certeza de no volver a ser inútil en la tierra; mientras que tú, sumida en tus esfuerzos por sufrir menos en cada contracción, sentías: algo está a punto de gritar, de vivir.

En adelante, tras haber perdido con la placenta algunas de tus actitudes más frívolas, te verás proyectada en otra humanidad con una esencia superior a la precedente. En la calle caminas con la cabeza más alta, los pies sólidamente anclados en el suelo: eres madre, lo cual no impedía, paradójicamente, una agitación perpetua porque (manipulando sin cesar a tu bebé, sosteniéndolo sin descanso en tus brazos o contra tu pecho, poniéndole sin descanso el chupete o quitándole lo que se lleva a la boca) siempre estabas ocupada con ese cuerpecito adyacente al tuyo; y, al contrario que tu marido, que era capaz de esperar el cierre de la guardería cuando le tocaba ir a buscarlos (el martes), tú no aceptabas privarte de tus hijos si no era porque otras tareas, tareas repetitivas de la inmediatez (pasar por la carnicería, comprar una garrafa de lejía) venían a llenar su ausencia. Porque en esa otra humanidad hay que aprender deprisa a separar las compras que es posible hacer con niños de las que es mejor hacer sin ellos; aprender a pensar constantemente en el pan, en el baño, en los pañales y en los trayectos; aprender a anticipar.

—Lo más difícil son las noches.

En esa cocina de Empan, vuestras miradas ya no se perdían, risueñas, en un cara a cara amoroso, sino que se dirigían sin cesar, precisas, a Xavier y Nathalie. O bien te encargabas de que comieran ellos primero (revoltosa progenie en sus sillas altas) y os sentabais vosotros a comer después, o bien

comíais con ellos. Pero, decidieras lo que decidieses, siempre teníais a uno a vuestros pies, juguétón o gruñón y aún sin acostar. Vuestras comidas dependían ya del ritmo de su adormecimiento; vosotros dos al acecho de una reacción, siempre dispuestos a levantaros y a subir las escaleras para comprobar que no pasaba nada: un grito, una llamada, su padre que sube a acunarlos una última vez. Y, cuando volvía a bajar, vuestra conversación sobre los progresos de la agencia o la salud de su padre era interrumpida de nuevo: era un balbuceo, un juguete roto que venía a añadirse a lo que decía tu marido; lo escuchabas mientras cortabas el plátano en trozos para el pequeño, recogías una cuchara caída al suelo, entregada siempre a varias tareas simultáneas, el espacio visual y sonoro siempre ocupado por esos pequeños seres, lo que te causaba, las raras ocasiones en que os invitaban a los dos solos a casas de amigos, un extraño desequilibrio que no se borraba hasta que la niñera se había ido, cuando entornabas la puerta de sus cuartos, ese momento en que los oías respirar en la oscuridad, pequeño rebaño dormido.

Al cabo de unos semestres te quedaste embarazada de Nathalie. Volvías a dar a luz, a sentir los conmovedores pataleos de un pequeño cuerpo mojado, manchado, hambriento, risueño; tan entregada a los cuidados de tus hijos que ya no alcanzabas a saber cómo habías podido vivir sin ellos. Tus años de estudio en Lyon se te antojaban tan libres que se volvían un tanto escandalosos, incluso vuestro piso en Chambéry, aquel piso sin cochecito ni biberones, devuelto a un pasado lejano; todo era ajeno a la nueva M. A., acaparada día y noche por esos dos anexos, permanente distracción y permanente fuente de consumo del tiempo, incluso si no lamentabas nada, claro.

—Transmitir la vida es algo extraordinario.

Sin embargo, habías sufrido con las contracciones, con el parto, habías sufrido con la lactancia y los desajustes hormonales. Cuando su boquita apretaba tu pezón te sentías ordeñada por un ángel glotón, todo el santo día hostigada por los gritos. A veces tenías unas ganas inconfesables de tirar al bebé chillón a la papelera para poder dormir y liberarte de su tiránica dependencia.

Porque en eso consistía fundar una familia: ser reina y esclava a la vez, atender constantemente a los demás, niños y adultos, conocer sus necesidades, sus horarios, poner tu cuerpo al servicio del buen funcionamiento de la

máquina familiar, pulpo devorador que había engullido por completo a M. A., toda ella manipulada por los tentáculos de la bestia, que por turnos pedía un biberón, un consejo, dónde se ha metido el puzle y qué cenamos esa noche, querida; tanto era así que fue necesaria una caries dolorosa para obligarte a acudir con urgencia al dentista, delegando excepcionalmente la preparación de la cena al padre —él, que tan amablemente te ayudaba.

Pero todo esto pasaba, se olvidaba, las noches eran llevaderas, convertidos ya en padres los dos, François apretándote la mano con más fuerza, la partera dándote ánimos en la clínica, y por fin: el grito, el nacimiento.

Primero hacerse propietario, luego acondicionar, luego reproducirse.

Ya de vuelta de la clínica, ya con los niños cenados y acostados, ya la mimosa plantada y la jornada concluida, recuperabais una tierna serenidad en el sofá, de noche, delante de la tele, los dos solos. El momento de respiro en que François descansaba la cabeza sobre tus rodillas. La película había terminado, ya no se oía a los niños.

—Ya están durmiendo, nuestros angelitos.

Aprietas el botón off del mando y recorres los cuartos apagando las bombillas eléctricas, las del comedor y luego las del vestíbulo, François cierra con llave, subís las escaleras. Un ojeada al dormitorio de la peque, una ojeada al dormitorio del mayor, una pasada por el cuarto de baño. Terminas la ronda apagando la luz del pasillo. La casa se ha unido a la sombra nocturna de la zona, realzada aquí y allá por los halos amarillos de las farolas. Te deslizas bajo el edredón sumergiéndote en una mullida sensación de seguridad, en una comodidad incrementada cuando, fuera, llovía contra los postigos.

II

Después de la mudanza se abrió un período de dicha sin palabras, sin cambios y sin angustia, período que solo puede contarse con escenas simples, en el que únicamente la repetición, rutinaria, más que el carácter, anodino, ha podido grabarse tan profundamente en tu recuerdo.

Por ejemplo, todas las noches, el momento en que tu marido vuelve a casa. Son las diecinueve horas y treinta minutos; todo empieza con un rechinamiento de neumáticos en la gravilla, junto al zumbido del motor que se apaga, un silencio, luego un portazo; oyes esos ruidos desde la cocina o desde el dormitorio. La puerta de la entrada que se abre, el clic del picaporte seguido de un sonido más fuerte, el de la puerta que se cierra, el pestillo entrando bruscamente en la cerradura, un soplo, un chasquido seguido de un tintineo alegre que resuena por el pasillo porque varios manojos de llaves colgados detrás de la puerta chocan entre sí después de que todas ellas —las llaves del coche, las llaves de casa de tu madre, las copias de las llaves del garaje— sean propulsadas por el soplo de la puerta que se cierra, se repliegan sobre la madera, emitiendo un repiqueteo de timbre claro y se balanceen de izquierda a derecha según la velocidad con que tu marido ha cerrado la puerta. Al oír esos ruidos sabes que el acto de entrar ha concluido.

Tu marido lleva traje, lleva chaqueta, lleva corbata. Es alto, más alto que tú, está cansado. Inmediatamente deja el maletín, se quita el abrigo, se saca la bufanda o el jersey, siempre se desprende de algo suyo, y ese movimiento con el que deposita algún objeto personal te conmueve, de la misma manera que te conmueve verlo agotado por el trabajo, los pliegues cansados de su traje, en su rostro las huellas de lo que os ha separado todo el día. Has bajado del dormitorio, has vuelto del jardín o tal vez no te has movido de la cocina porque estás vigilando una cazuela hirviendo. Es él quien da unos pasos y te

llama:

—¿Cariño?

Te basta entonces con empujar la puerta acristalada que te separa de él, asomar la cabeza: lo ves, os sonreís. Como si, en ese instante, los árboles plantados, los pepinos salados, los neumáticos de caucho del coche, el agua caliente que corre del grifo sobre la esponja que aprietas con una mano y que dejas húmeda aún en el reborde de la pila antes de apartar la puerta acristalada, antes de asomar la cabeza, todo esto no tuviera otro propósito que esa sonrisa intercambiada con tu marido, como si no hubiera salido de casa para obtener un sueldo a fin de mes, sino exclusivamente para volver a ti, volver a ti por la noche para sonreírte, diecinueve, veinte horas a veces en tu reloj, como si los hijos concebidos, los hijos por venir, los hijos encerrados en tu vientre y más tarde en sus habitaciones solo existieran para justificar ese momento en que el hombre vuelve a su casa y en el que, tú, su mujer, le preguntas:

—¿Cómo ha ido el día, mi amor?

Y, tras un suspiro de alivio, quitándose los zapatos para ponerse otros, secándose de la lluvia o sirviéndose algo de beber del frigorífico (porque ya está contigo en la cocina), tu marido te cuenta los detalles de su jornada, demorándose en un contratiempo particular cuyo léxico ya dominas, términos como *contratos*, *siniestros*, *primas*, problemas sobre los que puedes incluso aconsejarle si te lo pide. Tu marido se toma una cerveza y habla; y, a través de esas frases intercambiadas, a través del vaso que se vacía, la jornada de trabajo se aleja. Tu marido quiere ayudarte con la cena, tú te niegas porque no quieres verlo poner la mesa; lo que tú quieres, lo que todo tu cuerpo quiere en ese instante, es exactamente lo que está haciendo, ahora, cuando te toma por la cintura; justo ese gesto de colocarse detrás de ti, apretarte las caderas con las manos, subirlas hacia tu vientre mientras tú remueves la cacerola, cuando él sabe que te distrae, ese gesto de darte un beso en el cuello, un beso que dejas que te dé; nada te complace más que ese beso, incluso si llevas retraso en la cena o estás disgustada por algo, ese beso que te calma, que te ordena.

Porque así todo está en orden. Cuando no se ha cambiado todavía, cuando sigue estando guapo con su traje oscuro, ves en él a un hombre de responsabilidad. Se ha quitado la chaqueta, ha apoyado sus manos en tu cuerpo. Tú te sientes en tu sitio. Así el mundo se cierra sobre vuestra cocina,

vuestra pareja, él que vuelve a casa después del trabajo, sus palabras en tus oídos, su beso, vuestra familia. Los niños han crecido, esperan como tú el regreso de su padre; neumáticos, puerta, retintín de llaves tintineantes que golpean la madera:

—¡Papá!

Todo está en orden en ese grito, hasta las protestas del padre por no haber podido quitarse siquiera el abrigo, fingida irritación del hombre saturado de niños; orden en esa irritación, en el impulso de los brazos infantiles hacia él. El hijo y la hija esperan, han merendado, han hecho los deberes, tienen un hambre voraz; aguardan a que la puerta se abra, el tintineo de las llaves desencadenando la escena, los niños arrojándose en sus brazos, le dicen, le reclaman, le dan un besito, un achuchón, «un mimo, papá», «la profe hoy...», y tú: «¡Tranquilos! Papá está cansado». Colocados en el suelo, vuelven a irse, pequeñas bolas vivientes apoderándose de un mendrugo de pan olvidado encima de la mesa. Es entonces cuando el hombre, los pasos del hombre, se dejan oír en la escalera: orden todo esto también.

Ha entrado, lo has recuperado.

En ese momento está en el dormitorio conyugal, puedes adivinar su silueta desplazándose entre las habitaciones, sabes que ahora está en la ducha, puedes oír el agua que circula por las cañerías, puedes ver su cuerpo lavado, enjuagado, liberado del trabajo. Ahora la mesa está puesta, baja las mismas escaleras, relajado, con una muda nueva; bajas el sonido del televisor, te pregunta por las noticias y respondes «¡bah, nada, bobadas!» o «siguen con lo del accidente de la autovía, solo hablan de eso». Y el mundo no entrará más en vuestra casa. Ha caído la noche. En su cara se han desvanecido las huellas del cansancio, se sienta en su sitio, despliega la servilleta, los platos se tienden hacia la comida que has preparado; cada detalle de la escena, noche tras noche, cala más profundamente en tu memoria.

Y, años después, más orden: cuando tengas un nudo en el estómago cada vez que vuelve a casa, cuando dejes de sonreírle y pienses en dejarlo, cuando deje de tocarte porque todo eso puede entenderse, inscribirse en una lógica. El verdadero desorden solo procedería de una cosa, que no se vea animado a marcharse, que no vuelva a casa por la noche; porque aquí es donde todo está en juego, tu pareja, tu familia, tu casa, en esa puerta que se cierra, en el tintineo de las llaves contra la puerta de la entrada, tintineo que se transforma

en balanceo, y después en roce de llaveros que vemos moverse de izquierda a derecha contra el batiente de la puerta, cada vez más lentamente, para terminar deteniéndose, mudos.

Así reunidos todas las noches. Y todas las mañanas, recapitulando, intercambiáis frases como:

—¿Nada especial hoy, cariño?

—No... ¡Ah, sí! Tengo que reunirme con un cliente al final del día. Vaya, lo había olvidado por completo.

—¿Será muy largo?

—No lo sé. El tío es un pesado... No me esperes.

—Puedo esperarte, daré de cenar a los angelitos. De todas formas, esta noche había pensado en una pizza, se hace enseguida.

—¡Ah, bueno, si hay pizza...!

—Lo sabía... ¿Dónde está tu último cliente?

—No lejos de aquí, ¿por?

—Oh, por nada. Si fuera en Chambéry te diría que aprovechases para comprarme bolsas para la aspiradora, en la tienda que está al lado del anticuario, ¿sabes cuál?

—Puedo desviarme.

—No, no, no te pillas de paso. Y además prefiero encargarme yo, no me corre prisa.

—¿Seguro?

—Sí, sí, ya iré yo.

—Pues hasta la noche, cielo.

—Hasta la noche.

Los días empezaban así, en general seguía un beso, luego el ruido de su coche que arranca seguido del tuyo. Siempre los mismos gestos, incorporados en vuestra juventud, poco cambia la técnica: abrir el coche con las llaves (más tarde apretar un botón negro, oír un bip), coger el asidero, abrir la puerta, los mismos gestos repetidos a diario por millones de conductores: sentarse en el asiento delantero, cerrar la puerta, girar la llave en el contacto, poner la mano derecha encima de la palanca de cambios, empujar la palanca, relajar el pie izquierdo, apretar el pedal de la derecha, arrancar.

Tras dejar a los niños en la guardería, ibas corriendo a Bédani. Cumplías las tareas que la empresa te pedía, te paseabas por tu departamento ordenando que escribiesen cartas o controlando facturas, aportando una plusvalía personal que venía a inscribirse en un sistema global de producción, en este caso la fabricación de muebles. Incluso si tu misión en ese sistema te parecía menos crucial que antes (es decir, que antes de los niños), comprendías que trabajar había sido una distracción porque, como esas mosquitas invisibles de día que aparecen en enjambres al atardecer, volvían a asaltarte las inquietudes domésticas. Más exactamente, a las 17 horas, en el aparcamiento de la empresa, tu espíritu apenas aliviado de las ocupaciones profesionales era invadido por los mil quehaceres previos a la vuelta a casa. Tenías que organizarte. A los niños había que recogerlos siempre, pero a ello se sumaban otros recados, más o menos urgentes, necesarios o agradables y era preciso establecer el circuito óptimo entre todos ellos. Decidido el trayecto, tu automóvil, al igual que otros millones de automóviles, haría una parada en el supermercado o en la oficina de correos, como es costumbre en los países industrializados, la costumbre del «Parquin reservado a clientes». Aparcar, cambiar a punto muerto, apagar el motor, echar el freno, abrir la puerta, salir del habitáculo, cerrar con llave. Regresar, meter la bolsa en el maletero, volver a arrancar.

De vuelta a casa, la preocupación de la inmediatez: pelar las zanahorias, repasar los deberes de los niños. Al abrir una lata de conserva añadías a tu lista mental algo para el circuito en coche del día siguiente, a veces lo apuntabas en un pósito para no olvidarlo. Era la hora de poner agua a hervir y la hora de las noticias. Pones el canal de las noticias regionales en la tele, das de cenar a los niños, que mueven torpemente sus cucharas; todos esos gestos ejecutados a una velocidad demasiado rápida para hacerse preguntas; hay que sentarse a la mesa antes de que se enfríe, rápido, hay que acostarse, mañana hay cole.

Y todas las mañanas una conversación del mismo tipo, con algunas variaciones:

—No te olvides de que los Polski vienen a cenar, no vuelvas tarde.

O:

—A las siete voy a casa de mamá para el cumpleaños de Nathalie.

—Perfecto, os veo allí.

Estas conversaciones matinales te permitían visualizar el desarrollo de la jornada, establecer de antemano los trayectos. Tenías tantas cosas bajo tu responsabilidad que, apenas reducida la lista de recados, ya se alargaba de nuevo. Pero, pese a ese carro de obligaciones menores anodinas, estabas contenta de ser madre, contenta de dominar tu espacio y tu pequeño mundo, de mostrar hasta qué punto eras una mujer organizada. De hecho, François, cuando quería participar el sábado, era objeto de mofa.

—Oye, cariño, creo que Nathalie huele mal.

—A ver... ¡Uy, sí, qué peste!

—Habría que cambiarla, ¿no?

—Pues claro que hay que cambiarla, ¡serás bobo! ¿No podías habérmelo dicho antes?

—Bueno, es que estaba jugando ahí en su rincón...

—¿Estaba jugando en su rincón? ¡Estaba jugando en su caca, sí!

Y subías al cuarto con tu hija bajo el brazo, despachando en un tiempo récord el máximo de trabajo.

—¡Menos mal que estoy aquí!

Menos mal que eras capaz (mientras escuchabas la voz monocorde de FR3 y sus ambiciosos planes para la inauguración del ayuntamiento de Empan, cuya nueva fachada «combinaba transparencia y modernidad») de vigilar el agua que se calentaba en la cacerola, capaz de atender a un tiempo los gorjeos del bebé con el culo desnudo, de atisbar en la planta baja a François, que vuelve a sentarse, avergonzado, delante de la televisión con una copa de vino, capaz de gritarle a tu marido mientras abrochas el pelele:

—¡Por favor, llama a mi madre para preguntarle a qué hora vienen el domingo!

François, obediente, se levantaba del sofá, marcaba el número y decía:

—Hola. Somos nosotros. ¿Cómo estáis?

Incluso la conversación que mantenían por teléfono: capaz de seguirla desde el cuarto de baño donde tirabas el pañal sucio, el bebé gorjeando, con regocijo, sobre tu hombro, capaz de prever las frases que faltaban, de inmiscuirte:

—¡Diles que traigan una botella de vino, eh, contamos con ellos!

Y al bajar las escaleras, de añadir más bajo:

—A mi padre siempre le hace ilusión...

No tener nunca tiempo de pararte no te atormentaba en aquella época, o por lo menos no durante mucho tiempo. Inventar una marinada, hablar de los progresos de tu hija, martirizar a tu marido a propósito de sus incompetencias en materia de tareas domésticas: tenías la impresión, después de tantos años de movimiento, de migraciones, de estudios, de embarazos, de que por fin gozabas de cierto rendimiento de la inversión. Volvíais a salir a la terraza el domingo, François desprendía un aire de satisfacción delante de los lirios. No tenías nada que hacer desde hacía un momento cuando te pedía:

—Cariño...

—¿Sí?

—He perdido un botón, ¿sabes?, de la camisa que me regalaste.

—¿La camisa color ciruela?

—Sí. Creo que se ha caído.

—¿Y no puedes tener más cuidado con tus cosas?

—No es culpa mía, se quedó enganchado...

—No pasa nada... ¿dónde está la camisa?

—En el comedor... al lado de tu costurero.

—Pues voy a coserlo ahora mismo, que tengo un momento.

—Gracias, cariño... Así puedo ponérmela el lunes, tengo una reunión importante.

Seguía un beso de agradecimiento. François se sumergía otra vez en su periódico, tú ibas a buscar hilo, una aguja, la controvertida camisa. Al volver a sentarte asumías un aire de soberana que concedía un perdón:

—Pero mira que eres cansino... ¡Como si los niños no me diesen suficiente trabajo!

Por lo general recordamos poco esas etapas. Como si, a fuerza de dedicación, M. A. hubiese perdido para nosotros parte de su presencia. No obstante, sería falso afirmar que durante todos esos años habías dejado de existir, pero tu rutina era vivir acaparada por el cuerpo de otro, el cuerpo de las verduras compradas, sopesadas, peladas, mojadas, lavadas, frotadas, mimadas, el cuerpo de los niños y el cuerpo del hombre, satisfechos, alimentados, cuidados. Porque bastaba con que un miembro de tu familia

llegara del colegio infectado por un microbio para que asumieras sin falta el rol de enfermera; le dieras de beber ponche y lo vigilaras, feliz de que se hubiera curado por completo en tus manos el hijo o el marido al cual acababas de tomar la temperatura con la misma autoridad.

Durante el año, las vacaciones de verano provocaban una ruptura, un ciclo distinto que explica, acaso, los recuerdos más precisos (a no ser que la abundancia de fotos sea lo que rescate aquí tu memoria). Llegado el verano, los horarios de las comidas se flexibilizaban, los niños se quedaban jugando en el jardín, vigilados por los abuelos; cuando François cerraba la agencia, os ibais de Empan dos semanas.

Alquilabais bungalós o apartamentos que fueran tranquilos, con cocina equipada y fácil acceso a «restaurantes típicos». A ti te gustaba el mar, a François le iba más la montaña, la vida sana, comer queso curado en tabernas y volver con botellas de vinos regionales en el maletero. Estaba decidido que alternaríais, pero en la práctica, como eras tú quien se encargaba de las reservas, ibais más a menudo al mar que a la montaña. Salíais el sábado por la mañana, a las siete como muy tarde, con el coche cargado de maletas.

—Espera. Voy a comprobar que el portal está bien cerrado. Sólo faltaría que nos robaran...

Salíais siempre en coche. Desde comienzos del siglo xx, los coches son unos vehículos (también llamados automóviles) que sirven para transportar a seres humanos. Esas máquinas pesan en torno a una tonelada, constan de cuatro ruedas bajas con gruesos neumáticos sobre los cuales descansa una carrocería metálica empotrada en un chasis. Sus proporciones medias son de un metro cincuenta de alto por dos metros de ancho y entre tres y cinco metros de largo. La carrocería alberga un habitáculo en el cual entramos por dos puertas laterales; allí hay dos asientos delanteros y uno trasero. El asiento más importante es el de la persona que activa la máquina, a la que llamamos conductor. Un automóvil tiene capacidad para entre tres y cinco personas adicionales a las que llamaremos pasajeros, los seres humanos ubicados fuera de los coches se llamarán peatones.

Un automóvil se desplaza con ayuda de un motor de explosión ligado a un sistema de mando, materializado por un volante y un salpicadero instalados enfrente del conductor. Para funcionar, el motor necesita un líquido derivado

del petróleo que se distribuye en gasolineras distribuidas por todo el territorio nacional. La aptitud para manejar un coche se garantiza mediante un permiso de conducir que se obtiene tras un aprendizaje realizado generalmente al principio de la edad adulta.

Los coches tienen forma de paralelepípedo rectangular alargado hacia delante por una especie de hocico (siendo la descripción de ese objeto difícilmente dissociable de metáforas animales o antropológicas). Este hocico, llamado capó, oculta el mecanismo de un motor constituido por cilindros negros donde se entremezclan batería, tubos, bujías, correas y depósitos. A ambos lados del capó, dos faros sirven para iluminar la carretera de noche. Entre el techo y el capó hay una gran superficie acristalada, llamada parabrisas, a través de la cual el conductor ve la carretera. En la parte superior de las puertas hallamos otros vidrios, aunque estos pueden bajarse y subirse con una manivela eléctrica o manual. La conducción de un coche supone un gran número de riesgos debido a la velocidad con que se desplaza un vehículo tan pesado y, pese a la vigilancia de los conductores y a un conjunto de normas establecidas por la sociedad (siendo la «prioridad de la derecha» una de las más conocidas), la circulación cotidiana y concomitante de miles de automóviles provoca cada año colisiones, llamadas también accidentes de carretera, que acarrearán la muerte de miles de personas clasificadas en las categorías de *conductores*, *pasajeros* y *peatones*. Ese número de fallecimientos ha sido admitido sin embargo en nuestras sociedades como una consecuencia lastimosa e irremediable de un sistema vial que, en su conjunto, produce indudable satisfacción.

Si observamos el coche por detrás veremos el llamado maletero, es decir, la parte del habitáculo reservada a las mercancías, pues un coche es una máquina muy práctica para desplazar objetos pesados sin esfuerzo físico por nuestra parte; de hecho, es en el maletero donde M. A. guarda las maletas antes de irse de vacaciones.

El precio de un automóvil varía según el nombre del fabricante, el tipo de motor o el modelo de carrocería. Pero comprar un automóvil nuevo requiere siempre una suma importante de dinero (muchos meses, cuando no varios años, de salario), lo que convierte el eventual robo o el deterioro de un coche en un infortunio muy temido. Del mismo modo, el automóvil, a partir de su generalización en la segunda mitad del siglo XIX, pasará a ser un tema de

conversación recurrente en los hogares de los países industrializados. Se hablará largo y tendido de las distintas maneras, personales o colectivas, de garantizar su seguridad (el trabajo de François consistía parcialmente en vender seguros automovilísticos). En esas conversaciones se oirán términos como *atasco*, *multa*, *depósito lleno*, *tubo de escape*, *embellecedor*, *garaje*, *cambio de aceite*, *permiso de circulación*, *parquin*, *intermitente*, *cambio de marchas*. Con cada nueva ley reguladora de la seguridad vial se acuñaban nuevos términos: en los últimos decenios fueron *cinturón de seguridad*, *casco*, *carné por puntos* y, por supuesto, *radares*.

Nadie conserva el mismo coche toda la vida. Los estudiantes (si tienen medios) se estrenan con un vehículo económico; cuando nacen sus hijos adquieren un automóvil con un asiento trasero amplio; cuando los hijos se han ido de casa, lo revenden para comprar un modelo más pequeño pero de categoría superior al de su juventud. Los conductores se identifican enseguida con sus coches. Decimos «estoy aparcado allí» en vez de «mi coche está aparcado allí». Ponemos en su interior objetos con carga afectiva para personalizarlo. Le buscamos apodos y terminamos por tenerle tanto apego como a un miembro de nuestra familia.

A los niños pequeños como Xavier y Nathalie los meten automáticamente en los coches. Durante años tendrán un estatus intermedio entre el pasajero y la mercancía; con la mayoría de edad podrán convertirse a su vez en conductores. Algunos (varones generalmente) invertirán un dineral en esos vehículos, los limpiarán, los modificarán, los revenderán, los decorarán y hablarán de ellos con frecuencia, pero la mayoría de los seres humanos se sientan todos los días al volante sin pensar en nada especial; es tan frecuente la conducción que hemos llegado al punto de medir las distancias en tiempo de viaje en coche y no en kilómetros.

Durante esos viajes, siempre es François quien conduce. Os separa el cambio de marchas. El trayecto es largo, pero puede ser agradable gracias a la música de la radio, a condición, claro está, de que los niños no vomiten en las curvas y transformen el viaje en una «auténtica pesadilla».

Ya estáis en la carretera. El Cercado de los Narcisos se aleja, se alejan Empan, las cabinas de los peajes, las preocupaciones de la agencia; el ruido del motor os mece, hablas con tu marido que, cuando pisa a fondo el acelerador, experimenta una sensación de fuerza gracias al poder de desplazar

un vehículo a tan alta velocidad con simples movimientos de brazos y tobillos; una sensación de libertad.

Gracias a la previsión de François llegáis al apartamento antes de un enorme atasco. Salís del coche, todo el mundo se desentumece, los niños juegan revoltosos, tomáis posesión del lugar.

—Estaremos bien, ¿no?

—Las habitaciones son un poco pequeñas, pero bueno, está todo limpio.

Tú expresas enseguida el deseo de estar tranquila. Para el almuerzo bastaría con ir al bar, al restaurante o, si no, unos tomates, que cada cual se sirva lo que quiera de la nevera. Os las arregláis, nada de cocinar hoy. Nada de ruido, niños, por favor.

—Estoy echando la siesta. Me molestas.

Deshechas las maletas, había que dejarte respirar. Tu marido se ocupaba de los chiquillos, comprendía, cuando le calzaba las zapatillas de velcro a Nathalie, hasta qué punto se había visto privado de esos pequeños gozos cotidianos. Tú, tú los olvidabas, casi los descuidabas. Te ponías el traje de baño, ibas derecha al mar. Después de tu primer baño, el mejor, te dabas una ducha, luego dormías una siesta, volvías a bañarte, y así varias veces al día. Tus listas mentales se dilataban, apenas hojeabas las revistas femeninas compradas la víspera. ¡Qué felicidad en esos momentos! Anónima en el pacífico murmullo de los bañistas, escuchar el flujo y el reflujo de las olas entre las que podrías sumergirte de nuevo en cuanto el sol hubiera recalentado suficientemente tu piel. Los niños jugaban con su padre. Exhalabas un suspiro inmenso. En esa playa tu cuerpo recuperaba su unidad, como si toda tu persona (esparcida en pequeños trozos durante el año, trocitos duros como herramientas, que llenaban, eficaces y rápidos, todas las tareas cotidianas) se ablandase en el agua y la sal, se licuara, convertida en tímidos charcos que se buscaban, torpemente primero, alegremente después, para devolverte por fin la integridad, el placer de ser una persona entera, un cuerpo de mujer tumbado en la arena.

—Te voy a contar mis planes: no hacer nada.

Te veían salir de la ducha canturreando. Buscabas desnuda el espejo más grande. En cuanto lo habías encontrado, te contemplabas en él. Los espejos siempre te habían atraído. En casa de tus padres había uno grande, empotrado en la puerta del armario; en Empan era un cristal donde podías verte de cuerpo

entero. Te acercabas, sonreías. La luz agostiza modificaba el color de tus ojos, tenías unas finas manchas en el iris, intrigantes. La gravedad de la canícula segregaba un silencio pesado, casi palpable, y te daban ganas de abrazar cada trozo de esa piel, los escasos lunares negros, el hombro; te mirabas en el espejo, satisfecha de haber conservado la delgadez después de dos embarazos, el bronceado te otorgaba al cabo de los días un relieve nuevo, nunca visto en Empan; y, mientras se alejaban de ti las inquietudes de Bédani y las compras en el hipermercado, tumbada en la cama, te toqueteabas la pantorrilla, pequeño jamón dorado que habrías querido morder; porque te acariciaban poco ahí, constatabas, cuando una pantorrilla bonita es un objeto muy erótico. Después de otro baño seguías tocándote, una pierna y luego la otra, la redondeada rodilla, los muslos, el vientre, los dos pechos que se enderezaban sobre un torso moreno, el escote que adoptaba un tono más rojizo; deslizabas la mano por el hueco del ombligo, girabas los dedos, revolvías en las algas, en torno al invisible y suave plumón, hendidura delicada rodeada de brillante vello, casi invisible y rubicundo.

—¡Ah, qué buena está hoy!

Las vacaciones eran los únicos períodos del año reservados para ti. Tu espíritu juguetón renacía, te entraban ganas de hacer cosas un poco fuera de lo común. Exigías alto y fuerte un desayuno en la cama, te subías con Xavier a los coches de choque, comías helados italianos o improvisabas una batalla de almohadas. Y ya llegaba la hora de tu tisana; que nadie toque mi tumbona; cada vez que había un mosquito, era para ti. François sonreía:

—Desde luego no hay dos como tú.

Te comía con los ojos, prestándose a tus menores caprichos. Y fue así como una noche en que te sentías muy hermosa, te lo llevaste al casino La Rive Bleue. Desde el comienzo de las vacaciones, ese lugar repleto de luces llamativas te intrigaba, no querías volverte sin haberlo visitado. Entráis, cambiáis un billete de cien francos por una plétora de piezas de plástico coloreadas.

—Cariño, qué no me harás hacer...

Accedéis al sótano saturado de neones multicolores, lleno de músicas tintineantes, os encontráis delante de una mesa ovalada donde hay impresa una especie de rayuela en un tapete verde. Los jugadores colocan fichas en las

casillas numeradas: es el juego de la bola. Junto a vosotros hay una pareja, un hombre joven, una mujer de unos cincuenta años y un anciano con semblante hastiado. Tienes la impresión de que son clientes habituales, de inmediato imaginas sus vidas. ¿Han hecho fortuna con el petróleo? ¿En una noche de grandes pérdidas han intentado suicidarse en la escollera? ¿El viejo se ha peleado con su joven amante antes de venir? ¿Consumen drogas con aire desengañado a bordo de un yate fondeado en el muelle? Los observas disimuladamente hasta que uno de ellos cruza tu mirada. Entonces te concentras en la pequeña ruleta, la bola, el impar, la falta, todos esos números. Apuestas primero al seis, luego al dos, pierdes la apuesta un poco alarmada, el pulso acelerado; vuelves a empezar y de repente ganas, una vez, dos veces, tres. Tu pila de fichas crece, François abre más los ojos. Son pequeñas cantidades, sabes que al final perderás. Habéis ido «solo para divertirnos, solo por ver», eso has dicho a François para convencerlo, pero antes de volver a salir aturdida de ese lugar con la impresión de haber sido infiel a tus principios, durante unos minutos conocerás ese momento que todo jugador conoce: cuando su cantidad inicial ha engordado ligeramente y la suma de dinero extra excita su codicia y libera su imaginación. Te preguntas qué pasaría si dejaras en la mesa no unas decenas de francos, sino varios centenares, miles, si por una calurosa noche permanecieras sentada a la mesa hasta el amanecer, si ganases treinta y seis veces el importe, si volvieras a colocar el total en el tapete y ganases de nuevo, si te hicieras rica, más rica de lo que se pueda calcular; entonces tu vida daría un vuelco.

Para empezar, habrías podido satisfacer tus necesidades más primarias. Comprar una cámara de vídeo, una tostadora con tres niveles de tostado y un robot de cocina, cambiar de guardarropa, la cama maxi del catálogo de Habitat para tu dormitorio, cortinas adornadas con galón, una escalera rehecha en mármol para decorar vuestro cuarto de estar ampliada con un ventanal acristalado con apertura mediante mando a distancia. Entonces te imaginabas con un vestido largo bajando a tu cocina a la hora de la cena. Al alcance de la mano tendrías mil frutas exóticas, mil postres fabulosos: pirámide de chocolate, fresas jugosas, reluciente cobertura de vainilla, cremas, espumas, pasteles y rebanadas, tartaletas, hojaldres rellenos de cuajada, pan de nueces, cordero, cangrejos de río, todo te será servido a voluntad en bandejas de plata, no tendrás más que alargar la mano para coger una copa de champán,

decir una palabra para resolver un problema; la palabra *problema* ni siquiera existiría, porque en tu fantasía tendrías cocineras, manicuras, mayordomo, maquilladoras y peluqueras a domicilio, todos admirándote y reverenciándote a ti; no te ocuparías de nada, no habría papeleos ni facturas ni contrariedades, en tu inmensa bondad repartirías entre los pobres tras un discurso emotivo ante otros mecenas en una gran gala mundana donde tú serías la reina, viajarías en un *jet* a un *riad* marroquí; allí te aguardarían nuevos amigos, todos guapos y saludables, y vuestras conversaciones te elevarían siempre; una mañana iríais volando a una isla lejana, donde el azul del mar parece un zafiro flotante, mientras las cítaras tocarían a perpetuidad la misma serenata. Comeríais sin prisa. Beberíais licores, olería a anís, limón, miel y comino; sentados en almohadones mullidos, con las luces vacilantes de las velas reflejándose en los espejos incrustados, escucharíais a Mozart en *dolby* estéreo. Caería la noche. Sola en el patio, irías a contemplar las luces vibrantes del valle, la temperatura sería templada, por supuesto. A lo lejos, un ave de plumas añiles cantaría bajo la luna. Un hombre se reuniría contigo entonces, un hombre embellecido por el dinero y, por ende, más libre y poderoso; te veías cayendo en elegantes sofás, haciendo el amor en tus aposentos de musgosos velos, en sábanas inmaculadas o por sorpresa en aviones privados, la realidad no sería más que un prolongado sabor en la boca, algo blando y dulce y salado que degustarías con los ojos entornados, vestida de Chanel, bebiendo vino tinto en el ocaso. Un mañana, tu amante te esperaría en la plataforma de un aeropuerto, subirías a su automóvil y partirías a vivir el amor eterno; no habría ni impuestos ni biberones que calentar, tendrías para siempre las manos suaves y las piernas depiladas, no volverías a perder las llaves, no engordarías, pura felicidad.

—¿Cielo?

François te miraba. En la estancia, todas las miradas estaban vueltas hacia la pared. Tu marido estaba colgando el cuadro *La masía de las lavandas*.

—Un poco más a la derecha...

—¿Así va bien?

—Perfecto.

—Bueno, entonces, ¿qué piensas? ¿Te arrepientes?

Nada de arrepentimientos, solo el de volver a casa, de sentir que tu

cuerpo, después de un trayecto en el sentido opuesto por la autovía, recuperaba el ritmo, las maletas vaciadas y luego guardadas, tú movilizadas por las distintas exigencias domésticas, el jardín por regar, la colada por poner, sin contar con que el frigorífico está vacío. Al ver de nuevo, tras el corte estival, el Sendero de los Pinos, siempre tenías un pequeño bajón. Porque, una vez intercambiadas con el vecino, el señor Manzano, las minúsculas informaciones de ese mes de agosto («unos jóvenes vinieron a beber al descampado y se presentó la policía»), una vez abierto el correo y dado un repaso a la casa para comprobar que todo estaba en orden, sabías que nada nuevo te esperaba. En pocas horas habrías relatado lo esencial de tus vacaciones a tus padres. François se ponía ya a sacar documentos con ese aire preocupado de la tarde del domingo, tú tenías que vestir a esos niños que se empeñaban en crecer, ese año Xavier entra en el curso preparatorio, ¿al final vamos a comer a casa de tu madre el domingo?

La vuelta de las vacaciones no estaba libre de recriminaciones:

—Pero, bueno, ¿es que no puedes dejar de mancharte los trajes? ¡No soy la chacha!

—Ya tengo que ir otra vez a la zapatería, ¡qué fastidio!

—Se estaba tan bien en el mar.

François te estrechaba entre sus brazos. Como él no tenía la carga de reconstituir un «fondo de casa» en Intermarché, no entendía tus rabietas.

—Volveremos el año que viene.

—Trabajo hasta las siete, ¿cómo quieres que llegue a todo?

Las conversaciones reanudaban su curso matinal. Naturalmente, eras tú quien pasaría por la tintorería, el próximo verano cambiaríais de alojamiento para ver si el mar no es más bonito en otra parte, aunque el próximo verano, a las puertas de septiembre, siempre parece inalcanzable; tu depresión duraba más tiempo cada año. Insistías a François para hacer otra escapada, aunque fuera sólo un par de días. Dejaríais a los críos con sus abuelos.

—Sigue haciendo tan buen tiempo.

—Voy a intentarlo, cariño, voy a organizarme.

A la espera de este último esparcimiento, hacías modificaciones en la planta baja. Colocabas sobre el mantel el salvamanteles amarillo comprado en La Grande-Motte, decidías ir a la piscina dos veces a la semana (con Chloé, que vivía a un cuarto de hora de vosotros; su traslado había sido una

verdadera alegría). Pero muy pronto el salvamanteles perdía su atractivo, las semanas se sucedían y, tras el fin de semana en Baux-de-Provence que tan bien te había sentado, dejabas que tu familia te acaparase de nuevo, engullidas tus resoluciones deportivas por tu papel de ama de casa, recuperando tu cuerpo los gestos, la deglución permanente de sí mismo en todos estos quehaceres.

Por ejemplo, poner una colada: llenar el tambor de ropa sucia, elegir el programa número seis, «blanco y color», girar el programador, apretar el botón de encendido y cerrar la puerta del lavadero. Sin tener ninguna necesidad de escuchar, tus oídos oyen la sucesión de sonidos inarticulados de la lavadora; todo empieza con el claro gorgoteo del agua que la llena, el siseo de un motor poniéndose en marcha, luego un silencio y después el tambor de la máquina que centrifuga; es el sonido familiar del motor unido al golpeteo de la ropa que choca contra el interior del tambor en fases de una decena de segundos, seguidas de una pausa, luego de una nueva rotación, con un clic aquí y allá cuando un botón choca contra el metal de la máquina. Reconoces cada reanudación del lavado, el motor que gira en ciclos de pocos segundos antes de detenerse; reanudarse, detenerse: es un zumbido constante en tus oídos, un ruido de lavadora que gira.

Porque hay cierto gozo en volver a estar en tu propiedad, tu jardín florido, tu cocina, tus amigos, cierto gozo en beber moscatel en la terraza durante una velada de foto. Los niños te hablan con cariño de su nueva maestra, trepan a los árboles, y sus gritos, como las cadencias de la lavadora, son algo que reconoces: adivinas si alguno se ha caído o se ha enfadado con su hermana, la llegada de agua extra, seguida de un ruido más hueco de tubería que resuena hasta que se oye el sonido del programador que avanza un grado, desencadenando a su vez otro ruido. Puedes oír cómo François cuenta que habéis comprado en Provenza un «auténtico cuadro de artista», oír las rotaciones que arrancan de nuevo, la ropa mojada, rotación; pausa, rotación, pausa.

Este zumbido repetitivo tiene un no sé qué triste, pero ¿cómo habrías hecho para que tu vida se renovara con cada nuevo curso? Resulta imposible sin caer en la inverosimilitud o en la inestabilidad psicológica. Entonces, sí, un cuadro adquirido durante esa escapada romántica, escapada que acalla un momento tus reproches, que añade un aire novedoso al comedor.

—Sí, pero bien mirado, ¡el arte cuesta un precio!

—Pero es más noble que las fotos.

—No es lo mismo.

—El precio lo olvidas, la calidad permanece.

Decían vuestros amigos.

La masía de las lavandas que François cuelga en el cuarto de estar, es un lienzo pintado al acrílico y enmarcado en madera que representa una masía en un paisaje natural. Los dos tercios inferiores del cuadro están ocupados por una gran extensión de color verde, completado por arriba con azul y por abajo con una capa de ocre que simboliza la tierra. Luego se ve violeta, o más exactamente seis especies de tubos malvas que representan la cultura de la lavanda. A la izquierda hay manchas con forma de arbolitos, probablemente olivos. En el centro figura la masía provenzal, un bloque beis y marrón pastel. Reteniendo la mirada, unos espesos contornos negros rodean los surcos de lavanda, los muros de la masía y los olivos: a todas luces, esos trazos son expresión de la singularidad del artista que buscaba desmarcarse de un clasicismo paisajístico. El cielo rojizo, con empastes de nubes blancas, y la luz que viene de la derecha, invita a imaginar una puesta de sol.

Si no, a principio de curso podías matricular a los niños en actividades de aprendizaje, clases de judo, clases de cerámica o clases de gimnasia, según la propuesta de la revista *Vivir en Empan*; podías ir a recoger los carretes de veinticuatro fotos sacadas durante las vacaciones, al volante de tu coche podías abrir la guantera, feliz a fin de cuentas de que François te hubiera obligado a posar en aquella playa (pero, por más que te debatieras, no pasará nada más aparte del programa número seis, «blanco y color»). Ahora el motor debe acelerar, el golpeteo de la ropa debe detenerse para ser reemplazado por un ruido de aceleración aguda, el motor debe acelerar, el ritmo del centrifugado debe ir más rápido, aumentando así el nivel sonoro en la casa hasta que sobrevenga un chasquido más fuerte. La rueda del programador ha girado. Y, después, la tranquilidad del tambor de nuevo; rotación; pausa; rotación.

La colada empezó hace una media hora. Cierras el sobre impreso con el logo del fotógrafo, pones la llave en el contacto pensando «esta noche voy a cocinar pasta»; quedan sobras del estofado del domingo, le irá bien. La lavadora continúa su ciclo hasta una nueva entrada de agua, el motor pasa de un zumbido a un silbido cada vez más estridente, cada vez más fuerte, más

rápido, más rápido aún, hasta que la máquina entera se pone a vibrar sobre las baldosas.

—¿Qué es, mamá?

—Ya lo ves, cariño, un cuadro.

—Sí, ¿pero por qué lo miráis tanto papá y tú?

—Porque es bonito.

En la galería donde estaba expuesto el cuadro, podía leerse en el folleto de presentación de la pintora: «A través de una paleta melodiosa y tónica, sinfonías de verdes, malvas y amarillos, Laure Cordine pinta los temas y los paisajes del Midi. Sus lienzos son verdaderos, pues reproducen con amor un marco de vida armonioso en una naturaleza generosa. Nacida el 19 de septiembre de 1948 en Niza, Laure Cordine siempre se sintió atraída por la pintura, pero no es hasta el nacimiento de su segundo hijo cuando se matricula en Bellas Artes y revela sus talentos innatos de colorista. Desde 1975, Laure Cordine se dedica a su carrera con igual entusiasmo y constante innovación. Sus lienzos se venden en el mundo entero».

Has enseñado las fotos a vuestros amigos, más tarde has guardado en la estantería el álbum junto a los otros, todo bien ordenado. Porque basta con un silbido demasiado largo, demasiado agudo, basta con la ausencia de ruido del centrifugado al cabo de cierto tiempo para que te dirijas, ceño fruncido, al lavadero, sondees el plástico blanco en busca de un posible fallo de funcionamiento, pero no; todo funciona correctamente, la máquina continúa.

Recuerdas lo mucho que os había gustado ese lienzo a François y a ti cuando pasasteis dos noches en Baux-de-Provence. Caminabais por las calles adoquinadas del pueblo. Eran tantas las galerías de arte que, contraviniendo vuestras costumbres, impelidos por esa apertura de espíritu propia de las actividades turísticas cuando se suma al poder adquisitivo de una pareja que, si bien ha perdido el encanto de los primeros tiempos, sigue siendo capaz de hacer una escapada romántica de fin de semana, entrasteis en una. Paseasteis entre los cuadros y luego salisteis sin decir palabra. Solo en el restaurante hablasteis de ello, de la contemplación silenciosa y de los lienzos, y comprendisteis (primero con sorpresa, después con ilusión) que esas pinturas os habían emocionado a los dos, de una manera «estética». Porque tu marido cobraba primas importantes en aquella época, porque en la decoración de la sala faltaba algo, porque a fin de cuentas os complacía dar visibilidad a esa

comuni3n de gustos que, como suele creerse, reconforta a un matrimonio, decidisteis volver a la galería al día siguiente. Con mil precauciones escogisteis el cuadro que a ti más te gustaba; entre soles poniéndose sobre olivos, puertos de pesca y otros lienzos típicos (entre los cuales una *Aldea de amapolas*), os decidisteis por *La masía de las lavandas*. Esta compra, aunque muy costosa, os ilusionó como quien hace una buena acción, como un compromiso sincero y digno con el arte.

Los cuatro reunidos ante la pared de la sala componéis otro cuadro, porque con cada vuelta de vacaciones todo vuelve a empezar, un claro gorgoteo de agua que dura y dura, el ruido monótono de las rotaciones que se reanuda, el motor que acelera, el silbido sonoro que se agudiza según las fases del centrifugado, todo se mezcla de nuevo en tus oídos, hasta que la rueda del programador avanza un grado. Clic. Pausa corta. Y el motor vuelve a funcionar. No sabes cuánto tiempo hace que empezó todo, cuarenta minutos quizá; es la hora de ir a por Xavier al colegio, es la hora de la cena, es el botón de unos pantalones que comienza a golpear el metal del tambor. Unos segundos de silencio. Preparas la comida hasta un pequeño clac: el programa ha terminado. El silencio vuelve a la casa, modificado.

Cuando entrabas en la sala tenías la sensación de que todo se había metamorfoseado. Contemplar *La masía de las lavandas* era como volver al centro de ese pueblo de intrincadas calles peatonales, en tu recuerdo venía luego un episodio sexual en la habitación del hotel. Hay que esperar a que el diodo rojo se apague para abrir la máquina. Con el paso de los años, el cuadro quedará asociado a una vaga satisfacción y luego pasará a ser simplemente un paisaje bonito que termina suscitando escaso interés pero que respetamos, aunque solo sea en recuerdo de la suma que nos había costado.

Ahora te pones en cuclillas delante de la máquina con un cubo entre las rodillas, abres la portezuela. La lavadora te lanza una pila de ropa mezclada como una pandilla de niños a la salida del colegio, la despliegas, con la mano haces una seña a Xavier, que está en medio de sus compañeros, el niño sube al coche y tú remprendes el circuito diurno, luego tiendes la ropa en la cuerda del jardín. Es un día templado para ser septiembre. El tendedero está totalmente cubierto, las puntas de tus dedos están muy húmedas, en la cocina merienda tu hijo, observa cómo avanzas hacia él con el cubo vacío en un costado, la humedad en tus dedos se confunde con el placer que te invade

delante de su carita manchada de chocolate caliente, esa grata sensación de la labor concluida: has hecho la colada y la has tendido.

III

En el gran calendario colgado sobre el teléfono, en ese gran calendario con las fotografías de marmotas en abril y de nieve en diciembre, has escrito con rotulador negro en la casilla del sábado 9 de noviembre esta sencilla palabra: *cena*. Esa noche tienes invitados en casa. Propusiste la invitación después de una comida previa con el mismo grupo de amigos, porque queda convenido tácitamente invitaros por turnos los unos a los otros, cada cual a la espera de que una de las esposas proponga una fecha que a continuación será confirmada por teléfono y después marcada con rotulador negro en otros calendarios. Para ti esa pequeña palabra es la promesa de una velada diferente; mucho trabajo, desde luego, pero una feliz distorsión en el curso de tu semana, un acontecimiento. Al menos así lo esperas.

Cuando se acerca el sábado, aparece una ligera angustia. Porque la llegada de cuatro, seis, a veces ocho personas a tu comedor, incluso personas conocidas y apreciadas, tiene motivos para inquietarte; porque no vienen exclusivamente a comer y a beber, sino a romper también ellos con la rutina, para pasar lo que llamamos una buena velada; y para que todo vaya sobre ruedas, para que todos se marchen contentos, eso te exige a ti tomar una serie de pequeñas decisiones y ejecutarlas con buen tiempo; con el propósito de que todo transcurra según el ritual esperado, por tu parte es necesaria (esta sencilla palabra con rotulador) una organización perfecta. Porque la responsabilidad de la velada recae solo en ti, a pesar de que es tu marido quien cierra la puerta tras su partida en la noche. Por este motivo la leve angustia forma parte del programa.

Hay que decidir un menú. Preguntas a François, que te dice «haz lo que quieras, seguro que está rico» y que él se encarga del vino. A continuación abres libros de cocina, eliges según tu humor y según la temporada, preparas

una lista de la compra a partir de las recetas seleccionadas. La víspera vas al supermercado y recorres metódicamente las distintas secciones para no olvidar nada de la lista. De vuelta a casa, dejas las bolsas de la compra encima de la mesa de la cocina. El roce crepitante del plástico atrae a los niños, hay bolsitas abigarradas, latas, biscotes de aperitivo, productos que no tienen costumbre de ver en casa. Les dices que no los toquen, que no son para ellos; son para mañana, papá y mamá esperan la visita de unos amigos.

Estas comidas no tienen nada de obligatorio, en el grupo nadie las impone, ni siquiera tu marido, que se limita a insinuar («hace tiempo —dice— que no vemos a Laurent y a Brigitte»), pero como por arte de magia, en intervalos regulares, se sientan alrededor de la mesa de la salita diferentes invitados, amigos o de la familia. Procuras espaciar esas cenas. «Porque es mucho lío» (respondes a François), pero las organizas de buen grado. Pese al trabajo extra que suponen, encuentras cierto placer en el papel de ama de casa, que te convierte en directora de orquesta de las veladas.

Todo transcurrirá entre el comedor y la cocina. La cocina para ti, el comedor para los invitados. Al volver del trabajo ese sábado 9, despejas los papeles esparcidos sobre la mesa del comedor, eliges un mantel. Todo está en calma aún. Hacia las seis entras en la cocina, cortas las cebollas, fundes la mantequilla, mondas las zanahorias, picas, rellenas, sazonas con sal, pimienta y chalotas, escaldas, pelas y despepitadas, añades un ramillete de hierbas. Todos esos gestos repetidos simultáneamente en otras cocinas, todos esos gestos que tantas mujeres han hecho para tantos otros invitados, todos esos gestos tú los rehaces; y, al igual que tú mirabas cómo los hacía tu madre mientras escuchaba la radio, en una punta de la mesa Nathalie pinta y te mira. Ve a su madre, un libro de cocina abierto encima del hule, inclinada sobre la hoja enharinada para leer la receta, un paño entre los dedos que se seca, su madre inclinándose con un mandil atado a la cintura, todo en orden.

El vestíbulo huele a ciruelas pasas y chocolate fundido. Es la hora en que François vuelve de la agencia. Ha conseguido liberarse no muy tarde, te besa y te pregunta qué puede hacer. Delegas en él algunas actividades: traer sillas, una mesita auxiliar, el vino, las ejecuta. Le informas del menú. De pronto caes en la cuenta de que sois dos, de que durante la velada no intercambiaréis las habituales palabras de las cenas, sino miradas precisas de iniciados. Tu marido tiene que cumplir un papel en tu organización, debe evitar los temas

polémicos, rellenar las copas, pasar la sal, cortar el pan; sabes que desempeñará ese papel; del mismo modo que tú evitarás un plato demasiado cocido y los quesos de oferta, él evitará la mínima disputa y, gracias a esas tareas menores que cumplirá, tu marido formará parte del equilibrio armonioso de la *pareja que recibe*, para que en la complacencia posterior a la recepción, cuando estéis acostados y te bese diciendo «hemos comido bien» y acaso «gracias», se sienta orgulloso de sí mismo y satisfecho contigo.

Es el motivo por el cual has dicho a tus hijos que se porten bien en la mesa, ya que, aparte de la imagen de cocinera y esposa, también está en juego la de madre de familia. Son las siete y media, hay que poner la mesa. Son las ocho menos cuarto, las verduras se calientan en la sartén de teflón, subes deprisa al primer piso, te pones una falda, te cambias de blusa, corres a maquillarte al cuarto de baño.

Es entonces cuando, en el silencio de las paredes alicatadas, te sobreviene el cansancio. Ahora que ya está todo controlado en la cocina, solo tienes ganas de algo: dormir; dormir sin tener que sonreír ni servir platos. Ante el espejo sientes que te debilitas. Te acercas más al espejo, te encuentras guapa, te maquillas un ojo después del otro esperando que todo transcurra bien, pues claro, todo irá sobre ruedas. El cepillo pequeño del rímel acaricia una vez más tus pestañas cuando oyes pasos en la gravilla, el timbre que alerta de las primeras visitas.

La puerta se abre de par en par.

Los invitados, ruidos de zapatos pisando las baldosas del suelo, buenas noches que resuenan, otras en respuesta, caras que entran y se tocan, cuerpos que entran enfriados por la temperatura exterior, con perfumes, ramos de flores, botellas de vino que dejan en tus brazos. François da apretones de manos. Todo el mundo se sienta alrededor de la mesa baja a la espera del aperitivo. La velada ha empezado. Ya estás de vuelta en la cocina, falta un recipiente para los huesos de aceituna; una mirada circular sobre tus dominios, tus amigos que te esperan en el comedor, tienes que volver con ellos. Pero entonces sientes el mismo cansancio. Preferirías esperar aquí a que todos esos «forasteros» (como habría dicho tu madre) quieran sentarse por fin a la mesa. Sería mucho más sencillo, solo tendrías que servirles, como una simple chacha, podrías permanecer en la sombra, oír el ritmo de sus conversaciones desde la cocina, podrías dedicarte a perfeccionar el tiempo de cocción del

asado, sacar de antemano los postres; esos detalles que darán vueltas en tu cabeza durante toda la velada, sería mucho más descansado solucionarlos aquí, a solas y escondida, en vez de tener al mismo tiempo... Pero no es nada, apenas un pensamiento, ahora te das prisa, levantas la bandeja y en la salita los hombres aclaman el oportuno.

Se pronuncian frases, y luego otras más, en torno a informaciones elementales, el trabajo, los niños. Después de un cóctel, tu angustia se reduce un grado, aunque durante toda la cena seguirás preocupada, tu mente dividida entre el comedor y la cocina, tu cuerpo haciendo trayectos regulares entre ambas estancias. Esos trayectos marcarán el tempo de la cena, ni muy lenta ni muy rápida, para que los platos se encadenen a buen ritmo. En momentos precisos te levantas y vuelves a la cocina. Hay que saber dosificar los encadenamientos, ni aburrir ni agobiar en exceso a los amigos; por ejemplo, ahora que el aperitivo ha empezado, que las risas se desatan, puedes volver más tiempo a tu terreno. Entonces, tras tus pasos discretos, otros no más marcados, los de las otras mujeres que te siguen. ¿Necesitas ayuda? No, qué va, si no es nada. Reís, os hacéis cumplidos sobre vuestros vestidos comprados en las rebajas y que vuestros maridos no han apreciado siquiera. Volvéis juntas al comedor, pero eres tú quien anuncia:

—Propongo que pasemos a la mesa.

Y es como el primer movimiento después de una obertura. Cada uno de los invitados se ha acomodado en un sitio; tras un corto silencio, la conversación vuelve a tejerse sobre varios asuntos, de carácter más general, relativos a las vacaciones, la política o los fenómenos meteorológicos, y de los cuales saldrá un tema que dominará la plática durante la velada. Tú te obligas a quedarte sentada (te has movido tanto en las últimas horas que no resulta nada fácil), sigues con los ojos la ensaladera que circula. Cuando todo el mundo se ha servido, todo se simplifica: coméis.

Pero es solamente después de repartir el asado en los platos, tras haber vaciado tres botellas de vino, cuando tu última angustia se desvanece, cuando, al calor de los estómagos saciados, constatas que todo ha ido bien; de hecho, la mesa está en desorden, asaltada por las migas, los ruidos, los cubiertos grasientos dejados sobre el mantel, que tu recepción ha sido lo que debía ser: un éxito. Los niños han ido a acostarse después de un buenas noches educado, estáis con los quesos. Sonriente, charlas con una amiga sentada a tu lado.

François te encuentra preciosa.

En la cocina, la grasa ha cuajado en la bandeja del horno. Mandas a tu marido a buscar una cucharilla que falta. Se levanta por primera vez y cuando vuelve te besa delante de todos; os halagan, os gastan bromas, es una sinfonía que concluye; solo queda llenar la cafetera mientras rechinan las patas de las sillas que se apartan, se extiende el aroma a cigarro, luego varios bostezos seguidos. Entonces, una primera despedida provoca todas las demás, se levantan abrigos, se besan mejillas en el vestíbulo repoblado. Los coches arrancan, la puerta se cierra de nuevo sobre el frío. La calma repentina, la calma es sorprendente.

Limpiáis. François con gestos lentos, los tuyos rápidos, eficaces. Quieres ir a acostarte, salir de esa cocina, te parece ahora que la jornada ha sido particularmente larga. Subes las escaleras, te notas un poco pesada, un poco triste al cerrar los ojos, al abrazar a tu hombre que ya duerme a tu lado. No ha sido más que una comida, después de todo, aunque estuviera buena.

Al día siguiente sentías un regusto de decepción. Lo ocultabas evocando los mejores momentos de la velada con François, comentando la anécdota contada por fulano o mengano, sin cortarte a la hora de dejar caer algunas sentencias sobre tus amigos, pero muy pronto no quedaba nada más que conservar, el instante había pasado. En la próxima cena, organizada por otra mujer, quizá te divertirás más, pero aún faltaba mucho, y además esa comida vendría seguida de la misma decepción.

Esperabas algo. Proponías a François una escapada de fin de semana, ibas al cine o fregabas frenéticamente el cuarto de baño. Habrías querido que cada semana nuevas palabras marcasen el calendario, fecha de espectáculo, peluquería, compra de un mueble nuevo, cualquier actividad, te esmerabas mucho en prever todo eso, y si, pese a todos tus esfuerzos, resultaba que veías una semana hueca en el calendario, un abatimiento sordo te envolvía desde el domingo. Ante esa semana en que nada estaba escrito casi habrías llorado.

Ya, de niña, habías esperado. Las vacaciones de verano, horizonte radiante de sol y juegos, rodeada de adultos afectuosos. Pero los días se acortaban, la vuelta al cole se aproximaba, tenías un poco de miedo, ¡pero qué de novedades! Le hablabas a tu madre de tus compañeras de clase, al volver del colegio enseñabas tu horario. Desde noviembre, como las vacaciones del día

de Todos los Santos habían sido tristonas, la Navidad aparecía como una estrella en el cielo plano de la rutina escolar. La espera era muy intensa, el bajón también. El mes de febrero no era alegre, pero pronto llegaría la primavera. Te alegrabas con poco, te bastaba con pasear por la hierba con tus padres, y por fin el verano de nuevo. Os ibais a ver al abuelo, dabas de comer a los conejos en sus jaulas. Ya en la facultad, los exámenes puntuaban el desfile de las semanas. No eras responsable de nada, aparte de hacer los trabajos que te mandaban, tus padres enviaban un cheque, el tiempo pasaba, liviano, cada año distinto, te ibas de viaje, descubrías el amor, la vida parecía un largo tobogán por el que te deslizabas. Después vinieron las prácticas, Chambéry, tu mudanza, el trabajo en Bédani, había que aprender, obedecer, integrarse. Te ingresaban el sueldo, todas las mañanas sonaba el despertador, solo quedaron los fines de semana para divertirse. Pero entonces tu amor por François te procuraba todavía latidos en el corazón. Salíais a bailar el viernes, ibais de restaurantes, veíais a mucha gente (hoy te preguntas qué habrá sido de esas personas), os casasteis. Engordaste durante nueve meses, y te vaciaste.

Ese parto fue un verdadero acontecimiento. Entre tus muslos apareció un bebé que te llenó de sensaciones extrañas hasta entonces nunca vividas. En el segundo embarazo dejasteis que la naturaleza siguiera su curso (François añadía con orgullo que la naturaleza había insistido), y fue una niña. Todo era perfecto, pues. Vuestro sueño de fundar una familia se hacía realidad. Pero, sobre todo, algo estaba de nuevo por llegar. Gracias a ese vientre redondo tenías citas en tu agenda: pediatra o comadrona, el año entero se dirigía hacia una dirección precisa, lo que llamamos «salir de cuentas». Porque, contrariamente a los otros años, flotantes, confusos o anodinos, un año de embarazo contiene en sus entrañas mismas su justificación, una finalidad que será engendrada tras una serie de etapas atentamente superadas; un año de embarazo es portador, en suma, de esa tensión dramática que los editores del bulevar Saint-Germain se empeñan en detectar en cada manuscrito para, habiendo encontrado su rastro o su ausencia, pedir a continuación al autor que la acentúe, como esos gastrónomos obsesionados con un único sabor que desean encontrar en todas partes y, habiéndolo descubierto finalmente en el plato que degustaban, sugieren convertirlo en la nota principal porque solo él, y no la sutil mezcla de especias del cocinero, explicaría la seducción de sus

papilas; como esos editores, M. A. no había comprendido que lo que colma la vida es un modo de ser, el presente de la frase en la que respiramos, no un acontecimiento situado en el futuro y que, tras su consumación, nos dejará decepcionados delante de un frigorífico.

Una vez concluido el parto, hubo una recaída, un agujero, pronto ocupado por todo lo que hay que hacer, comprar el nuevo carrito, llenar el cajón de pañales. En esa época, el cansancio era tan intenso que solo aspirabas a la tranquilidad, los días no eran todavía esas casillas vacías en tu calendario, casillas blancas que es necesario colorear. Tu hija contra tu pecho, a tu alrededor comodidad, amigos, padres que te aconsejaban guardar cama, cariño. Finalmente, las visitas en torno al niño se espacian. Queda una última esperanza mientras sigas amamantando, algo que esperar, pero por más que lo retrases, un día Nathalie será destetada. El espacio que habías notado que se abría entre tus caderas se cerrará más sólidamente que antes. Las semanas se sucedían idénticas, con la agencia, tu trabajo en Bédani, de noche encargarse de la cena. Por supuesto, un día la pequeña empezó a caminar, decía «papá», una mañana Xavier entró en la escuela primaria, pero la risa de los niños no es más que un agradable ruido de fondo, nada extraordinario. Terminaste por cansarte.

Sin embargo, al nacer tu hijo, te había gustado tanto agitar el frasco de la leche limpiadora y rociar sus pequeñas nalgas, hacer todos esos gestos nuevos, tiernos, materiales, asociados a la maternidad.

Un niño había llegado al hogar.

Era preciso organizarse con los alimentos específicos, con sus desvelos por la noche, la inquietud de saber si su culo está limpio o si está sucio. Y cuando no quedaba nada más que hacer con ese cuerpecito nuevo que gorjeaba en su cuna, estaba ahí, a tu disposición; le habías dado un nombre de pila, lo educarías. Después de la página «Xavier» con bolígrafo amarillo dorado, vino la página «Nathalie» en el álbum de fotos. El segundo hijo fue recibido con más simplicidad. Ya eras una madre, controlabas más, sus conmovedores lloros terminarían por apagarse, en el peor de los casos ya se hartaría. Os convertisteis así en una familia. Hablabais de sillas infantiles para el coche, de vacaciones en casa de los abuelos, de aniversarios, de ayudas familiares, todos los catorces de julio ibais a ver los fuegos artificiales. Eran escenas bonitas. Los dos niños levantando los ojos hacia el cielo que se iluminaba, tu

marido cogiéndote por la cintura, las detonaciones, vuestra pequeña célula familiar perdida entre la multitud y la maravilla de los colores, cuando el cielo entero se cubre de centelleos que descienden en invisibles meteoritos de carbón.

Hasta aquella mañana de sábado en que llegó la primera foto de clase.

Lo recuerdas: miraste el retrato colectivo de renacuajos alineados y, naturalmente, lo comparaste con tus recuerdos. No hacía tanto, eras tú la niña a la que llevaban por la mañana al colegio, a ti a quien cubrían de besos, a ti a quien esperaban a la salida de clase. Corría el mes de mayo. Hacía calor. Estabas sentada entre Xavier que se tomaba los cereales y Nathalie que chupaba el biberón. Tus ojos se posaron sobre la puerta del frigorífico, automáticamente tu mente se puso a elaborar una lista, sabías lo que faltaba en los estantes, yogures líquidos, mantequilla para untar, pensaste después en el trayecto al supermercado ese sábado con tus dos hijos en el asiento trasero. Porque en el futuro sería siempre así, siempre esas mañanas y esas comidas, siempre en familia, la preocupación constante por los demás... Estabas condenada a eso, tú, su madre por siempre jamás. Entonces comprendiste que las profundas placas tectónicas en que se apoyaba tu existencia, las que se habían puesto en movimiento después de tus diecisiete años, se detuvieron en cierto momento para dejarte aquí, en esta casa de Empan-sur-Nive, con un marido y dos hijos; y que en el futuro resultaría mucho más difícil trastocar ese orden. Nunca más sin logística, no habría más mañanas egoístas y serenas, cuando podías tomarte simplemente un café y soñar con el sábado noche, con lo que te comprarías con la última paga, nunca más, por culpa de esos hijos salidos de tus entrañas para chupetear leche en esa mesa, podrías pensar solo en ti.

Entonces volviste a tener las expectativas inconcretas de la infancia.

Desde el mes de enero reservabas el apartamento en Cassis o La Ciotat, te planteabas la posibilidad de hacer un cursillo de jardinería o te preguntabas si volverías a pintar el pasillo de tonos más oscuros. Te buscabas un objetivo, incluso menor, incluso estúpido, algo que sería como una baliza para animar el calendario, una palabra con rotulador negro que marcaría un antes y un después. Tu sed se nutría incluso de pequeños accidentes. Te llamaban de la guardería, Nathalie se había caído; la visita al médico; tu corazón que latía con más fuerza; el diagnóstico entregado, «nada serio, señora». Volvías a casa,

su carita pálida, ibas a acostarla, en la cena le contabas lo ocurrido a François. Te escuchaba con ojos vivaces. Esa semana cobraría importancia, sería la semana en que Nathalie se cayó en la guardería. Incluso las cosas desagradables vienen bien para alejar el vacío.

En diciembre te dejabas llevar por las fiestas de Navidad. Por la felicidad de los niños que hacías tuya, sacabas guirnaldas y en la casa reinaba un aroma a pino, un aire más ligero, algo alegre, misterioso, que volvía excitantes los días previos al 25. Pero cada año terminabas frustrada; tanto trabajo para eso, para una migraña, sin recibir siquiera los regalos deseados (como si nadie pudiera adivinar tus anhelos secretos). Los días siguientes, festivos, eran largos, los niños probaban sus juguetes peleándose. Os deseabais un feliz año, los sucesos perturbadores se redujeron más aún, el cambio a la hora de verano, un nuevo lustro, una disputa.

Los domingos metías a todo el mundo en el coche, ibais de excursión a la Chartreuse. El sol imponía su serenidad en tu piel, caminabais, los chiquillos entre balbuceos, François a cuestas con la mochila; acaso entonces, un instante fugaz, entre dos caminos señalizados en rojo y blanco, sin ningún pensamiento, un instante, satisfecha. Pero con la puesta de sol, cuando, después de haber frotado las zapatillas en una piedra para no manchar el interior del coche, este arrancaba de nuevo, la cabeza vuelta hacia la ventana, una tristeza fría te brotaba por dentro. El fin de semana había terminado. Detrás del cristal veías cómo la urbe devoraba los últimos vestigios de campo, cómo aparecían las rotondas, las señales de tráfico, y el beneficio del paseo se desvanecía ante los bloques del centro comercial Darty y volvía la cuestión de la cena. Comprabais dos «especiales completas» en el camión de la pizza, tu hijo se encargaba de llevarlas por el placer de sentir que sus rodillas se recalentaban, por el aroma que salía de las cajas; se creaban así buenos recuerdos, ignorando que su madre miraba sin placer la carretera que subía hacia La Garotte, los chalés en hileras, el Sendero de los Pinos, vuestra casa, vuestro coche entrando en el garaje. François abría la puerta. Te precipitabas hacia el calendario. La semana estaba hueca. ¿Cómo animar ese largo pasaje hasta el domingo siguiente?

Esa insatisfacción no podías expresarla porque (las imágenes del mundo entero venían a recordártelo) todo estaba programado para que fueses feliz. En tu país no había inundaciones, no había guerras, no había epidemias, las

personas morían a la edad de morir, ninguna quiebra a la vista, solo una áspera carrera hacia la cumbre para tu marido y la preocupación de orientar a los niños. Más tarde, tu madre morirá en una habitación con los visillos sucios, conocerás un despido, un allanamiento de morada, pero nunca vivirás nada extraordinario, nunca ganarás la lotería o serás víctima de un secuestro de rehenes que te hubiera abierto las puertas de la fama. Las pruebas que encontrarás en tu camino no serán sino contratiempos secundarios, dificultades que se afrontan entre adultos y que se resuelven por poco que uno sea razonable; sin duda, dejarán huellas en tu piel, la piel de tu mano que coge hoy ese vaso en la cocina, pero son arrugas ordinarias, no las cicatrices de los heridos de muerte.

Pero de momento: la incorporación al nuevo curso finalizada, Xavier apuntado a judo, tú atrapada cada minuto del día por las exigencias del hogar, viviendo en un desahogo blanco, llamando por teléfono a tus padres dos veces a la semana, visitándolos el domingo, habiendo encontrado a una niñera para la peque, haciendo el amor una vez a la semana, la posición del perrito cada quince días, una felación semanal, un cunnilingus semestral; de momento, entonces, todo está en orden. Has llegado adonde querías llegar cuando charlabais fumando en los pufs: estar casada, tener hijos, «sin dejar de trabajar porque hay que ser independiente», ¿por qué, entonces, no sentías verdadera satisfacción?

—Siempre quieres más.

—Nunca estás satisfecha.

Tu marido se agobiaba. Incluso en vacaciones, algo indeterminado y pesado se insinuaba, incluso al sol, incluso en momentos de ocio, cuando no tenías más inquietudes, a orillas del mar, bastaba una nadería para que esa plenitud antes completa se agrietara. Una gaviota hurgaba en el suelo con el pico y pensabas en el parque del cuarto de invitados que era preciso cambiar. ¡Pero cómo te habría gustado ser como en los anuncios! Una mujer de sonrisa resplandeciente que camina dando saltitos, que hace el amor lánguidamente, que cocina rápidamente mientras mantiene una conversación divertida. Pero no. Tú, desde la mañana, sentías un agobio, un vacío; y después una espera, siempre. Te faltaba algo. Te volviste irritable, gritabas a los niños, les prometías salir de paseo para terminar apoltronada delante del televisor.

—¿Te pasa algo?

—No estoy de humor, eso es todo.

François intentaba comprender tus cambios de humor, pero no sabía qué hacer, le intimidabas demasiado. Volvía a casa cansado de haber diseminado su energía entre una clientela cada vez más numerosa. Lo veías volver a casa, encogido, como un soldado de permiso, lánguido, sin originalidad, en pocos años sus rasgos se habían hinchado, roncaba de noche, masticaba la carne con poca elegancia. Se había vuelto incapaz de hacer el gesto que habría bastado: en lugar de mil palabras, habría bastado mostrarse un minuto seguro de sí mismo y darte la importancia necesaria como para enfadarse. Habrías preferido que montara en cólera a verle siempre replegarse lastimoso e interpretar el papel de conciliador, como si con gestos tiernos pudiera calmar la saña que tú querías dominar sin saber cómo.

IV

Por esta razón, el día en que Philippe te mira con más insistencia en la oficina y te dedica sonrisas sistemáticas, el día en que te hace cumplidos por tu traje de chaqueta y en que notas en la espalda, al salir de su despacho, una mirada precisa y localizada, el día en que comprendes que, a fin de cuentas, le gustas, tienes la impresión de vivir más.

Lo recuerdas; los despertares eran más fáciles. El coche arrancaba deprisa y en cuanto dejabas a los niños en sus respectivas instituciones de alfabetización y de vigilancia corrías veloz a tu oficina. Había que tomar la carretera nacional en dirección a Valvoisin, pasar el túnel por debajo de la autovía cuando aparecía el rótulo muebles bédani cerca del cartel del Revuelo, había que llegar al edificio administrativo, una suerte de cubo acristalado junto a los almacenes de producción, subir dos pisos. La habitación donde habías escrito, telefoneado, sintetizado, calculado, obedecido, dormitado, era un sitio tranquilo, era la primera vez que vivías allí lo que se conoce como una aventura.

La empresa era a la sazón una pyme próspera, nacida de una idea bastante astuta de su fundador. A finales de los años sesenta, Marc Bédani reparó un aparador con planchas de madera que su padre había traído de Vietnam y luego había abandonado en un rincón del taller familiar de carpintería-reparación. El resultado fue un mueble de una original aleación entre las dos maderas, que, según sus ancianos padres, le daba un estilo «un poco atrevidillo». Dejaron el aparador en la entrada del almacén como una curiosidad. Varios clientes se pararon a mirarlo y fue vendido esa misma semana a una joven pareja de maestros. El joven Bédani, sintiendo que tenía ante sí un mercado por explorar, regresó al extranjero y se trajo algunas maderas raras con las que se dedicó a fabricar muebles domésticos, lo que

más adelante se conocería como la gama Bédani-Exotic. Su idea consistía en combinar distintos tonos de maderas tropicales y especies autóctonas. La realización era delicada, pero hubo demanda. Como Bédani había supuesto, los matrimonios jóvenes se encapricharon pronto de esos muebles de estética poco común, un tanto moderna, que preferían a los anticuados aparadores de familia. Unos años más tarde la empresa dejó el taller familiar y se instaló a pie de la carretera nacional, en un lugar llamado El Revuelo, nombre que para muchos empleados pasó a ser sinónimo de la empresa misma. Pero el mueble medio exótico medio francés seguía sometido a fluctuaciones peligrosas en términos de transporte internacional, «sin hablar de la inestabilidad política de los países proveedores», decía Bédani a su mujer después de la misa del domingo. Fue entonces cuando tuvo otra idea innovadora: el mueble nuevo con aspecto antiguo. Sus obreros tuvieron que fabricar cómodas, lijarlas al objeto de crear una especie de pátina y, por último, golpearlas violentamente con cadenas de bicicleta. Estas manipulaciones daban un aspecto carcomido a un producto que, con sus agujeros y sus protuberancias, se asemejaba a un mueble antiguo al tiempo que conservaba la solidez del nuevo. Esto permitía que los clientes sintieran en su presencia el eco de sabiduría paterna y mansa indiferencia que imparte en una sala un viejo aparador, una cómoda o cualquier otro mueble que haya sido testigo de numerosas vidas antes que la nuestra, y que nos sobrevivirá. A decir verdad, Marc Bédani anticipó lo que terminaría poniéndose de moda, el retorno a lo auténtico; de hecho, llamó a esa gama Bédani-Authentic. La caída del precio de la madera permitió la rápida fortuna del presidente y director ejecutivo, o tal vez fuera consecuencia del fuerte crecimiento que experimentaba el país entonces.

Cuando tú te incorporas a la empresa en 1979, esta aún seguía en expansión. Al almacén llegaban maderas exóticas, palisandro, wengué, sándalo, así como planchas de roble o de nogal francés. Tu trabajo consistía en ayudar a tu jefe de servicio a encontrar los mejores precios del mercado, a supervisar el estado de los pedidos y a que se respetaran los contratos con los proveedores. Para ello te reencontrabas cada mañana con esa grapadora un poco dura, ese teléfono de pequeñas teclas, una de las cuales se quedaba hundida, para tu desgracia. En la pared del fondo había un archivador con armazón de acero laminado, donde guardabas carpetas de tapa dura con siglas del tipo LCR 1980, RT8-6, AP45. Era tu despacho, era tu sitio: en la puerta

podía leerse tu nombre en letras blancas precedido de este letrero: responsable de administración import.

Philippe había sido contratado en 1985. Trabajaba en la tercera planta, la de la dirección. El pasillo que conducía a esos despachos era el único de la empresa que estaba tapizado con una gruesa moqueta que absorbía el ruido de los pasos (sin duda, al decorador le había parecido bien crear desde el vestíbulo una atmósfera más amortiguada que la de las plantas inferiores, reconociéndose el poder en las luces tamizadas y en los atributos de lujo que envuelven con una dulzura enguatada la brutalidad de su dominación). En su puerta brillaba una placa de latón: director de recursos humanos - philippe quinio. Era un hombre de treinta y cinco años, atlético, atractivo. Lo habían reclutado un año antes, cuando la empresa había adoptado una dimensión nueva en el paisaje económico regional. Sabías poco de él.

De todos modos, al principio, no fue más que un juego. Te regocijaba que el azar hubiese querido que sintiera interés por ti entre todas las mujeres de la empresa, hallabas en ese acercamiento inesperado una especie de recreo.

—El ambiente en el trabajo es más distendido desde hace un tiempo.

Llegas incluso a decirle una noche a François.

Como Philippe Quinio estaba casado, tenía una alianza en el dedo anular y dos hijas gemelas, vuestros devaneos no podían tener consecuencias.

Lo recuerdas; todo comienza el día en que le llevas un informe cualquiera. Su secretaria acaba de dejar una taza de café negro en su escritorio. Quiere llevársela a los labios, pero por una brusca torpeza la vuelca en tu falda. Gritas algo asustada y sorprendida. Él se abalanza sobre ti.

—¿No la habré lastimado?

Te limpias con un pañuelo desnudando inadvertidamente parte de tu muslo.

—No es grave, de verdad, no pasa nada.

Sin embargo, él se excusa de nuevo, sin apartarse de ti y añade con cierto sentido del humor:

—¡Pero podría haberla lastimado! ¡Y eso nunca me lo perdonaré!

A partir de este incidente, Philippe Quinio se divierte asumiendo el papel del que se siente obligado:

—¡Puede que usted no le dé importancia, pero yo nunca me lo perdonaré!

Y cada vez que se cruzaba contigo en la entrada, te sujetaba la puerta. Pasabas cerca de él, rozando su torso, oliendo su perfume (Absolu de Bourjois, como supiste después), comprobando con el rabillo del ojo la buena planta que tenía. Luego vinieron las bromas entre dos ascensores, los comentarios amables sobre tu peinado o sobre tu sonrisa, en cada ocasión descubríais alguna cosa en común, aunque solo fuera que habíais visto el mismo programa de televisión la noche antes.

Durante mucho tiempo no tuviste amigos en el trabajo. Los años precedentes te habían exigido mucha tenacidad para defender tu puesto, cuyas atribuciones eran cuestionadas a cada vuelta de tus bajas por maternidad. Finalmente lograste consolidar tu puesto y desde ese momento pensaste, sin detenerte nunca en este asunto, que permaneceríais en Bédani hasta jubilarte. Esta disposición de ánimo te permitió hablar más libremente en los pasillos con trabajadores y directivos. En resumidas cuentas, te volviste más campechana (como habría dicho tu abuelo) que los otros empleados; porque es del todo destacable que lo que llamamos en nuestras sociedades modernas libertad de expresión prácticamente brilla por su ausencia en las relaciones humanas de empresa; en Bédani, comentar sencillamente que los edificios administrativos eran exiguos o que las últimas inversiones comerciales eran excesivas podía interpretarse como una falta de lealtad; solo los asalariados cuya continuidad laboral parecía incuestionable podían permitirse tales comentarios; quienes esperaban transformar sus prácticas en contratación o, en el otro extremo de la escala, quienes deseaban ascender en el organigrama, no eran capaces de tejer vínculos con los demás, pues toda amistad verdadera les habría exigido muy pronto, con un tono de connivencia que posibilita a largo plazo algo como el entendimiento colectivo, cuando no la sindicalización, decir que el presidente y director ejecutivo habría podido, puestos a elegir, «insonorizar los tabiques», «cambiar de servidor» o «redistribuir mejor los beneficios». Pero tú hablabas sin pelos en la lengua, sin protegerte de nada, y solo comprenderás, a la postre, que Philippe era opuesto a quienes, por instinto de conservación, siempre permanecen en segunda fila.

Pero de momento, tomando en la máquina una bebida lechosa de aroma azucarado llamada capuchino, Philippe te preguntaba por qué habías decidido vivir en Empan-sur-Nive y qué actividades hacían los niños los miércoles, cosa que parecía interesarle. Philippe había adquirido la costumbre de pasar a

verte regularmente a tu despacho. Lo reconocías por sus gafas de sol negras, te ponían de buen humor, esas gafas finas que nunca se quitaba de la cabeza, era delicioso saber que estaba ahí. Su simple presencia en el edificio aportaba una plusvalía erótica a un trabajo que ya se te antojaba fácil, repetitivo.

Otro episodio excitó sobremanera tu imaginación. Un martes, Philippe se sentó contigo en la misma mesa de la cafetería. Este detalle te extrañó mucho porque en el autoservicio, por una regla no escrita, los directivos se mantenían alejados del personal administrativo, del mismo modo que estos guardaban distancias con los carpinteros. Almorzáis juntos. Pese a sus bromas, lo notas menos jovial que de costumbre, hay algo raro en su actitud, te dices, cuando Philippe, de repente, con voz triste:

—Siempre me resulta muy agradable hablar con usted. Me sienta bien.

La sangre te sube a las mejillas:

—¿Hay algo que le preocupe, señor Quinio?

Él mira primero al suelo con aire contrito, después a vuestro alrededor para asegurarse de que nadie os escucha, finalmente se vuelve hacia ti con una mirada tierna. Philippe se había peleado la víspera con su mujer. Ella le había reprochado, una vez más, que trabajaba en exceso vendiendo esos «dichosos muebles».

—Pero a mí la vida ordinaria no me basta, necesito darlo todo; si no, me aburro.

Escuchas, febril, mientras avanza la hora. Philippe habla ya sin parar. Apenas necesitas estimularlo con una o dos palabras en sordina para que siga confesándose. Estáis solos en la cafetería, apenas la sombra de un empleado que empuja los altos carritos donde se apilan las bandejas de comida.

—Me sienta bien contarle todo esto. Estoy seguro de que usted me comprende.

Quinio terminó por callarse. Observaba silencioso cómo sumergías tus ojos en los suyos mientras un mechón de cabello caía lánguidamente sobre tu frente. Su rostro desprendía algo más frágil que de ordinario, su voz parecía sincera. Finalmente, se levantó y te dijo:

—Dame el gusto, ¿te parece bien que nos tuteemos?

La tarde transcurrió con todo tipo de proyecciones: ¿qué significaban esas confidencias? ¿Estaba enamorado de ti? No, era imposible, solo habías sabido escuchar en el momento oportuno. Pero otras imágenes te acechaban,

excitantes, prohibidas; olvidaste comprar el pan de vuelta a casa.

Lo recuerdas: todas las mañanas les abrochabas el cinturón a tus hijos en el asiento trasero, cinco minutos después los dejabas en el centro de Empan, luego, sola por fin, pensabas en él con total abandono. Pensabas en sus ojos, en su voz, en qué hora sería cuando se acercara a tu despacho, en la forma de su corbata el día en que te dio los cuatros besos en las mejillas, en su lujoso reloj, en el informe que te había pedido que completaras cuando, a todas luces, no había ninguna necesidad de hacerlo. Cada día tus pensamientos volaban más lejos; en la rotonda del Revuelo era el momento de apartar esas imágenes, en el aparcamiento había que acabar decididamente con esas chiquilladas, en el ascensor no era razonable querer cruzarse con él, en tu despacho te obligabas a olvidarlo: ¡A trabajar! ¡Ya!

Fue así, por las visitas amables a tu despacho, por una lenta ocupación de tus pensamientos, como Philippe despertó tu deseo. Pronto, ya no buscarás entre sus fichas prospectivas cuentas de proveedores y preinformes, sino un pretexto para ir a verle. Un lunes en que te extrañó su ausencia, una colega te informó de que el comité de dirección estaba de viaje de negocios. Fue un golpe para tu moral: ¡no te había dicho nada! Para colmo de desgracia, llovió la semana entera. François te pareció viejo, los niños te oprimían. Por primera vez en años fuiste al cine con Chloé y te compraste, incluso, un helado para chupar durante la sesión. Todo ello te recordó tu vida lionesa.

—¡Qué libres éramos entonces!

Cuando regresó de su *viaje de negocios*, Philippe no pasó a saludarte. Te mordías las uñas sin entender su cambio de actitud: a fin de cuentas, sus ojos tiernos en la cafetería no habían sido imaginaciones tuyas... Al cabo de una semana, harta de no pensar más que en él, tuviste la audacia de esperarle en el aparcamiento. Ciertamente, era un poco ridículo esconderse detrás de un volante al acecho de su coche, pero por fortuna el momento no se demoró demasiado. Mientras él está aparcando su Audi, tú sales cerrando la puerta ruidosamente, pero haciendo como si no lo hubieras visto. Es él quien va hacia ti. Cuando ves acercarse su camisa elegante, sus gafas negras, su sonrisa, notas un calor repentino en tu vientre. Ese hombre ha cobrado una importancia desproporcionada en tu vida, tienes tiempo de pensar. Philippe te da un beso en la mejilla:

—¡Qué alegría verte!

La conversación que tenéis esa mañana te alegra el resto del día. Estáis comentando un poco su viaje cuando, sin quererlo, él apoya una mano en tu hombro y repite esta frase:

—Sí, me alegra verte.

Tú habías dejado de respirar. Mirabas sus ojos e intentabas seguir hablando mientras por el rabillo del ojo veías esa mano allí inmóvil, quieta, que, de repente, con un gesto rápido, se apartaba y rozaba tu pecho. Te sonrojabas, quieres decir algo, pero su mano ha vuelto vagamente a pegarse a su cuerpo.

—Que tengas un buen día.

Tu deseo se torna constante. Al volante, imaginabas escenas locas: al final de una reunión, cuando los directores técnicos habían salido, Philippe te encerraba en su despacho para declararte su amor; vosotros dos cruzándoos en el centro, imaginabas su beso, entraba en tu despacho, la circulación se densificaba; lo agarras, te toma a la fuerza; ah.

Estas fantasías estaban ahí mientras cocinabas; seguían en tu cabeza después de acostar a los niños, te perseguían hasta la cama. Algo desconocido y excitante te estaba sucediendo, se dibujaba a lo lejos como una tormenta bajo la cual sueñas que corres desnuda. Lo que sentías era inconfesable para ti, inmoral, pero veías la progresión de las etapas. En lo sucesivo podías entrar libremente en su despacho, lo tuteabas delante de todo el mundo, era visible la pendiente que seguías, pero la pendiente te atraía, porque nunca es solo el deseo lo que empuja a dos seres uno en brazos del otro ni el ego de gustar a alguien que estimamos superior, sino una suerte de atracción hacia lo novedoso que, en el caso de M. A., era sed de verdad, remanente individual de la ambición otrora colectiva de cambiar la vida.

Y sin embargo, ¡qué horrible palabra *adulterio*! Cuando se formaba en tus pensamientos temblabas de espanto. No, le decías por teléfono a Chloé, nunca podrías hacer algo así; solo se trataba de un coqueteo, sabías de sobra dónde estaban los límites; vale, te diviertes un poquito más de la cuenta, pero François no es un bromista, Chloé no es la última en decirlo. De todas formas, el adulterio era para las mujeres de mala vida; la duplicidad era algo imposible para ti, tú eras una mujer honesta y bien educada; de todas formas, Philippe, pese a sus problemas de pareja, era padre; la familia, eso se respeta.

Al fin y al cabo, vuestra relación era hermosa y original, ni por asomo iba a convertirse en una traición o un crimen a ojos de los niños, sería una majadería, sería el fracaso de la pareja fértil y dichosa que formabais a ojos de todos, François y tú, sin contar el crédito.

Porque el día en que entraste en el ayuntamiento y después en una iglesia para jurar fidelidad, creíste que era un compromiso fácil de mantener, creíste que vuestra excitación siempre renovada os vería retozar en un revoltijo de sábanas arrugadas donde pasarían sobre vuestros cuerpos los rayos de sol y los jadeos dichosos. Vale. Hay que aceptar que la pasión se atenúa. Pero después de tu primer embarazo volviste a hacer el amor con avidez. Aquellas noches, después de algunos roces de sábanas, François abría el cajón de la mesilla de noche donde estaban guardados los preservativos. Le mordisqueabas la oreja, seguías excitándolo mientras él, cada vez más agitado, hundía más profundamente la mano en el cajón —que seguía abierto a la mañana siguiente—. Sentada en la cama antes de levantarte, lo cerrabas sonriendo. Eran buenos momentos.

Pero con los años el sexo se volvió insulso. Subíais a dormir cada vez más cansados por culpa de los niños. En un lecho que servía sobre todo al reposo, os deseabais buenas noches con un beso breve. Si François prolongaba sus caricias, deslizabas tus manos bajo la colcha y tocabas su miembro. Se le endurecía la verga. Eso te excitaba. Él, contento de poder descargar el estrés acumulado en el trabajo, te abrazaba de una forma que creía lánguida y avanzaba ya hacia tu vagina; vaivenes; todo terminaba muy rápido, mañana hay que madrugar.

Pues claro que adorabas sentirte llena de él, pues claro que teníais vuestros cambios de posturas y velocidades casi automáticos, pues claro. Pero su goce interrumpía tu placer. Enseguida te pegabas a él, cual gatita mimosa, pero él te decía con aire satisfecho: «Me he vaciado». Si intentabas empezar de nuevo, respondía que esa noche estaba rendido, que la próxima vez... No eras tonta. Su deseo había perdido la curiosidad. ¿Desde cuándo François no había acariciado de verdad tus pechos, no había sobado de verdad tus nalgas? Ya no te tocaba como a una piedra preciosa, la que antes pulía durante horas, diciendo que tu cuerpo era un territorio donde podría pasarse la vida. Ahora, cuando se ponía encima de ti, empezaba una suerte de combate que duraba una veintena de minutos, cada cual buscando a través del otro satisfacer una

necesidad física. Solo su victoria era certera: pura mecánica.

No obstante, habías demostrado tu buena voluntad para mantener vivo el deseo tras el nacimiento de Nathalie. Como en las noches de verano te ponías fácilmente cachonda, lo acariciabas. Pero dos veces su sexo se ablandó en tu boca; no era, al parecer, el momento idóneo. Desde entonces renunciaste a tomar la iniciativa. François te hacía el amor cuando había bebido, cuando no teníais tiempo, cuando era imposible hacer ruido. Tampoco es que fuera desagradable ni cansino ni tedioso ni excesivamente largo, y además amabas a ese hombre, te decías a fin de acallar la tensión insatisfecha, pulsátil, persistente entre tus muslos después de su eyaculación. Porque esos coitos te dieron pronto la sensación —después de haber preparado la cena, quitado la mesa, ordenado la cocina y acostado a los niños, en vista de que no encontrabas liberación en ellos ni recibías las gracias por ellos—, la sensación de estar prestando un segundo servicio.

Una noche que se había descargado, dejándote con esa frustración desagradable que te roía el pubis, acabaste resentida con él. Aunque no te considera como a un igual sino que se sirve de ti como de un receptáculo, podría haberse erigido en auténtico amo, te habría gustado que te sacudiera un poco (¿por qué no?), ver el efecto que tiene ser un poco maltratada. Soñabas con que fuera mezquino. Sin duda lo habrías respetado de haber sido capaz de una dominación así, al menos te habría permitido encontrarle cierto interés a la cosa. Pero François no asumía ese papel, te tomaba con una expresión abúlica, hombre sumiso a la poco fiable rigidez de su verga. Porque, al fin y al cabo, era ella la que lo dictaba todo: de ella dependían las erecciones, su duración y su rigidez, a ella respondía como teleguiado, sin tener en cuenta lo que tú deseabas. Al día siguiente cerrabas el cajón entreabierto de un humor pésimo.

Pasó otro año y François solo retrasó una vez al mes la hora de su sueño. ¿Se aburría también? Lo ignorabas. Para eso habría tenido que reconocer tu insatisfacción, pero no sabías con qué gestos, con qué palabras, cómo indicárselo; ¿cogerle el brazo?, ¿ponerle la cabeza ahí? Habría sido necesario hablar del asunto, pero nadie te había enseñado a ponerle palabras a eso. Te sentías atrapada, la tensión aumentaba, el rencor también. Cada semana lo aplazabas. El placer se olvida rápido.

De modo que cuando el coqueteo en la oficina adoptó un cariz más

peligroso, ese mismo malestar provocó unas ganas irresistibles de hacer el amor con Philippe. Con él tenía que ser mucho mejor porque sería distinto.

Todo pasó en un día. Aquel jueves te afanabas en las tareas de la mañana, llevabas incluso un pelín de retraso. Philippe, que había adoptado la costumbre de pasar a saludarte a diario por tu despacho, entra y cierra la puerta. Entabláis una conversación, pasas por detrás de él para guardar un informe. Es entonces cuando sientes su respiración, una presencia. Está detrás de ti. Sus brazos rodean tu cintura. Te vuelves con el reflejo de apartarte, pero Philippe, apresándote unos prolongados y deliciosos segundos contra el armario, te besa en la boca. Acto seguido, él también con cara de sorpresa, sale presuroso.

Tu temperatura vaginal había aumentado enloquecidamente.

Una hora más tarde, mientras seguías encendida por dentro, suena el teléfono:

—Soy Philippe.

—...

—Escucha, seguramente he cometido una tontería, pero quizá sea mejor que lo hablemos.

—...

—¿Quieres pasarte? ¿Para hablarlo?

Te quedas sin ideas y sin palabras. Entonces te pregunta con un tono más normal:

—¿Oye? ¿Estás bien?

Tú tragas saliva.

—Es que... ¡me está costando trabajar!

Te ríes. En el auricular Philippe ríe también y el miedo desaparece de tu estómago. Todo vuelve a ser sencillo.

—De acuerdo, sí. Pasaré a las seis.

Una especie de dicha serena que toma la forma de una dilatación de varios vasos sanguíneos te acompaña hasta las cinco. Pero cuando los otros tres servicios de tu departamento empiezan a cerrar, te asustas. El beso de la mañana te parece casi irreal, ¿habrá existido siquiera? De todos modos, nada de ir a su despacho si no es para poner fin a ese accidente, había que dejarlo

allí. Los pasos de tus colegas en el linóleo te sobresaltan.

—¿Bajas con nosotros?

—Esto... No, id vosotros, me quedan unas cosillas que hacer.

¿Cómo regresar a casa sin apagar el fuego encendido entre tus piernas? Era superior a tus fuerzas. Llamas a tu marido para comunicarle tu retraso. Sin problema, pasará él a recoger a los niños. Al colgar dejas escapar un suspiro, por fin tranquila, por fin disponible.

Te levantas. Por la única ventana de la sala ves los coches de tus colegas que salen del aparcamiento en dirección a la autovía, algunos recorrerían más de cincuenta kilómetros para volver a sus casas. El personal del Revuelo había crecido considerablemente. Tres años antes, la dirección había recibido el «premio a la empresa innovadora Ródano-Alpes». Una caterva de políticos había acudido para felicitar a los directivos por el «dinamismo económico» y la «ejemplaridad social» de su empresa. Marc Bédani sintió que le crecían alas. Quería que las gamas Exotic y Authentic se distribuyeran en tiendas especializadas, para lo cual había contratado a una tropa de estudiantes salidos del Instituto Universitario de Tecnología: una fuerza de ventas. Pidió un préstamo al banco. Contrató a Philippe. Pagó a publicitarios para que creasen el eslogan «muebles Bédani, muebles para ti» y lo pegaran en la entrada de todas las ciudades importantes de Francia. Todos esos gastos habían desequilibrado las cuentas. Era preciso encontrar con urgencia una nueva aportación de capital. Antoine Scalli, yerno del fundador, era el hombre que buscaban. Provenía de una familia de industriales cuya fortuna había interesado al padre cuando su hija lo llevó a casa. (Hija mimada y encantadora, Caroline había sucumbido al encanto de ese pequeño cretino al que había conocido en una fiesta de sociedad.) Ese yerno no era del gusto de Marc Bédani, que seguía siendo muy cateto, pero Bédani se había esforzado mucho por integrarse al medio y, como decía entonces a su mujer, «nadie va por lana para salir trasquilado». Después de la boda, Antoine Scalli, con un máster en Administración y Dirección de Empresas, adquirió el cuarenta y dos por ciento del capital. Firmó un cheque sustancioso. Bédani padre estaba contento. «Lo importante es que la empresa quede en familia», le dijo a su yerno. Scalli fue nombrado director comercial, la puerta contigua a la de Philippe; esa puerta que miras fijamente antes de atreverte a dar tres golpecitos.

Son las seis y cinco. Philippe empieza con una broma, las persianas están bajadas, su mesa desprovista de papeles. Lo notas nervioso. Ha huido esa mañana después del beso, ¿lo lamentará? Este pensamiento te da miedo. Y sin embargo te ha besado, has notado su lengua, pero ¿y si te decía que no debíais veros más? Piensas en esto mientras articulas frases banales sentada en la butaca frente a él. Hablas del último balance general, que revela deficiencias a causa de las últimas inversiones de riesgo: «No sería bueno que esto pusiera en peligro la empresa». Philippe te toma el pelo un momento, por fin se levanta y se acerca a ti. Hay un silencio. Lo oyes respirar.

—Escucha, no sé si ha estado bien lo que hemos hecho esta mañana...

—¡No tendríamos que haberlo hecho!

Has dicho esto muy deprisa, para protegerte, asustada porque notas, de nuevo, un calor violento que se propaga desde tus miembros hasta tu cara. ¡Cómo lo deseabas! Philippe parece desconcertado por tu réplica. Te hace pensar, furtivamente, en el pequeño Xavier esperando su Danette cuando abres la nevera; la espera de una autorización. Bajas los ojos, sin poder contener una sonrisa. Philippe se acerca un poco más, apoya la mano en el brazo de la butaca, cerca de ti. Para tu gran alegría, insiste:

—No tendríamos que haberlo hecho, es verdad... Pero no me arrepiento.

Algo intenso y feliz explota en tu vientre. Por encima hueles su perfume mezclado con un olor a colada y a cigarro. Levantas la cabeza, y tus ojos, que solo veían su cintura, detallan su rostro. Es fuerte, joven, y «te gusta», te dices, «te gusta a rabiarse». Su mano toca tu rodilla.

—Dime, ¿tú no te arrepientes?

Su boca se ha detenido a unos centímetros de la tuya, esa boca que te ha besado por la mañana. Y eres tú quien va en busca de ese beso.

Desde luego tiene «un cuerpo perfecto», recuerdas haber pensado mientras sus manos estaban ya encima de ti, tu blusa por el suelo, sus manos subiendo bajo tu falda, y podías morderle el hombro, tocarle el sexo, ayudarlo con un aplomo desconocido a desvestirse. Recuerdas ese deseo terrible, en tus manos, ese deseo que por fin podías llevar hasta el final, hasta que te tomase, y su verga dura y segura hacía de ti una pequeñez mojada a la que besa largamente, poderosamente, tumbada en contorsión sobre su mesa, escuchando en tus oídos un nombre que nunca antes te había parecido tan pornográfico.

El edificio donde hacías el amor alojaba servicios administrativos en expansión: servicio de exportación, servicio de importación, servicios comerciales, servicio postventa, servicio de publicidad.

Esas eran las «inversiones de riesgo» a las que te habías referido y que preocupaban mucho a los jefes. La inyección de liquidez de la familia Scalli fue pronto dilapidada, pero a Quinio no parecía inquietarlo. Estaba satisfecho con el desarrollo de la empresa, estimulaba el gasto, cuando no la reestructuración total. Veía pasar delante de sus ventanas los camiones de suministro y ese vaivén regular le hacía soñar con una ampliación aún mayor. Philippe tenía una embestida profunda; era una delicia que te follase, tan delicioso como habías imaginado. Permanecías desnuda sobre la mesa, exultante, liviana.

Volvisteis a hacer el amor, luego Philippe se vistió. Fuera, el cielo estaba surcado por finas estelas rojas que volvían casi irreal la perspectiva sobre la autovía. La empresa, un hormiguero de día, parecía vacía a esa hora, solo los almacenes bullían aún. Recuerdas que bajasteis juntos al aparcamiento, que Philippe te besó una última vez, pero se negó a que lo abrazases: «Alguien podría vernos».

Son las ocho. Sentada en tu coche te miras en el retrovisor. «He engañado a mi marido», constatas. ¿Cómo era posible? Tú, la esposa leal, ¿cómo habías podido hacer algo semejante en semejante lugar? «Una vez, dos no», te repites mientras tu cuerpo saciado se enfría.

Habrías podido evitar toda esa aventura. Porque, en fin, había señales. Philippe, después de haber gozado, no parecía turbado por la situación. Tuvo buen cuidado de quitar de su chaqueta uno de tus cabellos que parecía abrazarlo, con una atención al detalle de la que tú eras incapaz, mientras seguías medio desnuda, complacida, en el borde de la mesa. Habrías hecho el amor durante horas con esa verga, pero con un tono que no admitía réplica Philippe puso fin a la sesión:

—Encanto, nos vemos mañana. Es hora de irse.

Y al volante te haces la promesa de que todo terminará aquí. Te había complacido, pero cada cual tenía su propia vida, la cosa no llevaría a nada, no tenía sentido seguir. El trayecto fue tranquilo. «Una vez, dos no», te prometes de nuevo. Entras en casa llena de resoluciones virtuosas. Pero bastan tres frases para que tu marido te agobie, los niños chillen, la cena no esté lista.

Con aire ausente, dejas cuatro platos en la mesa. Tanta banalidad hay que verla para creerla: ¿no te habías convertido en una mujer diferente? Los niños son fáciles de engañar, pero François, no era posible, seguro que se percataba. Pues no. Al igual que ayer, te cuenta su día en la agencia... ¡Pero bueno! ¡Vienes de estar con otro hombre y todos comen con apetito la misma compota de manzana!

V

Definitivamente tenías un lío.

El pensamiento de que estabas haciendo algo malo se desvaneció. Se lo contabas, radiante, a tu amiga, te atraía tanto, era tan maravilloso estar con él. Y Chloé te decía:

que escucharas a tu corazón,
que fueras prudente,
que no pusieras en peligro a tus hijos,
que confiaras en tus sentimientos,
que te dejaras llevar por la pasión,
que el amor es hermoso,
que no conviene mentir,
que era un seductor,
¿pero a François sigues queriéndolo?

Todo remordimiento desaparecía ante el deseo que nacía bajo tu piel cada vez que lo tocabas, esa felicidad que te iluminaba; porque tener un amante nunca entristece, los adulterios nacen, por el contrario, de la voluntad de uno de los miembros de la pareja de seguir siendo feliz; pero él solo; y como en el fondo nadie sabe si la dicha suprema es alcanzable durante nuestra existencia, mientras nos queden fuerzas nos aferramos al gozo físico, una de sus manifestaciones terrenales.

Philippe, al día siguiente, confesó su aturdimiento por ese encuentro inesperado, nunca le había sucedido nada igual, le gustabas desde el primer

día, había intentado resistirse con todas sus fuerzas porque mis dos hijas son magníficas, tendrías que verlas, me gustaría estar a todas horas contigo, pero a las ocho debía estar de vuelta en casa para la cena.

—Soy tuyo, preciosa, ¡me rindo!

—Mi problema es que siempre tengo ganas de ti.

Protestabas, estabais a tiempo de «pararlo todo», pero en cuanto uno de los dos insinuaba esta idea, vuestros labios se unían, y vuelta a empezar.

Se produce una ligera oscilación de las placas tectónicas. Descubres otro vocabulario en ti. Solo decirle «yo también tengo ganas de ti a todas horas» te llena de una extraña fuerza. La geografía de tu zona cambia. En adelante hay dos hoteles de franquicias, su club deportivo, que servía de coartada, la sala de reuniones de la tercera planta; entre estos puntos se calculan toda suerte de combinaciones cuyo único propósito son vuestros encuentros. Philippe te tomaba varias veces seguidas y cuando lo oías decir «estoy rendido» era con orgullo. El tiempo se calcula de otra forma. El domingo dejabas en la butaca de la habitación una falda bien planchada para el día siguiente. Las cargas del trabajo se habían volatilizado, ir a la oficina no tenía otro interés que estas puntuaciones viriles, los días en que os encontrabais desnudos cuerpo a cuerpo; como aquel día de la primera semana, cuando lo hicisteis otra vez cerca de la fotocopidora; Philippe deslizando una pierna entre las tuyas, metiendo una mano por dentro de tus bragas, tú diciendo «¡estás loco, ten cuidado!», él tomándote contra la pared, tú empalada de felicidad. Esto es vivir al límite, «como en las películas, Chloé». En lo sucesivo, dos o tres veces por semana os escapáis al hotel. Te esperaba en la primera rotonda, vuestros dos coches se seguían, estacionaba en el parquin. Al principio, esos establecimientos anónimos no te gustaban. Philippe entraba en el vestíbulo, pedía una habitación para dos horas, pagaba en metálico. Te maravillabas ante tanta seguridad.

—Basta con mostrarse seguro de uno mismo.

Decía como para disculparse.

Estas habitaciones no tenían ningún encanto, todas con ropa de cama correcta y cuarto de baño rudimentario, pero en cuanto te familiarizaste con esa neutralidad, reaccionó en ti como una liberación. En ese cuarto dejabas de ser la madre, la esposa, la empleada, no eras nadie allí y nadie sabía que estabas allí; entonces te quitabas las medias, observando como Philippe te

observaba, él deshacía el nudo de su corbata, tu boca descendía por su torso. Hacíais el amor. La escena siguiente, ambos colmados, su mano encima de tu vientre, os veía mezclar suspiros; y a veces tenías la sensación, en la negrura de los párpados cerrados, de volver a ser aquella joven mujer que se bañaba en el mar de España, tendida con la cabeza en la arena, uno de los dos diciendo «qué bien estoy», o la niña que miraba las montañas, precipitándose campo abajo, los muslos arañados por las hierbas altas, cayendo sin aliento, después, al suelo, porque se oían estas mismas carcajadas, y en tu oreja sentías las mismas cosquillas de una gramínea; abrías los ojos, era Philippe diciendo «qué bien estoy contigo». ¡Qué enamorado estaba entonces!

El sábado ibais al hotel Ibis de Grenoble, era «terriblemente excitante». Los domingos eran mustios, los objetos recuperaban su lugar a tu alrededor, invariables, ninguna llamada telefónica era posible. Doblando tu ropa en la butaca del dormitorio esperabas el lunes. Acechabas su llegada a la empresa. Tu pecho se henchía cuando aparecía por fin, os besabais en algún sitio a hurtadillas, y acto seguido el director de Recursos Humanos volvía a su planta. Pero Philippe había adoptado la deliciosa costumbre de enviarte faxes con dibujos pícaros y cuando, a tus espaldas, el viejo teletipo se ponía a escupir, creías oír el galope de un caballo que te traía un mensaje sellado con cera.

Así es como transcurrieron los primeros meses. Tu energía se había multiplicado por diez, bromeabas, canturreabas, todo el mundo a tu alrededor te encontraba en plena forma. Mentir no era difícil: aquella famosa noche de la compota, cuando podrías haberlo confesado todo, François no te preguntó nada, peor para él (y además, ¡qué narices!, al final era demasiado bueno).

Algo se abría en ti, algo renacía. Como esas gotas de lluvia que al caer al suelo hacen brotar de la tierra los densos olores de humus que contenía en secreto, el esperma de Philippe al irrigar tu vida provocó el despertar de anhelos y deseos en ti largo tiempo dormidos. Volviste a hacer deporte. Renovaste tu armario. Te preguntabas sobre todo en qué momento habías dejado de querer «hacer carrera». Por qué motivo habías decidido (si es que la decisión se había tomado siquiera) no ser la mujer de negocios con la que soñabas al iniciar tus estudios, esa mujer ambiciosa que bajaría del avión en pantalones de sastre para lanzarse a la conquista de los mercados asiáticos. Preguntaste a Chloé, que respondió: «Pero, a ver, acuérdate de lo que me

decías después de nacer Nathalie, lo contenta que estabas con tu puesto en Bédani porque no encontrarías en otro sitio la posibilidad de ocuparte al mismo tiempo de tus hijos, la posibilidad de “conciliarlo todo”». Sí, habías dicho eso. Pero el trabajo te resultaba ya aburrido, no podías quedarte ahí. Empezaste a mirar las ofertas de empleo y formación complementaria. Philippe te apoyaba con vehemencia.

—En la profesión no puedes dormirte; si lo haces, estás muerto.

—Venga, a por todas, es cuestión de voluntad.

Era un asunto recurrente en vuestras conversaciones. Le confesabas tus aspiraciones y le pedías consejos sobre lo que hacer, acaso en otras empresas; ¿por qué no en otra ciudad? Para darte ejemplo, Philippe hacía comparaciones con su persona, te contaba cómo había mejorado su currículum, y terminabais hablando exclusivamente de él, de su magnífica trayectoria en Recursos Humanos. Lo escuchabas sin cansarte... ¡Porque a ese hombre ambición no le faltaba!

Pero el recuerdo más hermoso de ese idilio fue sin duda vuestro fin de semana en Bruselas. Por primera vez te atreves a escaparte una noche de casa: un supuesto congreso. Te reúnes con Philippe en el andén, intercambiáis besos, el tren arranca («como en las películas, Chloé»). La ciudad inmensa os devora, cenáis en el restaurante, os tocáis los dedos entre dos vasos de vino, Philippe te lleva a un bar que frecuentaba en sus tiempos de juventud; dientes de ajos cuelgan sobre la barra, los camareros llevan el cráneo rapado, la música es ensordecedora. Tu amante te invita a un whisky, bebe como un hombre, está guapo, está para comérselo. Cuando salís del bar te arrimas a él, le dices «espera, ven», le besas bajo un porche, ebrios, entráis en el hotel.

Lo empujas contra la cama, tus manos desabotonan su camisa, te embriagas con su sexo, esa noche eres tú quien dirige, le dices. Recuerdas esas cosas que no has vuelto a vivir desde entonces. Esa furia bajo tu piel, que se torna sensible, la corriente eléctrica que pasa por tus manos, algo líquido, caliente, algo que reclama dedos y después... Una lengua, hinchada, tomas la mano de Philippe y la guías, siguiendo esas olas de estremecimientos, sentirse viva y después... Un hormigueo creciente, una necesidad irreal de caricias en cada recoveco de tu cuerpo, entre los pechos y después... Chispas hasta en el dorso de las piernas, como un picor urgente próximo al dolor. Has montado a horcajadas sobre Philippe, entornando apenas los ojos, dejándote guiar por tu

pelvis, todo el cuerpo recogido en una quemadura única, te restriegas una vez más contra él; y otra vez; y después... Tus pechos, tu piel, tu vientre ahora, tocas, golpeas, aceleras, hasta que una fuerza ascendente llega; gimes, crispas los dedos y al fin... Una ola rompiente de fondo, el paso violento de un clamor, la dilatación, el mundo y la dicha en ti, reunidos. Un grito. Desde tu vientre estirado, gritas con todo tu cuerpo. Después, ese mismo cuerpo que se afloja, roja luz en los ojos cerrados, extasiada, luz otra vez, las piernas ya cerradas, cayendo a un lado, guiada por una pesada corriente benévola, un suspiro amplio antes de que llegue de lejos otra sacudida; reconciliación, descenso. Estás cansada, te dejas arrastrar por algas entre las que apenas te mueves, en una vacilación cercana a las lágrimas, y mientras resurges de la noche de la carne, se exhala un perfume, arrebató de ternura hacia ese hombre y hacia la vida.

El hotel se hallaba en uno de esos majestuosos edificios de estilo hausmaniano que destaca en la avenida con balconillos de hierro forjado. Por la mañana, el bufé del desayuno era copioso: cruasanes, panecillos rellenos de chocolate, bollos de crema, beicon frito, cereales, huevos duros, naranjas exprimidas, mortadela, queso blanco en tarrinas, fruta cortada, café, té negro, té verde, *earl gray*, *darjeeling*, leche fría, queso curado en lonchas, mermeladas, yogures frescos, podías servirte a voluntad. Philippe reía diciendo que no sabía que fueras tan golosa. En el pasillo, un tablón mostraba fotos de las estrellas de cine que se habían alojado en el establecimiento. Todo un paripé.

A no ser que los mejores momentos de vuestra relación hubiesen consistido en esperarlo en esas habitaciones sin alma. Os citabais los martes y los jueves a la una del mediodía. En adelante eras tú quien pedía la habitación, solían daros la misma, te duchabas, Philippe llegaba un cuarto de hora más tarde que tú. Y como sabías que él iba a ir, te preparabas. Con un lápiz fino, dibujabas una raya negra a ras de las pestañas, prolongabas la línea de los ojos hacia fuera, para alargar la mirada, añadías un poco de rímel, carmín en los labios. Un vistazo a tu reloj, es el momento de ponerse la falda sexi escondida en el bolso; los pendientes; te cepillas una vez más la cabellera, te estiras las medias, te mojas los labios, te sientas, te levantas, a la espera de él, de sus ojos, de su juicio, la primera mirada que te dedicaba tu amante:

—Estás preciosa.

Entonces recibías tu recompensa. Cuando llegaba, cuando te sujetaba por la cadera, contemplándote:

—Estás preciosa.

Os abrazáis, interrumpidos por algunas frases, dos o tres temas de conversación que ya os son habituales, besos cada vez más profundos, te empujaba contra la cama y ahí se deshacía todo: medias, falda, maquillaje, pelo, y tú reías, reías. Al cabo de unos meses comprendiste que lo que ayer era impensable —tener un amante— era no solamente posible, sino un estado totalmente manejable, con sus costumbres y sus malentendidos, al igual que una relación conyugal. Es entonces cuando empezaste a amar.

Amabas el olor a detergente que desprendía su camisa, el sabor del café en su boca, el modo como encendía un cigarro. Amabas que te dijera:

—Mi pequeño reproductor de música, que me llevaría a todas partes.

—Contigo me siento un hombre.

—Este precioso culito que adoro.

Amabas los latidos de tu corazón cuando pedías la habitación.

Amabas observar cómo se ponía el cinturón, después. Había caído al suelo, desabrochado, el cuero apresaba la luz en sus curvas. Philippe lo recogía y lo deslizaba por la primera trabilla del pantalón, el brazo recto cruzaba su torso, luego con un amplio movimiento inverso de hombros, la espalda. Lo guiaba por las trabillas siguientes, se metía la camisa en el pantalón, se subía la cremallera, volvía a coger el cinturón y en su mano la hebilla tintineaba, brillante; ajustaba el cuero bajo el hierro y lo ceñía. Lo mirabas en silencio; se estiraba la camisa, ligeramente ahuecada, la punta redondeada de la correa detenida por una última trabilla. Philippe entonces percibía tu mirada; sonreía, intimidado, casi pudoroso.

Lo amabas, no cabía duda. ¿Había que decírselo? Chloé te escuchaba durante horas espantada por la fuerza que emanaba de ti porque, al fin y al cabo:

—¿Adónde te va a llevar todo esto?

¡Ah! ¡No pensar en nada! Cerrar los ojos y verlo aparecer, pensar en todas esas cosas que tenéis en común mientras caminas hacia su despacho, llamar a su puerta con vuestro código secreto, sentir los lazos minúsculos que te atan a él, esas raicillas que el amor hunde más profundamente en ti, y decirle al oído:

—Soy tuya.

—Me excitas.

—Mi macho.

A veces recordabas la primera vez que te cruzaste con «el nuevo director de Recursos Humanos» en un pasillo sin prestarle atención, cuando Philippe solo era un directivo más. Pero el amor ya ponía en tu mirada un hechizo ardiente que te llevaba a adorar el más mínimo detalle en su persona; como el visitante de un museo que tras pasar con indiferencia delante de un cuadro da la vuelta para admirarlo si advierte que lo firma una mano maestra, toda la persona de Philippe Quinio había adquirido una endiablada singularidad por ser tu amante. Era más enérgico, más joven, más vividor, más gracioso, más rico, hacía bien el amor, era entrañable, quería que vuestra relación durase, era realmente un joven excepcional; empezaste a ver los mismos programas televisivos que él, a escuchar su música, a copiar sus opiniones y hasta sus frases hechas —«tampoco es el fin del mundo», «más se perdió en la guerra»—. Philippe era un zurdo corregido, diluía tres azucarillos en el café, había vivido en Finlandia, conducía apoyando una mano en el cambio de marchas, era alérgico al polen: él, él, él, él.

Hasta el día en que en el hotel todos los poros de tu piel dijeron por fin:

—Te quiero.

Él te miró, sorprendido:

—Por ahí no, encanto, por ahí no.

Philippe, no obstante, estaba conmovido. A fuerza de dárselo todo, de decirle a todo que sí, habías desencadenado la felicidad en su corazón, suma de todos los placeres narcisistas y sexuales hallados junto a ti, sensación que interpretamos como amor y que es única, sin duda, entre tantas otras. Así, al jueves siguiente, mientras te tomaba en la posición del perrito, también dice «te quiero». ¡Menuda historia!

VI

Había un agujero, un agujero en la tesorería. Para cubrir el déficit de la empresa habría sido necesario adoptar posiciones más ofensivas en el mercado del mueble doméstico, desde hacía poco amenazado por la competencia escandinava. Bédani padre quería comercializar nuevos productos para atraer a la clientela entusiasta del mueble desmontable, pero no había dinero para eso. Después de sus delirios de grandeza, la empresa pasaba por una mala racha. Antoine Scalli y Philippe Quinio elaboraban planes estratégicos y capitalistas que, resumidos en diapositivas de colores, eran presentados al presidente y director ejecutivo en demostraciones viriles con el proyector. Había dos soluciones para el problema:

1) Instalar una nueva fábrica en la zona industrial de L'Isle-d'Abeau. El precio del terreno no era excesivo y las vías de comunicación eran muy adecuadas. Pero el empresario se negaba a abandonar el histórico Revuelo porque (según afirmaba contra el sentido común) podía producir más. De todos modos no contaban con la liquidez necesaria.

2) Abrir el capital a su antigua competencia, Muebles Cornellus France, que tenía un pie en los mercados públicos. La familia Bédani pasaría a ser minoritaria en el nuevo *holding*, lo que era difícil de aceptar para el fundador.

Tras largas discusiones, el presidente y director ejecutivo terminaría aceptando esta última salida a condición de mantener la sede del Revuelo y a todo el personal. En cuanto firmaran la fusión, construirían una fábrica conjunta en Cergy-Pontoise, más cerca de la demanda parisina; en ella se instalarían las líneas de producción Authentic, Exotic y Cornellus Confort. Esta fábrica se construiría con una arquitectura más funcional que la del Revuelo. En cuanto esa opción fue confirmada, Philippe Quinio se enzarzó en una pelea con otros directivos para encabezarla porque, desde el punto de

vista de quienes nos dirigen, una fábrica nueva, cualquier institución nueva, antes incluso de cumplir su función social, es más que nada una nueva fuente de poder.

Pero de momento, como aún no se había creado el *holding*, la noticia no se había hecho pública y nadie decía nada. Bueno, casi nadie: el día en que, a regañadientes, Marc Bédani dio el visto bueno para el inicio de las negociaciones con Cornellus, Philippe supo que lo más duro había pasado. Feliz como estaba, te puso al corriente. Primero, halagada por tener acceso a los bastidores de la dirección, escuchas las proyecciones capitalistas que salen por la boca de tu amante, pero después, empalideciendo, comprendes que Philippe sueña con marcharse del Revuelo. ¡Y te lo dice como si nada! Te das cuenta entonces: no eres más que algo pasajero.

Fue un jarro de agua fría. ¡Qué idiota habías sido! En el trayecto de vuelta te esfuerzas por considerar también a Philippe como un simple objeto de placer con caducidad inminente. Te repites sus palabras; si conseguía ser jefe de fábrica, ganaría más dinero, tendría más oportunidades, sería fabuloso para los estudios de sus hijas, sin hablar del reconocimiento que el puesto le conferiría; incluso si Bédani cerraba, algo imposible en las circunstancias presentes, pero *business is business*, querida, con un cargo de esa envergadura, mi carrera está asegurada... Decididamente, Philippe era un egoísta, un presuntuoso animado por pulsiones infantiles; no te merecía.

—Sabes, no quiero hacerte daño.

Te dijo al principio de vuestra relación.

Era esta una frase muy cobarde porque ¿cómo no vas a perturbar la vida de la persona a la que quieres? Te vinieron otros recuerdos, más amargos, de los días en que no te había hecho caso. En casa, François te encontró «en baja forma». Cuando le comentaste los rumores de fusión se alarmó mucho:

—Estas cosas suelen traducirse en despidos.

—Sin contar que con la crisis...

—¿Y si te quedas en paro?

Ni lo habías pensado. Podemos confiar en el viejo Bédani, no nos dejará tirados, respondiste a François para tranquilizarlo. De todos modos, ¿a ti qué más te daba? Tu desgracia no era meramente económica ni colectiva, no, tu desgracia era de un orden más elevado, más inmaterial y más personal, más sentimental y más cruel: era la cara de Philippe, feliz de anunciarte el futuro

holding sin un pensamiento para ti, «sin un pensamiento para nosotros, Chloé». ¡Ay!, habías recibido un buen correctivo...

(No es que Philippe no te tuviera cariño, no, era simplemente que para él su carrera y vuestra aventura no eran temas del mismo orden; el asunto se situaba en dos planos tan distintos como, pongamos, una tarta de fresas y un decreto del gobierno; no podía encontrarles una lógica común; ciertamente, sus sentimientos entrarían un día en contradicción con sus oportunidades laborales, pero más tarde, naturalmente, o por un juego de consecuencias que de momento, al contrario que tú, no le preocupaban.)

Vuelves a sentir ternura hacia tu marido, siempre amable, siempre atento. Durante esa conversación le coges la mano. Sin darte cuenta volvéis a hacer el amor. Después de una serie de banalidades, François te dice:

—No dudes en contarme todo lo que te preocupe; a veces no te presto suficiente atención.

Esta frase te descorazona por completo, y cuando Philippe vuelve de su enésimo desplazamiento, cuando te estrecha entre sus brazos y te mete la mano por debajo de la falda, toda tu ira desaparece; tu amante te desea, es guapo, poderoso; la idea de ser abandonada te llenaba de espanto, pero sin esa ambición que te lo arrancaba, lo habrías deseado menos, sin duda.

El 30 de septiembre de 1987 se anunció la fusión a la prensa con gran acompañamiento de canapés. Durante meses se habían peleado por crear el *holding* más favorable a cada uno y, en este momento, todo sonrisas, «Kevin Cornan (presidente de Cornellus France) y Marc Bédani (de las empresas del mismo nombre)» se daban un apretón de manos en la foto publicada por *Meubles-Pro*, la revista de los profesionales del mueble. En Cergy había dado comienzo la construcción de la fábrica; esperaban aún el nombre de su director, pero Philippe se mostraba pesimista.

—Muchos ejecutivos de Cornellus gozan de mejor posición que yo.

Philippe hablaba, sin embargo, de presentar una solicitud de trabajo en otro sitio; su cargo actual no tenía más recorrido, se iría de todos modos, es en la región parisina donde hay que estar, a La Défense¹ adonde hay que llegar. Te sodomiza en su mesa, te da la vuelta y te la mete por delante. Disfrutas como una loca. ¿Por qué renunciar a un hombre que te hace gozar tanto? Es entonces cuando consideras lo impensable: dejar a François.

Dejar a tu marido... Era un acto imposible de acometer tú sola, para el que

habrías requerido la intervención de una fuerza externa, como un ejército de cascos azules o una catástrofe natural que asumiría en su torbellino incontrolable y su logística sombría la responsabilidad de la separación, y al mismo tiempo era un acto de una facilidad desconcertante; porque bastaban unas palabras (temblabas solo de pensarlo), bastaría con entrar en el comedor y gritar «¡tengo un amante!» para que, después de una escena de ruptura que dejaría a François abatido en un sillón de cuero, te marcharas con Philippe a Cergy o a Settle, a cualquier sitio donde fuera posible amarse y fabricar muebles.

Vuelves junto a tu amante con esta idea, convencerlo de que dé el paso. En pequeñas dosis, le comentas que tu pareja está alicaída, que tienes ganas de viajar, que la región parisina es estupenda. Philippe no parece entenderlo. No querías parecer histérica, pero bueno; ahora que ya creías posible salirte del camino seguido desde tu traslado a Empan-sur-Nive y del que no te habías desviado nunca, como tu portal eléctrico que cada noche era fiel al riel de aluminio fijado a la entrada de tu propiedad, ahora Philippe tenía que entender.

Fue como un delirio. Te sentías como una elegida. Tenías una misión, revelarle a Philippe que su felicidad estaba junto a ti. Su esposa representaba el pasado y la mediocridad, tú eras la Libertad, el Futuro, la Salud y, por supuesto, el Amor. De hecho, Philippe te quería más de lo que pensaba. Cuanto más ascendiese en su carrera, más necesidad tendría de una compañera que estuviese a su altura, tú serías esa aliada, esa musa, se apoyaría en ti para llegar a ser un gran directivo internacional, pero en su reloj daban las ocho y tenía que irse.

—Mi mujer no debe sospechar nada.

¡Su mujer! ¡Su mujer! Era agotador verlo tan prudente. ¿Nunca tenía ganas de dejarlo todo plantado? Le propones que vayáis un fin de semana a Bruselas, pero su trabajo se lo impide. Son mares de lágrimas.

—¡No me quieres!

Philippe tiene que pasarse mucho tiempo consolándote, se excusa por no estar libre precisamente esos días.

—Tengo demasiadas cosas que gestionar con la fusión.

Le preguntas por sus planes de trabajo de las próximas semanas. Ante el aumento de tus exigencias, se muestra esquivo. Tenía que repetir tres veces

que el jueves acudiría al hotel, y si cancelaba la cita se lo reprochabas. Así es como Philippe terminó por alejarse de ti. Le había gustado tu lado orgulloso, tus piernas, tu carita preciosa, pero tu papel de santa que saca brillo a un ídolo le hartó.

—Me tiranizas, cielito.

Philippe acabó teniéndote miedo, asustado por esa alma arrebatada que creía dispuesta a devorarlo. Aplazó una cita, y otra, su esposa estaba enferma, su familia iba a visitarlo. El fax ya no escupía nada, fin de los corazoncitos deformados por la refracción entrecortada del aparato.

Y tú esperabas. Esperabas el día en que os reunierais por fin, una llamada telefónica, un mensaje, una palabra, un beso; el jueves es dentro de cuatro días; la vuelta de su viaje, la tarde en que irás a su despacho, la hora en que podrás estrecharlo por fin entre tus brazos... Pero cuando la espera tocaba a su fin, parecía regenerarse instantáneamente por sí sola; como esos monstruos de la mitología cuyas cabezas vuelven a crecer por partida doble cuando las cortan, el preciado instante de los reencuentros marcaba el inicio de una espera aún más exacerbada; veías a Philippe entrar en esa habitación; tu corazón ya se encogía, ¡al cabo de sesenta minutos se habría ido otra vez! La Confederación General del Trabajo os comunicó el nuevo organigrama del Revuelo: treinta carpinteros y seis administradores fueron despedidos. Tu puesto, curiosamente, lo conservaste.

—De buena te has librado, querida.

François se sentía visiblemente aliviado. No entendía nada. ¿Qué te importaba a ti perder tu empleo? Perder a Philippe era mucho peor. No podías aceptar la perspectiva de seguir trabajando en Bédani sin él, sola con tu marido y los chiquillos, ni pensarlo, «sería la muerte, Chloé».

Entonces un jueves te decidiste a hablar por fin:

—Philippe, no puedo continuar con esta hipocresía, soy una mujer íntegra.

—Si nos queremos, tenemos que ser valientes.

—Deja a tu mujer.

—Será difícil al principio, pero luego no lo lamentaremos.

Y otras frases que habías preparado a conciencia, tantas eran tus ganas de convencerle. Hablabas mucho, te movías medio desnuda por la habitación del hotel con la sensación de estar viviendo una escena grandiosa. No solo te escuchaba tu amante, sino que todos los hombres de la Tierra, de Apolo a

Príapo pasando por Robert Redford, estaban a tu alrededor, iban a entender la clase de mujer que eras, la hembra que devuelve al amor su fuerza primaria. Te confesaste como nunca antes lo habías hecho. Philippe no dijo nada, sorprendido por tanta grandilocuencia. Después se sentó a tu lado en el colchón.

—No sé qué decirte.

—Es difícil.

—Me gustaría tanto.

Su mirada se abisma en tus ojos tentada por algo nuevo. Después te abraza y te folla hasta hacerte daño. Tú se lo permites convencida de que esa penetración improvisada es una prueba de amor. Pero ninguna promesa es pronunciada ese día ni los días siguientes.

Tu delirio crece. Empiezas a mentirte. Si Philippe te llama es porque su mujer le molesta, si no te llama es que porque pones en peligro su pareja, si anula la cita de hoy es porque piensa comunicarte algo fundamental al día siguiente. Porque vas a conseguirlo, vais a estar juntos, es solo cuestión de días; en cuanto reconozca por fin cuánto te quiere, hablarás con François, se lo contarás todo.

Dos semanas más tarde, Philippe entra bruscamente en tu despacho. Sus ojos tienen una expresión ufana, la misma que Nathalie cuando trae buenas notas del colegio. Lo trasladaban oficialmente a Cergy como «director adjunto de Recursos Humanos». No era el puesto convenido, pero era claramente una promoción: le doblarían el sueldo.

—¡Por fin! ¡Hace tanto tiempo que espero este momento!

Feliz a más no poder, te estrecha entre sus brazos mientras tu corazón se descuelga lentamente, cae en un abismo que se proclama inmenso, en estos casos, entre el estómago y los pulmones. Al final balbuceas:

—Pero, ¿y nosotros?

Te coge las manos:

—¿Vendrás a verme?

—¿A Cergy?

—¿Por qué no? No queda tan lejos.

—Pero están mi trabajo, mi marido...

—Pensaba que querías dejarlos.

Exclamas:

—¿Quieres que los deje?

—¡No! ¡Yo no he dicho eso!

—¿Has entendido lo que te dije el otro día? Quiero vivir contigo.

—¡Pero bueno!

Philippe levanta los brazos al cielo.

—¡Pero bueno, encanto, que me voy! ¡Que me voy con toda mi familia!

Sí, pero sus ojos eran dulces cuando te lo decía. «Estoy segura de que todavía puedo hacer que cambie de opinión», le decías a Chloé, aunque su partida era inminente. Había que dejar a François ya, eso pondrá a Philippe entre la espada y la pared. Pero todas las tardes, cuando volvías por el Sendero de los Pinos, te podía la angustia, todas las tardes las llaves tintineaban contra la puerta; no te atrevías. Chloé tenía miedo de que cometieses una tontería. Tu marido te veía preocupada.

—Todos estos despidos... El ambiente no debe de ser alegre en el trabajo.

—No. Divertido no es, la verdad.

Son semanas atroces, dedicadas a mirar precios de casas en Cergy por si te mudabas, a no dormir, a encontrar insoportable vivir con un hombre «que ya no hace latir tu corazón», con un nudo en el estómago, a esperar, a no ser más que espera. Otro día le dices:

—Philippe, no te vayas. Te lo suplico, quédate conmigo.

No creías que podrías decir una cosa tan simple. Contrariamente a la escena anterior, esa réplica no te alivia en absoluto. Acabáis de hacer el amor en sus posturas preferidas. Tu amante está ahí, en la cama, ajustándose el reloj en la muñeca, gesto donde veías tanta virilidad porque era hermoso, porque lo amabas, porque se te iba a escapar. Te dice entonces frases que olvidaste enseguida, que no logras reconstruir hoy: en resumen, te acusó de egoísta. ¿Cómo podías pedirle que renunciara a esa oportunidad profesional?

—Tengo que irme. Además, yo no tengo la culpa.

Te echaste a llorar en silencio. Philippe apoya una mano en tu hombro y te dice la frase que te hará tanto daño después:

—No creía que te hubieras encariñado tanto...

Sigues llorando cuando baja al aparcamiento del hotel.

Para volver a su casa, Philippe Quinio debía tomar la autovía hasta la

salida número seis en dirección a Villefontaine. Este municipio fue el primero en sufrir los asaltos de las excavadoras cuando en 1969 el gobierno decidió construir aquí la ciudad nueva de L'Isle-d'Abeau. Los proyectos fomentados por jóvenes ingenieros repatriados de Argelia saquearon los paisajes parcelados de las viejas familias campesinas. En cuanto crecieron del suelo los primeros edificios, la región lanzó una campaña de comunicación que alababa «la ciudad en el campo»: en todas las estaciones se vieron carteles donde L'Isle-d'Abeau estaba situada, por un juego gráfico, en el corazón de Francia, por no decir del mundo. Las autoridades esperaban mucho de esta ciudad nueva que debía acoger un futuro auge de natalidad y revitalizar el *Bajo Delfinado*. Pero muy pronto, sin embargo, los promotores de la industria de la construcción simplificaron los planes idealistas de los ingenieros. Ningún *hombre nuevo* había nacido de colinas enrasadas. La ciudad carecía de animación, se escuchaba a menudo, e incluso hoy, solo el Carrefour y su galería comercial constituyen un vago espacio de sociabilidad. A fuerza de vivir lejos de Lyon y de Grenoble, los habitantes de L'Isle-d'Abeau se habían hecho una misma imagen de la congestionada ciudad, la de un ruidoso antro donde los niños no tienen zonas de juego dignas de este nombre, donde los «jóvenes» (y no miro a nadie) pueden quemar el coche y donde no hay aparcamiento privado a precios razonables. Según el Instituto Nacional de Estadística la mayoría eran trabajadores que pasan más de una hora diaria al volante. Esto no representaba ningún problema para ellos: en el coche seguían estando en su casa.

Philippe Quinio pasa ahora por delante del palacio de deportes y la nueva iglesia de hormigón. Pese a las diferentes capas urbanísticas, el tráfico quedaba considerablemente disperso, lo cual le daba, ciertamente, un aspecto poco definido, a medias entre urbano y rural. Philippe había acertado al instalarse en este lugar cuando fue contratado por Bédani —«aquí todo es muy práctico», dijo su mujer— y si la empresa hubiera tenido más autonomía financiera, construir una fábrica en la zona industrial de Tharabie, a tres kilómetros escasos, habría sido una solución mucho mejor, mucho menos arriesgada que la fusión con Cornellus. Los neumáticos de su coche rechinaron sobre la gravilla del jardín. Los cartones de la mudanza se apilaban en la entrada, Philippe empujó la puerta y lanzó un sonoro «¡hola!». Justo en ese

momento se sentaban a la mesa. El padre sonrió a sus hijas sentadas delante de sus platos. Besó a su mujer y levantó la tapa de la sopera para oler la salsa que iban a comerse esa noche... Su esposa, con una sonrisa, le dio un golpecito en la mano con la cuchara de madera.

Después de la cena, le dice:

—Cariño, no olvides sacar la basura al contenedor gris.

El marido fue a tirar la basura al contenedor gris. Permaneció un momento delante de la casa. Una luna casi llena brillaba en un cielo vagamente negro. Philippe sacó un mechero, encendió un cigarro, y a continuación, sumido en pensamientos raros, dio unos pasos en la calle, que a esa hora tardía estaba tranquila y negra como una autopista vacía. En el fondo había sido feliz aquí, se daba cuenta de que le costaba marcharse; la región parisina no permitiría jamás tanta calidad de vida. Philippe caminó un poco más, soltó un suspiro pensando en M. A., en su alegría, en su culito (¡ay, ese movimiento de caderas que controlaba tan bien cuando se ponía ella encima!), pero los ladridos de un perro lo sacaron de su melancolía. Philippe se volvió por donde había venido y cerró la puerta de la entrada.

VII

Al cabo de tres días en el hospital, tienes la impresión de llevar allí toda la vida.

Apreciabas:
poder comer en la cama galletas LU rellenas de caramelo de frambuesa;
pedirle a la enfermera que levante un poco la almohada, por favor;
ver las telenovelas con esa expresión en la cara que hacía decir a las enfermeras: «Está descansando, buena señal»;
poder llorar de noche, poder pensar en él.

Incluso si llorabas ya menos, tu horrible pena, como reseca en ese espacio sanitario, era transmutada por el poder del hospital en un nombre científico, un síndrome anónimo y delicioso: la pospunción lumbar.

Porque el desmoronamiento había sido total. ¡El amor no había triunfado! ¡El amor había perdido! El ruido de la cafetera repetía el escándalo: te ha dejado, te ha dejado, susurraba el agua hirviendo al colarse por el filtro. Su ausencia era tan brutal, estabais tan bien juntos, la separación era insostenible, habías dado tanto; caíste en una especie de postración. Aborreciste a los hombres, la tierra entera, a todas horas las lágrimas anegaban tus ojos.

Había momentos en que sentías cierto alivio. Adiós al adulterio y los secretitos, podías reanudar una vida normal. Philippe se había ido, pues que le aproveche; viste a François como a un ser mucho mejor, un hombre recto y moral, menos mal que no lo habías dejado. Pero de noche, ante el televisor, te volvían recuerdos precisos de placer: el contacto de su mano en tu pecho, una respiración, una aceleración. François era totalmente plano en ese sofá fofo.

Viste llegar el fin de semana con terror. Para que te dejaran sola fingiste un

dolor de cabeza insoportable.

—De verdad, me encuentro fatal, ¡fatal!

François no insistió y conseguiste escaquearte de la comida en casa de tus suegros. Cuando el coche familiar torció por la esquina de la calle, tu cara empezó a deformarse. Recuerdas este momento hoy, en esta cocina, mirando tus manos envejecidas, la saliva en tu garganta cada vez más ácida. Subiste a echarte en la cama. Primero lágrimas, luego gritos, alterada, dando hipos, soltabas gañidos de animal. «¿Por qué, por qué?» era lo que te venía a los labios, y de tu cuerpo convulsionado salía a tirones un inmenso dolor, llamabas al hombre amado, «¡Philippe!», te debatías negando, negando la realidad: «¡Philippe!». Tu cuerpo, entre las sábanas sudorosas, creía tocar su cuerpo y ya respirabas de nuevo su olor, te salían de dentro desgarradores «te quiero»; y así estabas, enfrentada a su ausencia, la ausencia que como un cuchillo sádico te evisceraba, la tan temida separación había llegado por fin, «es el agujero negro, Chloé». Sollozabas, patética, la boca desencajada aplastada contra la sábana. El mundo, más allá de tu edredón, se te antojaba un bloque hostil sembrado de armellas, y tú, extraviada, balbuceante, nunca más tendrías la fuerza de volver, querías quedarte ahí toda la vida, sí, toda la vida: «No puedo más, no puedo más...». ¡Oh, cómo te compadecías de ti misma! ¡Oh, qué desdichada eras! ¿Por qué no estaba contigo tu madre, por qué no seguías siendo una niña pequeña mimada por su mamá, por qué alguien fuerte no te cogía en brazos? La imagen de Philippe existiendo lejos de ti, en Cergy, te atravesó. Volvieron los sollozos. ¿No había nada que hacer, de verdad? ¿Y si ibas allí, y si te presentabas en su casa? Pero gemiste con más fuerza. No, todo esto superaba tus fuerzas y, además, para qué, tu amante era un cobarde, un egoísta, te había mentido cuando decía que te amaba. «¡Qué cabrón, lo odio, lo odio!», te repetías, pero esta idea no te hacía ningún bien. Te vuelves para buscar una postura más cómoda en el colchón, apoyas la mejilla en un lado fresco de la almohada, como después de hacer el amor, como cuando vosotros dos estáis desnudos... Las lágrimas imparable vuelven a empezar, buscas algo que abrazar, muerdes la almohada y lloras desconsoladamente.

Unas horas más tarde solo queda de ti un cuerpo triste y contraído hecho un ovillo. Fuera, los rayos del sol poniente subrayan la fina estela algodonosa dejada por un avión en el cielo. Consigues estirar un brazo, sonarte. Bajas a tomarte un yogur delante del televisor. Es ahí donde François te encuentra dos

horas más tarde, un poco atontada pero presentable. Respondes a sus preguntas como el robot-que-hace-de-todo.

—Son migrañas agudas, no hay nada que hacer.

Coméis en silencio platos congelados. Vas a echarte inmediatamente después.

—La cabeza... Me duele la cabeza.

—No enciendas la luz, por favor.

Al ver a tu marido sentado encima de la colcha, notando su mano cálida en tu frente, te entraron ganas de confesárselo todo en un arrebato; tal era tu necesidad de consuelo. Él era bueno, como un hermano, seguro que lo entendería. Emites un jadeo, cree que quieres incorporarte.

—Querida, no tienes buen aspecto.

Al oír estas palabras pierdes todo el valor, te vuelves boca abajo sobre la almohada, pálida de culpa. François llama al médico. Dos horas más tarde, cuando tu dolor de cabeza empezaba a remitir y te disponías a llamar a tu marido para tranquilizarlo, ves el coche del médico que aparca. Tienes miedo: debes parecer enferma. El médico te ausculta. ¿Llevabas cansada mucho tiempo? ¿Habías padecido estas migrañas en la infancia? ¿Tenías ganas de vomitar? Contestas que sí a todo. El hombre se llevó a François aparte. Se trataba de una crisis de cefalea persistente desde hacía varios días, era probable que desapareciese por sí sola, pero no podía descartarse la posibilidad de una meningitis; lo sentía, pero su deber era prevenirte. Desde la cama mirabas con desprecio a aquellos dos cornudos.

Cuando se hubo marchado, François recogió algunas cosas y te llevó en el acto al servicio de urgencias de Chambéry. El hospital solo quedaba a veinte minutos en coche. Al llegar, las indicaciones escritas en los letreros (medicina interna, neumología, enfermedades infecciosas y tropicales) te parecieron lejanos destinos de aviones.

Ya en la cama de la habitación 504, tu cuerpo extenuado se relajó. Te dejaste cuidar, feliz de ver al mundo sometido a los estragos de tu corazón.

Estuviste dos semanas ingresada.

El papel pintado de la habitación representaba peonías rosa claro y rosa

oscuro, cada una con un pistilo en el centro rodeado de cinco pétalos; los mirabas fijamente, fijamente con esta idea: «Philippe va a dejarla, Philippe va a llamarme». Porque estabas convencida de que, en cuanto supiera de tu hospitalización por los colegas del trabajo, no tardaría en llamarte e iría a verte. Ya imaginabas las frases que dirías durante esa conmovedora reconciliación que abriría el siguiente capítulo de vuestro amor; porque era imposible, existía un vínculo tan fuerte entre vosotros; imposible que se hubiera terminado en serio, le decías a Chloé que respondía que, de momento, Philippe se había ido realmente y que era mejor pasar página. La odiabas, no entendía nada. Para colmo, en el hospital sí que padecías auténticas migrañas. Tras un examen en neurología, un interno te había hecho una punción lumbar (o P. L.), y esa operación había desencadenado una reacción migrañosa intensa, la famosa pospunción lumbar. De repente tenías derecho a la morfina. Bajo su efecto las peonías crecían, los días transcurrían irrevocables, se te hacía raro creerlo, ver los pétalos avanzar y retroceder, buscando los estambres a los que aferrarse; habías pedido una dosis extra y un interno te la había administrado por goteo; desde entonces mirabas con fijeza el pistilo bailar ante tus ojos, sumida en un estado de estupor insulso, veías alejarse sobre esa pared llana la primera tarde en su mesa de despacho, la flor de Philippe en la mano, apretando la pipeta para enviar a tu sangre otro influjo de algo que pudiera hacer desaparecer esa condenada esperanza; pero ¿cuánto tiempo es necesario para que desaparezca el amor?

—Uy, uy, uy, creo que le han dado una sobredosis de morfina.

Dice la enfermera al verte la cara.

Tumbada te dolía menos, podías pensar en Philippe, añadiendo caras a las peonías, la imagen de tu amante invadiéndote en pensamientos sinuosos, discontinuos, pensabas en él mientras mirabas en la tele series americanas donde los maridos dejan a sus mujeres diciendo que no podían más con esa vida, que representaban una comedia; en el segundo canal unos adolescentes se abrazaban, tu corazón lánguido seguía esperanzado; imaginabas que os volvíais a cruzar, te decía que te quería con locura, que eras la mujer de su vida, que se había dado cuenta por fin; venía después la predicción del tiempo, una mujer decía adiós a su hijo que marchaba a la guerra, el conflicto en Oriente Próximo entraba en una fase más violenta, lamentaba François Mitterrand, todo lo que habíais vivido era tan hermoso; te amaba, volvería a ti,

Philippe soldado, Philippe multimillonario, Philippe presidente, pero ¿por qué no llama?

Los médicos pasaron a verte para informarte de que habían reservado el escáner en Lyon. Porque migrañas y vómitos podían ser también señal de que el cerebro ocultaba un tumor, «puede ser benigno, señora». El anuncio de tu defunción inminente te encantó: sería un poco como morir por él.

Dos días más tarde cuatro conductores de ambulancia te hacen subir a un habitáculo lleno de diodos intermitentes. Por un instante, te crees de camino al paraíso; por fin; Philippe se había suicidado, ibas a reunirte con él; desde el firmamento de los amores legendarios, veías a tu pobre viudo recogerse en solitario sobre dos tumbas adosadas que reunían a los amantes malditos y recubiertas en otoño por las largas ramas de un sauce.

En el hospital universitario te hicieron esperar. Pasaste dócilmente a esa especie de gran donut blanco, bromeó el operador. La vuelta fue penosa, había mucha gente en la carretera, dormiste el resto del día. Al día siguiente el profesor Loberre entró en tu habitación con aire satisfecho (aunque siempre tenía un aire satisfecho). En sus manos blandía un gran sobre blanco.

—¡Ni rastro de tumor!

François se abalanzó sobre las tomografías. Eran imágenes oscuras que no revelaban nada, ni lesiones ni embustes ni pasión ni habitaciones de hotel el jueves a mediodía; tan solo una mancha gris con dos curvaturas pequeñas, como una mariposa negra. Ni tumor ni cáncer. Decididamente, fracasabas en todo.

¿Cuánto tiempo dura el amor?, ¿cuánto? Cuando la figura amada desaparece de nuestra vida, ¿cuánto tiempo seguiremos amando nosotros solos?

—Me llamará, estoy segura de que al menos me llamará.

François pasaba todas las tardes, Chloé entre el mediodía y las dos, tu madre la relevaba. Eran momentos dulces, como antaño cuando tenías fiebre y subía a tu cuarto con un chocolate a la taza. A las seis de la tarde mirabais juntas su concurso de la tele, luego se despedía de ti y te dejaba el periódico regional. Lo leías todo. Desde el horario de apertura de la biblioteca municipal hasta la reseña de una excursión pedagógica al jardín botánico, los menores detalles de la vida exterior pasados por el filtro de una redacción

simplona y práctica te colmaban de un sentimiento fraternal hacia la humanidad; como si, en un mundo donde el amor más fogoso hubiera sido en vano, resultara reconfortante que el centro infantil Los Lobitos acogiera a una nueva animadora cuya curiosa sonrisa se desplegaba ante ti, impresa en blanco y negro.

Observabas el parque florido donde los patos veían pasar a los convalecientes.

Y llegaba la hora de la cena. Batas blancas y carritos reanudaban su carrera. Philippe no había llamado; mirabas la pared que sí que existía realmente, así como cada objeto en ese cuarto. Picoteabas en tu plato, decepcionada, traicionada, devorabas el postre, no quiero creer que se ha acabado, y otra lágrima se escapaba de tus ojos.

¿Cuánto tiempo dura el amor?, ¿cuánto?

Una noche en que el insomnio te mantenía despierta, encendiste la radio (era la única forma de dejar de pensar en él). Escuchaste entonces un concierto de música clásica, un lento movimiento de violines en octavas ascendentes, y en la habitación vacía sentiste de súbito cómo algo inmenso, que arrastrabas desde hacía tiempo, se resquebrajaba y se desmoronaba detrás de ti. Hubo más lágrimas, pero diferentes, menos lastimeras y más definitivas. Al día siguiente el profesor Loberre te hizo una serie de preguntas:

—¿Trabaja usted mucho?

—¿Cuántas veces a la semana come usted carne?

—¿Se siente débil durante la regla?

A fuerza de exámenes habían descubierto en tu sangre una carencia de hierro, acaso una anemia. Ya recuperada del síndrome de pospunción lumbar, te fuiste de la clínica con una receta de Fortiferron y recomendaciones paternalistas:

—A partir de ahora tiene que pensar en usted, señora.

La vuelta fue tranquila. Te hace ilusión volver a ver el jardín y a los niños. Hay que pasar página. No puedo dejarme llevar más.

François te abraza con fuerza, su cuerpo en vuestra cama te vuelve a parecer tan cálido como una bolsa de agua caliente.

—He pasado mucho miedo, cariño mío.

Volvisteis a hacer el amor, con ternura, y, pese a todo, te sentó bien.

François se explicó ese episodio por el estrés que había generado la fusión Bédani-Cornellus. Solo era falso en parte y recuperas esa versión para tu entorno. Lo más duro fue incorporarse al trabajo en Bédani. Cada armario, cada ascensor guardaba un recuerdo suyo, tenías que ahuyentar su fantasma constantemente, pese a tus esfuerzos, a veces te detenías en medio de un gesto, y una secretaria que hubiera pasado por allí, o un mensajero, te habrían encontrado con la expresión apagada ante un fax mudo, como en suspenso. Con Chloé sentenciaste: «Era puramente sexual». Debías aferrarte a ese pensamiento para rechazar la idea de una llamada telefónica, de un viaje de negocios que habría llevado a Philippe al Revuelo, de un traslado... Afortunadamente no pasó nada. No verás de nuevo al hombre amado con tanta pasión. Y pronto, devuelta a tu lucidez, te preguntaste cómo habías podido creer «por un solo instante» que dejaría a su mujer y a sus hijos por ti, cuando todas las mañanas los empleados aparcaban sus vehículos en las mismas plazas del aparcamiento de la empresa, no porque así lo dictara el reglamento, sino por la fuerza de la costumbre.

VIII

Te refugiaste en tus hijos. Nunca los habías abandonado. Incluso después de tus grandes descargas orgásmicas, cuando, desnuda, cabalgabas a Philippe, tu sexo devorando el suyo al ritmo de sus insultos que tanto te excitaban, tu piel que se hinchaba de sangre, tu carne que gritaba, tú toda entera atravesada por ese grito de triunfo, incluso después de esto habías seguido cambiando las pilas de la tortuga de plástico.

Xavier tenía nueve años, Nathalie, siete, su altura respetaba la curva de crecimiento de la cartilla de salud infantil. De postre, el mayor prefería los yogures de melocotón-albaricoque, su hermana los de fresa. Eran tu prioridad, todas las madres lo dicen: son mis mayores alegrías, cambian todos los días, hay que aprovechar antes de que se hagan mayores.

Lo recuerdas: negocias con tu jefe un cambio de horario para tener los miércoles libres. Ese día ibais al parque. Tú te sentabas en un banco y ellos jugaban. Todo estaba en calma. Se oía el piar de los pájaros allá arriba, en los árboles, a lo lejos te llegaba el rumor constante del tráfico de donde emergía, durante un instante más perceptible, una sirena de ambulancia, la motosierra de un peón, el ruido de un ciclomotor que se alejaba. Para olvidar a Philippe y su ingratitud, quisiste un tercer hijo; a François le extrañó, pero cumplió.

Luego, cuando te hayas repuesto y François haya transformado el cuarto del ordenador en el del bebé (una niña), los miércoles ganarán más importancia. Las necesidades de tus hijos te ocupaban por completo.

—Intento prestar atención a los dos mayores, para que no tengan celos de su hermana pequeña.

—Xavier reclama mimos a veces, ¿sabes?, ve a su madre siempre pegada al bebé...

Le contabas por la noche a su padre.

En la revista *Padres* encontrabas ideas para todo tipo de juegos creativos, en invierno hacías pasteles, *collages*, en primavera volvíais al parque. Sacabas el cochecito; colgabas tu bolso del asa, debajo deslizabas la bolsa amarilla de la merienda, metías dentro al bebé, tú ibas detrás del cochecito y empujabas. El resto de tu descendencia seguía con pasos menudos irregulares. Se os podía ver a toda vuestra familia caminando durante veinte minutos entre el minizoo y el lago de imitación antes de que te sentaras en un banco al sol. Los dos mayores iban a revolcarse a una parcela de césped donde podían tumbarse sin mancharse; el bebé dormía.

Sí, todo estaba en calma entonces. Sacabas un libro de la bolsa amarilla, leías un poco, cerrabas los ojos; entonces oías, como superpuestos, gritos, pasos, de cerca, de lejos, pájaros, el silbato de un tren; en primavera veías cómo los azafranes tendían hacia el cielo su pequeño estigma naranja, tu libro de haikus te decía que disfrutaras del tiempo presente. Sobre todo que no volvieras al pasado. Que dijeras cosas simples:

—Ten cuidado, no te mojes el abrigo.

—Hoy de tiovivo, nada de nada.

—¿Quieres una pera?

Y ellos decían:

—¡Mamá, he visto una rana!

—Tengo mucho calor.

—¿Puedo subir al árbol?

En el parque, los gritos de las decenas de niños formaban un ruido de fondo permanente que te anestesiaba. Recolocabas la manta sobre el bebé, le cerrabas la boca con un chupete, volvías a abrir tu libro. Pero muy pronto te requerían otra vez:

—¡Mira, mamá, mira!

Entonces levantabas la cabeza con esa sonrisa que deben exhibir las madres cuando contemplan a sus hijos.

Desde que tus padres se habían jubilado, tu madre iba con vosotros algunas veces. Te escapabas un momento para comprar un algodón de azúcar mientras ella los vigilaba. Cuando volvías con la golosina en la mano, veías la escena de lejos, los tres niños alrededor de su abuela, una apariencia total de

felicidad. Apenas habías cruzado la pequeña barrera del parque de juegos, Xavier y Nathalie ya corrían hacia ti y arrancaban grandes trozos translúcidos de algodón para metérselos golosamente en la boca.

—¡Despacito, niños!

Sin dar las gracias, Xavier volvía a trepar a las cabañas, los aviones, las pasarelas o cualquier otra construcción destinada a los niños de siete a diez años, Nathalie montaba a horcajadas sobre un caballo accionado por un resorte y, sonriendo plácidamente, se balanceaba durante mucho rato sobre él.

Recuperabas tu sitio en el banco junto a tu madre, que leía el periódico *Le Dauphiné*.

—Bueno, ¿y qué me cuentas?

Y ella:

—Oh, nada, lo de siempre.

Y tú:

—Pero todo bien, ¿no?

Y ella:

—Oh, ya sabes, a nuestra edad siempre te duele algo...

A veces pasaba una sombra:

—Tu pobre padre sí que está cansado.

Más tarde:

—Oye, ¿no había un tobogán aquí el año pasado?

—Sí, al parecer lo han quitado.

—Claro, ya te dije que me parecía peligroso.

Estas conversaciones eran interrumpidas por llamadas para atar unos cordones, decías *termínate el pastel*, ponte el gorro en la cabeza. Dabas el pecho, primero uno y luego otro, a tu hija pequeña, que se llamaba Juliette.

Tu madre estaba contenta de unirse a vosotros. Los niños adoraban esos miércoles. Al parecer, a ellos les bastaba con que tú estuvieras ahí, sonriente, animándolos. Se divertían, lanzaban grandes ¡síiiii! se agenciaban otra magdalena de chocolate, vivían sin recuerdos, sin pesadez; y si sobrevenían penas o lágrimas, unos minutos después se iban a jugar como si nada, la memoria, en ellos, era clemencia.

A las siete y media de la tarde se veía a vuestra familia tomar el camino de vuelta a casa. Era necesario moverse más rápido. Tirabas el plástico de las

magdalenas a la basura, la bañera se llenaba. Reían, se desvestían, se lo pasaban en grande en el agua. Y tú, al ver cómo sus cuerpos, tan desnudos, se cubren de espuma cuando los enjabonabas, te acordabas de otra desnudez; y enjabonabas más fuerte.

Cuando Juliette deje de mamar, la dejaréis con los abuelos y os iréis a esquiar. Vuestra estación preferida estaba solo a una hora de carretera, el sol seguía bajo a vuestra llegada, François aparcaba muy cerca de la tienda de alquiler. Con el abono de un día enganchado al anorak, os dirigís a la pista más cercana. Os deslizáis por la nieve, cada miembro de la familia con una prenda de distinto color, tú hablando sin cesar a Xavier o a Nathalie, vigilando que no se caigan, felicitándoles después de un descenso bien controlado, preguntándole a tu marido qué pista debéis tomar. Al cabo de una hora sentías que el aire de la montaña te embelesaba.

—¡Qué agradable esta calma!

La jornada concluía en torno a una taza de chocolate. Cada cual se descalzaba con lentitud, los niños discutían por la última chocolatina. Cerrabais el maletero, François constatando, en medio del olor característico de la nieve que se funde sobre la ropa impermeable, que los lioneses habían subido hoy o que habíais hecho bien en salir temprano, el tiempo empeora. Era el momento del viaje de vuelta. Se derretía la nieve, se alargaban las carreteras, se dormían los niños con el aire del ventilador mientras el automóvil descendía a la llanura de las inquietudes de la vida. En el mes de agosto el cordón de cuero del abono comprado aquel día y dejado en la cremallera del anorak, donde lo encontrabas torcido y envuelto en papeles deshilachados, venía a recordarte que las estaciones avanzan.

—El tiempo te ayudará.

Había dicho Chloé.

Después del baño les leías libros donde las jirafas se perdían en la sabana. Se habían puesto el pijama, se chupaban el pulgar, reclamaban un beso. Te necesitaban. Y tú ponías esparadrapos, rellenabas biberones, los veías crecer, pelearse. En el jardín, los gritos eran constantes:

—¡Mamá, no quiere dejarme jugar con el camión amarillo!

—Nathalie, deja jugar también a tu hermano.

—Ya has oído lo que te ha dicho mamá: ¡dame eso!

—¡Na!

La cosa podía durar horas. Xavier empujaba a Nathalie, la pequeña lloraba, todo volvía a empezar al día siguiente, algo distinto quizá, pero muy poco; un día la pequeña caminaba, decía papá. Pero eso también era una forma de recomenzar.

Te habría gustado mucho ser una madre perfecta, de esas que hacen patatas fritas todos los sábados y responden «lo importante es que tú seas feliz, cariño» cuando el hijo anuncia su homosexualidad, ser más generosa, reírte de los gestos de quienes te habían provocado tres episiotomías, encontrarlos estupendos, unos amores. Pero no eran más que niños y ciertos miércoles, después de un día entero encerrada con ellos, sentías bajo tu piel un nerviosismo que te hacía chillar de pronto:

—¡He dicho que no! ¡Nada de pasteles!

—Pero ¡será posible! ¿Me tomas por imbécil?

Y los plantabas allí, en medio del puré a medio hacer.

—Voy a acostarme. Estoy cansada, muy cansada.

A tu marido, cada vez más entregado a su trabajo en la agencia y tras haberte encargado la entera dirección del ámbito educativo, le inquietaban, sin embargo, esos cambios de humor, que habrían podido a la larga desestabilizar a los pequeños.

—Necesitas tomarte unas vacaciones. Podríamos alquilar una casa rural.

—Nos sentará bien cambiar de aires.

Como si fuese posible dejar la angustia en la carretera, habríais alquilado una casa rural en Ardèche y habríais ido los cinco de excursión. En un momento dado, habríais franqueado una valla y estaríais sentados delante de una cabaña con la merienda.

—Debe de ser una antigua casa de pastores.

Habría dicho uno de vosotros.

Después de unos bocadillos, los mayores se habrían puesto a componer un ramo de hojas de otoño por sugerencia pedagógica de su padre. Tú habrías alzado los ojos al cielo, respirando el aire cargado de distintos aromas, dejando que tu mirada subiese sin obstáculos hacia esa calma azul, tan relajante.

—Es verdad, necesitaba unas vacaciones.

François se sentía aliviado. A menudo se sentía culpable por no estar más presente en casa, él, que solo buscaba tu felicidad, decía. Porque seguía queriéndote, a su manera, sin ira ni variaciones, como correspondía a un hombre entregado por completo. Te quería más aún desde el nacimiento de la que llamaba mi princesita, que había hecho de él un padre de familia numerosa.

Habríais pasado varios días en esa casa rural, acostumbrándoos a los tintineos de las campanas de las ovejas que vuelven al establo; todo parecía tan tranquilo aquí, cada cosa en su sitio, el espantapájaros en el huerto, la escalera apoyada en un frutal, todo olía bien, los olores eran francos y naturales, un olor a lavanda, un olor a humo. En esos momentos, una forma de felicidad te parecía de nuevo accesible. No una felicidad extática, no, sino una felicidad en pequeñas dosis, más frágil, más modesta. Dejabas que tu marido te cogiera de la mano durante vuestros paseos. Si hubieses nacido en ese campo, tu vida habría sido de otro modo, pensabas en esos momentos. Tus desdichas no habrían sido tan ferozmente modernas. Sin duda, al no tener dónde escoger, habrías sido una mujer colmada, tierna con su marido y generosa con sus hijos, a imagen del anuncio donde una granjera rechoncha vierte leche sin fin en un caldero de cobre.

Al final del paseo, habrías tomado una limonada en la plaza del pueblo, los cinco juntos en la terraza, «los cinco juntos», como decíais en ese momento, tú mirando a tu pequeña tropa, cada miembro de tu familia rodeándote como una segunda piel. Eran tu seguro contra la soledad, François siempre había estado ahí. Le estabas casi agradecida por días como esos. Te miró con intensa ternura. Quieres decirle algo, algo amable, cuando tu mirada se siente atraída por una anciana señora sentada en un balcón encima de vosotros.

Habla con una vecina oculta por el ángulo de la casita. Oyes palabras como «estofado de liebre», «Renée», «en tiempos», «un poco de asado en un cuenco», pero lo único que alcanzas a ver del piso es un plato de loza en una pared decrepita. Te espanta esa voz, cascada en extremo, esa melena de un blanco intenso, una cara enteramente esculpida por las arrugas. Sin la bata de casa que lleva puesta no habrías podido atribuirle un sexo. Luego ves su mano, enorme, recorrida de venas azules prominentes, su mano que reposa en la barandilla del balcón, donde se engancha un cable de teléfono, negro, espeso

como un remordimiento. Sigues con los ojos ese cable que pasa de una casa a otra alrededor de la plaza, continuando su ronda hasta terminar prendido de la fachada de la cafetería donde tu familia está sentada, tú entre ellos, los ojos fijos en esa mano de anciana que adopta una forma monstruosa, casi arácnida, cuando los dedos se repliegan lentamente hacia la palma.

TERCERA PARTE

Es evidente que el hombre se caracteriza por la facultad de quedar
descontento.

JULES DE GAULTIER

I

Transcurrieron cinco años, la lavadora se había estropeado, ya no estaba en garantía. Por lo demás, todo seguía funcionando. La nevera, el congelador, la plancha, el aspirador, el ordenador, la consola, pronto una impresora, la cafetera eléctrica, la licuadora, el horno, dos televisores en color, los radiadores cuando llegaba el invierno; los objetos son sólidos hasta que dejan de funcionar y los sustituyes. Os sentabais en sillas abatibles, os alumbrabais con lámparas halógenas, os entreteníais con el molinillo de pimienta con batería solar. Fuera estaban el porche, las hierbas aromáticas, los árboles frutales, el fútbolín y, cómo no, la barbacoa. La belleza de vuestro jardín asombraba a los visitantes. El césped crecía fuerte y los bulbos de lirios regularmente plantados florecían cada primavera, todo un espectáculo que te granjeaba la admiración de los vecinos. Tu hijo, el primogénito, se había convertido en un guapo adolescente. Cuando te acompañaba al supermercado, lo veías alejarse entre las secciones en busca de rollos de cocina, por ejemplo, y volver hacia el carrito diciendo «misión cumplida». Cuando regresaba del instituto se iba derecho al frigorífico: «¡Me zamparía un buey!». Y luego se subía a jugar al ordenador. Nathalie se encerraba en su cuarto, mientras que Juliette, la pequeña, se quedaba pegada a tus piernas. Pero en cuanto hacía bueno se iban los tres a jugar al fútbolín a la terraza. Entonces le decías a François:

—¿Y si invitamos a algunos amigos?

Tu marido se encargaba del fuego, tú de la carne a la parrilla; pronto Xavier finalizará sus estudios de bachillerato, celebraréis su graduación un domingo de julio, tu anciana madre traerá su tarta de albaricoque, siempre la misma, soplaréis las velas, sacaréis fotos; la casa, tras numerosas pruebas, había consolidado los muros en torno a tu vida.

Tu cuadragésimo cumpleaños, sin embargo, no fue divertido. Ese día te comunicaron tu despido definitivo. Como Philippe había intuido, la fábrica del Revuelo no pudo coexistir mucho tiempo con la de Cergy, las carteras de pedidos estaban vacías, se decía que la crisis se estaba dejando sentir cada vez con más fuerza en los hogares. Con su sentido de la derrota y su gusto por el dinero, Marc Bédani cobró sus dividendos y se perdió en la naturaleza. Siguieron más despidos, también conocidos como «planes para la salvaguarda del empleo». Una mañana de 1994 te inscribiste en la Oficina Nacional de Empleo; pese a la benevolencia de los agentes, saliste de allí un poco humillada, un poco culpable. Pero como todo el mundo empezó a compadecerte, en lugar de lamentarte de tu suerte, te resultó más provechoso demostrar valor. Y lo conseguiste.

—¿De qué sirve lamentarse? Eso nunca ha servido para avanzar en nada. Hay que ver el lado positivo, y ese trabajo era un rollo.

—Mi mujer es una santa —decía François a sus amigos.

Cuando se cerró El Revuelo, apenas quedaban setenta empleados. Algunos no se resignaron, hubo cierta agitación, grafitis en los almacenes, el mayor de los cuales proclamaba aquí se cierra una fábrica que fabrica y cuyas letras finales (rica) fueron visibles durante mucho tiempo desde la carretera. El local acabó comprándolo una tienda de La Foir’Fouille, «todo a dos francos», pero no debía de ser un emplazamiento estratégico porque la tienda cerró unos años más tarde y hoy es una pista de karts.

Lo más angustioso para ti fueron las huelgas.

—Lo único que consiguen es añadir desorden a la confusión.

Tu hija te reprochaba que no lucharas, pero tú preferías tomarte las cosas con filosofía.

—¿De qué sirve lamentarse? Hay que mirar al futuro.

En la peluquería aceptaste teñirte el pelo.

Empieza así un período de combates, una oportunidad de poner a prueba la solidez de lo que había sido construido. La familia y la cuenta bancaria serán los cimientos sobre los que te apoyarás para reactivarte. A fin de cuentas, habías fundado una familia, a fin de cuentas, te habías apartado; el paro te desestabilizará menos de lo que habías creído; cumplidos los cuarenta, no

reaccionas del mismo modo ante las vicisitudes, el corazón ya roto sin duda por otras aflicciones. Y, además, había que llenar el carrito, vaciar la nevera. Juliette estaba en pleno crecimiento.

—¡Cómo zampa esta cría!

—Xavier, si sales esta noche te pido por favor que me avises por teléfono...

—Puedes ir al cine, Nathalie, pero no vuelvas tarde, no me gusta que vayas al centro, no me quedo tranquila.

Preferías tenerlos a tu alrededor. Cuando estabais juntos durante la cena, te sentías como una gallina clueca sobre sus huevos. Algunas familias se vieron afectadas, sus cuentas bancarias disminuyeron considerablemente, la situación no era fácil y François experimentó una gran ansiedad cuando vio peligrar su situación profesional. Se llevaban a cabo importantes fusiones en el sector de los seguros. Réserva, víctima de una OPA, vendió varias agencias, incluida la de François, al grupo AssuréVie. Se vio obligado a empezar de cero en otro barrio.

—¡Toma globalización!

Tu marido sufría más que tú al ver su estatus social debilitado. Notabas su ansiedad en la manera de cerrar la puerta al entrar, pasabais noches enteras discutiendo el presupuesto, contemplabais todos los escenarios posibles, incluso el de mudarse en caso de que no pudierais pagar el crédito hipotecario. François te tomaba entre sus brazos.

—Te mereces alguien mejor que yo.

—Saldremos de esta, estoy segura de que saldremos de esta.

Para liberar estrés salía a pedalear todos los fines de semana. Se iba con sus bermudas ceñidas en su bicicleta de carreras seguido por Fabien, un antiguo cliente con el que había entablado amistad. A la vuelta se tomaban una cerveza.

—¿Has ido al puerto de l'Échelle?

—Se le ponen a uno duros los gemelos, ¿eh?

—¡No tanto como en el Ventoux!

Afortunadamente, esos apuros no duraron más de un año. François logró imponerse en AssuréVie. Tú encontraste trabajo como ayudante administrativa en Coead, «the future goes ahead», una gigantesca empresa informática cuyos

locales se hallaban en la zona industrial d'Isle-d'Abeau. La llegada de esta multinacional había causado un gran revuelo en la zona, porque las autoridades locales vieron en ese fabricante de conectores coaxiales de hiperfrecuencia el pilar económico que tanta falta hacía en la nueva ciudad.

Te dieron un puesto subalterno. Nunca más ejercerías la clase de autoridad que ostentabas en tu pasillo del Revuelo. Pero te habituaste, incluso hallaste cierto placer en esa rendición. Tu despido, al poner fin a las «ambiciones profesionales» que Philippe había despertado en ti, te proporcionaba, aparte del descanso un punto cobarde que recompensa cualquier renuncia a una ambición más elevada o a una libertad entrevista, la secreta satisfacción de romper una vez más, motu proprio, con tu examante. Tenías otras retribuciones, como la de participar en una empresa que cotizaba en bolsa; tenías tiques para restaurantes. En la empresa era preciso tutearse, lo cual permitía, aseguraban, evitar el peso de la jerarquía. En resumen, no era un mal empleo «para los tiempos que corren».

—Lo que demuestra que quien busca trabajo, siempre lo encuentra.

—De todas formas, mi esposa ha estado genial.

—Tenemos unos hijos muy maduros, nos han apoyado mucho.

Así M. A. se sentía respaldada por una familia a la que tanto había dado, si no amor (¿quién puede saberlo?), por lo menos tiempo.

Pero una mañana, una llamada de teléfono pondrá fin a una jornada de trabajo. La voz de tu madre era irreconocible.

—Se trata de tu padre, tu pobre padre...

El viejo mecánico se había encontrado mal en su huerto, había subido a acostarse, había llamado. En unos minutos todo había terminado.

—No he podido hacer nada, no he podido hacer nada.

En el entierro se oyeron frases como «¡qué muerte tan brutal», «era joven aún», «el pobre ni siquiera tuvo tiempo para disfrutar de su jubilación». Cuelgas el auricular, vuelves junto a François y lloras sobre su hombro. Te enfrentabas de nuevo al carácter definitivo de la muerte. Ayer podías hablar con él, esa mañana ya no era posible. Todos esos años habías tenido un padre, y justo cuando al fin sentías ternura hacia él, de pronto dejabas de tenerlo.

No hay colofón en la vida. Únicamente esa misma mañana, mientras bajabas del dormitorio, en el momento en que tu madre volvía a sentarse, la

mirada perdida, esta frase:

—¿Sabes?, yo quería mucho a tu padre.

Tú también lo habías querido mucho. ¿Por qué no había ocupado más espacio en tu vida? Era un hombre demasiado discreto; morir era lo más descortés que había hecho nunca. Quisiste vestir de luto, organizar una ceremonia bonita, pero al día siguiente mismo había que acompañar a Juliette a una actividad al aire libre y a Nathalie a una competición deportiva. La casa de Terneyre no te pareció cambiada, seguía teniendo el mismo número de teléfono, era la voz de tu madre la que seguía contestando al otro lado de la línea. Te costó cierto tiempo perder la costumbre de preguntar al final «¿y papá, está bien?». ¡Llevabas tantos años haciéndolo cada vez que llamabas a tu madre! Tu padre y tú nunca hablabais si no era por mediación de ella, el hombre siempre fue la voz en segundo plano detrás del auricular. Y ahora estaba muerto. Se convertía en una persona singular. ¡Qué sensación tan rara! ¡Qué triste es perder a tu marido! Era un buen hombre. ¡Qué desgracia! Ves cómo bajan el ataúd. ¡Qué desgracia! Esta última exclamación, pronunciada por el vecino, hace aflorar un recuerdo.

Es un domingo tranquilo. Tu padre y tú estáis en el garaje. Habéis ido allí con la intención de reparar una pieza del molinillo de café. Tu padre se mete en faena silbando, utiliza una sierra para metales. Tú revoloteas a su alrededor con tu minifalda. De pronto, la herramienta se le resbala y en la siguiente imagen el dedo de tu padre apunta hacia abajo, su mano aprieta una muñeca cubierta de sangre. Te grita algo. En la secuencia siguiente vas corriendo hasta la casa, tu padre te ha dicho que avises enseguida a mamá; corres mientras ves todo el suelo del garaje rojo, corres muy deprisa. Al llegar a la calle des Sartes, ves a tu madre tendiendo la ropa; ves sus gestos, gestos habituales, los de un domingo soleado. Sabes que vas a romper algo con tu grito. Llamas a tu madre para que se dé la vuelta, su figura ya contraída por la inquietud, sueltas sin pensarlo:

—¡Le ha ocurrido una desgracia a papá!

Es una expresión sacada de los libros de cuentos: es un día apacible, cada cual se dedica a sus ocupaciones, cuando de pronto ocurre una catástrofe, es asesinado un hombre, se ha declarado la guerra, un accidente conmociona al mundo; entonces, en un torbellino trepidante, grandes acontecimientos

sumergen a los personajes en una realidad distinta donde toda tranquilidad es resquebrajada, donde los corazones laten con más fuerza, donde los días se llenan de aventuras, de desorden y de pasión. Mediante una serie de pruebas, el protagonista restablecerá la quietud inicial. El grupo sale reforzado, pues cada miembro ha comprendido ya el valor de esa felicidad, para siempre distinta de la anterior.

Y hoy eres tú quien anuncia la nueva:

—¡Le ha ocurrido una desgracia a papá!

Tu madre te acosa a preguntas. De repente dices, como si te repusieras de la impresión:

—¡Papá se ha cortado el dedo! ¡Papá se ha cortado el dedo!

El vecino, que estaba trabajando en el jardín, presencia la escena y os lleva en su coche hasta el taller; tú vas sentada detrás, asomando tu cara entre los dos adultos que te piden detalles; sientes que la atmósfera es particular, una atmósfera de gran día; querías que durase, pero cuando llegáis apenas tienes tiempo de vislumbrar a tu padre tumbado en el asiento de un camión. El vecino te dice:

—Tú quédate fuera.

Entonces, sin saber qué hacer, lloras. Más fuerte de lo que lloras hoy en ese cementerio. Lloras porque apenas tienes diez años y mucho miedo, pero también porque presientes que eso es lo que debes hacer en el escenario de un gran día.

En el fondo sabes de sobra que a tu padre no le sucede nada grave, que todo habrá terminado enseguida, pero intentas que perdure la sensación de lo excepcional exponiendo tus lágrimas a un público imaginario. Mañana, en el colegio, se lo contarás todo a tus compañeras; de momento, lloras delante del taller, sentada en un neumático, con la nítida sensación de estar viviendo un recuerdo, el recuerdo revivido hoy de que de verdad ha ocurrido una desgracia: la muerte del padre, reducido hoy a su triste realidad, el ataúd que acaba de ser enterrado en una tumba.

Más tarde, tus padres salieron del taller y volvisteis a casa. El médico le puso una venda.

—No podrá trabajar durante unos días, señora. Voy a firmarles un papel.

La cena de la noche es más tierna que de costumbre, sin duda. Pero cuando subes a acostarte, tu madre te interpela secamente:

—¡Espera un momento! ¿Sabes que no se puede decir eso?

—¿Decir qué?

—Sabes de sobra a qué me refiero.

Te mira y articula:

—Tu padre sólo se había cortado un dedo. ¡No debes asustar a la gente así como así!

Lo entiendes. Cuando pronuncias, embriagada, las palabras «le ha ocurrido una desgracia a papá», sabes que es una de las formas de anunciar la muerte de alguien. Pero te dejas llevar por la expresión, porque has tenido una infancia feliz, una infancia ordinaria;, así que para una vez que pasaba algo, ¿por qué no ibas a utilizarla?

Los domingos de barbacoa, Chloé, Fabien, Michelle y Clément iban en coche con una botella de vino. Todo el mundo se besaba, nada de formalidades, las madres removían las ensaladas, Jacques ayudaba a François a asar las salchichas, nadie vigilaba a los niños hasta que unos gritos interrumpieran vuestras conversaciones. Entonces un adulto se levantaba, se acercaba a aclarar una disputa y volvía a sentarse, intercambiando en sordina algunas frases con su cónyuge. Habláis de la educación de vuestros hijos.

—Está mucho más seguro de sí mismo que su hermano.

Celebráis así un nuevo contrato, un aniversario, una graduación, un bautizo, los setenta años de tu madre, todo terminaba en una barbacoa en el Cercado de los Narcisos. Unos años más y habréis conseguido devolver el préstamo; vuestros amigos, cuando vuelvan a casa por la noche en coche, dirán que formáis una pareja sólida en medio de tantos divorcios, ay, ay, ay. Habéis reanudado una actividad sexual mínima, de la cual no esperabas nada y que, en consecuencia, te deparaba menos frustración. Hiciera lo que hiciese tu marido, tanto de día como de noche, nada podía sorprenderte ya. La idea de que pudiera tener inquietudes profundas, gestos secretos en la sombra de una morada interior te era ajena, un tanto ridícula, escupía con demasiada frecuencia sus flemas en el lavabo. Ignorabas que François también había tenido sus dudas, sobre tu amor, sobre vosotros dos, que sufría con tus cambios de humor. Un día incluso le dijo a su madre:

—Mi mujer no siempre es fácil.

Varios años después de vuestro matrimonio, François comprendió que su

vida estaría para siempre ligada a la tuya; su vida, es decir, la calidad de su colchón, el destino de su coche, los alimentos que acabarían en su estómago, el cuerpo que abrazaría y luego abandonaría, todo serías tú, y de ese trato permanente no habían podido nacer tensiones duraderas ni alteridades estimulantes. Incluso aunque lo exasperases a menudo, François había terminado por acostumbrarse a ello. De todas formas, era demasiado viejo para avivar el deseo de otras mujeres. Con tu optimismo durante la época en la que pasó por dificultades laborales, te lo habías ganado definitivamente. Tú estabas tan acostumbrada a verlo aparecer a determinadas horas, como el cuco que sale del reloj, que te preocupabas si se retrasaba. La idea de que lo dejarais se había vuelto inconcebible. Vuestros amigos llevaban razón: era una relación sólida.

Ahora se pone el sol, el césped exhala un frescor que se agradece. Los niños han entrado a jugar a la Nintendo. Fuera, los adultos discuten sobre el permiso de conducir por puntos o la influencia de las imágenes violentas en el cerebro de los jóvenes telespectadores. Más tarde, otro amigo habla de la pérdida de su madre, ya mayor, y se oyen suspiros. Fumáis cigarros, os termináis la botella, y el blanco del PVC de la mesa del jardín, que de día se ve sucio, se suaviza de noche.

—Se está bien aquí, ¿no? —decía François.

Os reuníais así, en familia o entre amigos, en torno a esa mesa que te había dado tantas satisfacciones durante años, una mesa de jardín comprada en una gran superficie de bricolaje a unas rotondas de ahí. Otros domingos, François dejaba las herramientas encima de la mesa antes de untar los árboles con caldo bordelés. Tu madre seguía haciendo mermeladas todos los años. En esa foto, con fecha posterior al entierro de tu padre, toda la cosecha se ha dejado encima de la mesa, varias ensaladeras a rebosar de albaricoques, los tres niños, la abuela, François, todos sonrientes.

Ya ha caído la noche. Has pegado las etiquetas en los botes de mermelada, sales a sentarte un momento en la terraza, mirando el viento que sacude las sábanas en la cuerda de tender. François corta un junco con su navaja. Te preguntas si una mimosa al fondo, al lado del nogal, quedaría bonita, François te responde que sí, que una mimosa quedaría muy bien ahí. Y en tu recuerdo todas esas escenas se mezclan con imágenes más antiguas o más recientes; escenas casi idénticas donde la luz pasa de un lado a otro del césped; la ropa

blanca apenas recibe ya los últimos rayos de sol, de modo que la recoges lanzando una última mirada a tus lirios, de un violeta oscuro, que ciñen el jardín y el círculo familiar.

II

Hasta el extraño momento en que, pese a que todo iba bien, de repente M. A. ya no estaba presente entre nosotros. Su cuerpo seguía a nuestro lado en la mesa, su cabeza se inclinaba para escuchar a alguien, un mechón de pelo seguía cayendo sobre su frente lisa; pero se trataba de una renuncia lenta.

François observaba ese distanciamiento en la comida de Navidad.

—Estás rara últimamente, cariño.

Al salir de la oficina ya no te apresurabas por volver a casa. Podía verse cómo tu coche dejaba atrás la salida buena para circular un buen rato por la autovía, en busca de una emoción que no llegaba, que te hubiera dado la impresión de estar ahí, de estar viva. Observabas los automóviles que iban en dirección contraria y te preguntabas cómo sería la vida de las personas entrevistadas al volante. Cuando por fin subías a la Garotte, te entraban las ganas un poco locas de aparcar delante de otra casa que no fuera la tuya; imaginabas la escena, encontrabas a otro marido, otro dormitorio, otra situación.

Ahora estás en la cocina cortando tomates, sin escuchar lo que te cuenta François.

—Ya estás otra vez en la luna.

Vivías una experiencia extraña, la de no preocuparte de nada. En otros momentos, la nitidez de una visión te resultaba insostenible: en la cocina veías el tomate, y te preguntabas por qué era redondo, qué sería de la tabla de cortar dentro de tres mil años, por qué hablabais francés y no una lengua de signos, y demás preguntas incongruentes si las formulabas en voz alta. Dormías mal.

Ahora estás delante del televisor viendo un DVD. A tu lado, Juliette te cuenta una anécdota del colegio, pero se da por vencida.

—Parece que no te interesa lo que te digo, mamá.

—Perdona.

—Tranquila. No pasa nada.

Una tarde tomaste la ronda del aeropuerto de Satolas, te vieron deambular durante mucho rato, sin rumbo, en medio de la terminal de destinos intercontinentales. Llevabas encima tu bolso, tus documentos de identidad, te bastaba con pagar un billete con la tarjeta de crédito, podías partir en menos de una hora; en ese momento, que te quedaras o que te fueras había dejado de tener importancia. Una llamada telefónica de François para saber si hacía falta pan esa noche fue suficiente para devolverte a nuestro camino.

Volviste a la consulta del médico. Tu estado había empeorado. De noche te desvelabas empapada en sudor, con sacudidas nerviosas que terminaban en migrañas. François te insistió para que lo consultaras con un especialista: a cada dolor de cabeza tuyo se temía lo peor. Por no hablar de la inquietud fruto de la campaña televisiva de prevención de cáncer de pecho.

El médico te ausculta, te pregunta la edad y te dice:

—Ha tenido tres hijos, señora, ya es hora de que descanse un poco.

No te lo esperabas. La medicina habla de pausa, pero es casi una muerte. Escuchas al médico, vuelves a ir varias veces con análisis, te propone una cura de esto o de aquello, abres los ojos como platos. ¿Era preciso que te consideraran como una vieja cuando apenas tenías cuarenta y ocho años? Y, para empezar, ¿por qué no le pasaba a François ese final de fertilidad? El médico te dio consejos para personas mayores: hacer deporte, no exponerse al sol, comer soja, controlar la tiroides. Tenías ganas de insultarlo: él, con sus preciosos cabellos canos, ¿qué perdía al envejecer? No parecía sino más poderoso. Mientras que tú dejabas brutalmente de pertenecer al colectivo de las mujeres deseables; vas a engordar, te advierten. Habrías preferido caer enferma, que te operasen, ser leucémica; todo, en lugar de esa común decrepitud. Porque, al entrar en las conversaciones sobre estrógenos y hormonoterapia se terminaba el encanto de las enfermedades que remiten, del mismo modo que se apagaba la chispa en la mirada de los hombres y los hijos se iban a estudiar fuera. Estaba al desnudo, el vacío que se incubaba en ti. Entonces, ofendida por haber interpretado como una huida melancólica los signos premonitorios de un fenómeno hormonal, empezaste a quejarte con acritud. Refunfuñabas a todas horas. François pronto echó de menos tu humor

de antes, un poco lunático, que lo desconcertaba. A partir de ese momento, cuando entraba en casa, las quejas eran constantes.

—Mi jefe ha vuelto a hablarme mal, es horrible, ¡ya no lo soporto!

—Me pesan las piernas...

—La chimenea humea, ¿no puedes hacer nada?

—No me aclaro con las cuentas estas, estoy segura de que me han estafado en el banco.

Echabas la culpa a tu familia: era culpa de ellos si habías envejecido tan rápido, era porque no habían sabido descubrir el secreto que había en ti. Tu vida habría sido distinta si te hubieras casado con otro hombre, si tus hijos no te hubieran exigido (incluso hoy) tantas atenciones. No fue buena idea lanzarse a ciegas con el tercer embarazo, habría sido mejor seguir a Philippe, pensabas por momentos. Fuiste tan tonta que te casaste con el primer hombre que te dijo «¡qué guapa eres!»; cuando, un día de mucho viento en una ciudad grande, un elegante diplomático se habría fijado en ti, en ti, y te habría llevado con él; bajo los fastos de la República te habrían encontrado ataviada con un vestido ajustado, poderosa embajadora rodeada de periodistas serviles y de bombones Ferrero. Pero no, por el contrario, te quedabas gruñendo delante de esa chimenea mal deshollinada, padeciendo el hinchamiento de las venas safenas —por no hablar de las raíces del árbol que despegaban las losas del jardín.

—La vida ya no tiene nada bueno que ofrecerme.

—Me arrastro, me arrastro.

Chloé respondía:

—Hay que ver lo negativa que estás. ¡Espabila! ¡Que no somos tan viejas!

Por mucho que lucharas, que compraras cremas antiedad, que fueras más a la peluquería, nadaras, salieras de viaje, ese triste letargo te embargaba siempre, desagradable y tenaz como un olor de nevera del que nunca llegas a desprenderte. Después del trabajo, te veías haciendo las compras, sola en el hipermercado, pasando por delante de algunas secciones sin detenerte, dejando la cesta frente a la caja, haciendo siempre los mismos gestos; al llegar al Sendero de los Pinos, cerrar el coche, buscar las llaves, abrir la puerta del chalé.

Con frecuencia la casa estaba vacía. François trabajaba, Juliette estaba en el colegio. Los dos mayores no vivían con vosotros desde el comienzo de curso. La única distracción consistía en hacer una llamada telefónica a tu

madre, pero cada vez estaba más sorda. Le prometías que irías a verla al día siguiente, precisamente habías comprado algunas cosas para ella. Al colgar te asalta una sensación de angustia. Rápido, hay que salir de aquí.

Te pones la chaqueta; vas a dar un paseo por el barrio.

Al salir de casa bordeas el muro naranja chillón del vecino, reconocible de lejos; lo sigues durante quince metros, dejando a tu derecha el portillo de hierro negro de la entrada peatonal, luego una puerta de garaje blanca, luego un portal de hierro forjado, un seto de tuyas, un murete coronado por una fila de tejas donde hay un contador de electricidad empotrado. En el extremo de la calle hay un cruce. Un vehículo aparca, un vehículo arranca, un vehículo pasa. Buscas algo para distraer tu atención, otra cosa a la que enganchar la mirada, distinta de la variación de vallas y del trajín de automóviles, algo que disipe esa angustia. Un 44 tuerce a la izquierda, el portal es amarillo ahora, el muro sobre el que se apoya mide dos metros de alto, en el suelo hay restos de alquitrán de obras viarias recientes. Es el único trayecto de paseo que conoces, el que lleva a la residencia de ancianos y vuelve. Los antiguos campos que rodeaban la casa han sido urbanizados; unos kilómetros más allá, en la nueva zona franca, se extienden naves de chapa, de sanitarios, calefacción, «climatización industrial» y otras «carpinterías profesionales». En el barrio residencial, los mismos garajes de puerta blanca, los mismos revoques claros, las mismas papeleras de la comunidad urbana, el aparcamiento vacío con manchas de aceite en el suelo.

Aprietas el paso para disipar tu nerviosismo, ves una señal de stop, un murete con una reja, un interfono, una pared. Esas caminatas no son más que eso, bordear una valla, caminar por una acera vacía, apartarte cuando hay un coche aparcado, la angustia vuelve, desearías correr, pero en vez de eso caminas más deprisa con la esperanza de expulsar esas ansias de gritar que te persiguen desde que ha empezado el día. Hay un coche que gira, hay un coche que sigue en línea recta. Has llegado a la parada del autobús número tres, como indican los zigzags amarillos de la calzada, hay un cartel publicitario, una cara sonríe y muestra un dentífrico. Llegas al cruce que conduce a la Residencia de las Lilas, el paso de peatones es aquí más largo. Hay plazas de aparcamiento azules para minusválidos, rampas para personas con movilidad reducida, parterres; pasas por delante de esa casa subiéndote el cuello.

Ningún horizonte, ningún animal, apenas el canto de los pájaros.

Una mujer avanza a pasitos en tu dirección, sin duda una residente del hogar de ancianos. Va vestida con una falda marrón y un gorro sucio con la palabra *fun* escrita en letras amarillas. La fealdad de su ropa te resulta desagradable. Como la acera es demasiado estrecha para las dos, bajas a la calzada, constatando entonces que la anciana habla sola. Ese encuentro ha provocado en ti ganas de volver a casa; estarías mejor delante de la chimenea, porque hace mucho frío. Tamborileas con los dedos sobre el móvil, François te responde con un mensaje de texto, el paseo ha terminado por distraerte, en todo caso por fatigarte. En un espejo colgado en un poste —de esos que ayudan a maniobrar a los conductores— percibes tu reflejo y apartas la cara.

—Me veo horrible en estos momentos.

—Pues yo te veo siempre guapa, cariño.

—Tú, tú, tú... ¡tú no cuentas!

Después de un portal blanco, un seto de coníferas, una señal que indica la presencia de dos pasos elevados, el sol se desparrama de golpe sobre la calzada. Alzas los ojos. A lo lejos, el tanque de agua de Empan permanece inmóvil en medio de árboles no talados. Desvías los ojos hacia un aparcamiento donde hay varios coches estacionados: uno gris, uno azul metalizado, uno gris oscuro, uno negro, uno azul, uno negro, uno gris metalizado, uno blanco y uno gris claro. En la carretera, varias manchas de betún, gris, gris oscuro, negro oscuro, que recuerdan distintas obras viarias, cables, alcantarillado, electricidad. Volviendo sobre tus pasos te fijas en la central eléctrica: no entrar - peligro de muerte. ¿Y si te suicidas? Es más sencillo que subir a un avión (pero no estás tan desesperada, solo te sientes constantemente humillada, como una víctima que busca compensación de una injusticia innumerable). Ves un portillo beis recién pintado, bambús delante de un chalé grande y bonito.

—Nuestra casa no se parece a nada. Envejece mal.

—No exageres, se está muy a gusto. Tú misma lo decías la semana pasada.

La semana pasada, la semana siguiente, ¿así es como será todo siempre? Siempre ese coche aparcado, siempre esa puerta de garaje, esa parcela cubierta de césped, esos geranios rojos y ese buzón empotrado, siempre esa papelera gris, esa farola, esa acera, ese murete, esa tapa de alcantarilla, ese portillo, siempre ese garaje, esa pared de aquí, esa pared de allá, esa señal cercado de los narcisos y siempre ese muro naranja que bordeas durante

quince metros antes de volver a tu casa.

Un día en que sepultabas a Chloé bajo el peso de tus constantes quejas, tu amiga te aconsejó por enésima vez que fueras a ver a su acupuntora. Era una mujer absolutamente extraordinaria. Te pinchó con agujas y te masajéó con las manos. Tu falta de vitalidad se debía a una insuficiencia del bazo. «Con tonificar el meridiano durante varias sesiones, mejorará, no tiene de qué preocuparse, señora, yo la encuentro físicamente en forma.»

Recuperas la sonrisa durante unos días. En la sala de espera, un día viste un anuncio de cursos de yoga: «¿Buscas la paz interior? Ven al Club del Acuario». La expresión *paz interior* resuena extrañamente en ti. Lo contrario de la paz es la guerra y, desde hace meses, sientes que debes batirte sin cesar: contra la vejez, contra la falta de autoestima o simplemente contra las ganas de no ir a trabajar. La terapeuta interrumpe tus reflexiones al abrir la puerta. Es una mujer más bien mayor, más bien fea, con unos honorarios más bien elevados. Le pides detalles sobre el club de yoga.

—Muchos pacientes están encantados. Son gente seria.

La tienda se encontraba en un suburbio de Chambéry, donde había mucho sitio para aparcar. Una campanilla tintinea cuando empujas la puerta. Dos hombres que están de pie cerca de la caja se callan un instante y, tras un corto saludo, reanudan su conversación. Recorres las estanterías, a reventar de libros de astrología, cartomancia, psicología, desarrollo personal. Cerca de la caja, un panel de corcho, donde han colgado con chinchetas las diversas actividades del club. Los cursos de yoga se imparten en la primera planta todos los miércoles por la tarde, la primera sesión es gratuita, todo el mundo es bienvenido. El hombre con pinta de ser el propietario (Thomas, como descubrirás más adelante) está solo ahora. Le pides más información. Te confirma que la primera sesión es gratuita, sí; de hecho, el curso empieza dentro de media hora. Pero no te apetece ir sola. Le pides a Chloé que te acompañe. Os tomáis un café en su casa y, después de ponerlos al día de vuestras cosas (trabajo, niños, compras, marido), vuelves con la cantinela de tus quejas. La vida es dura. Todo te saca de quicio. Pese a las agujas que la acupuntora ha clavado en tu piel, te sientes vieja, vieja, vieja. No es posible seguir así. El yoga seguramente es muy beneficioso. Chloé aprueba la idea, pero no quiere unirse a ti, personalmente no le gusta el ejercicio físico; de

hecho, es tan flexible como una tabla de cortar el pan. Insistes. No quieres ir sin ella. Vuelve a negarse:

—Pero yo alucino, ¡cualquiera diría que tienes miedo!

Terminas por emitir un pequeño «sí» y, contra todo pronóstico, te echas a llorar. Tu cuerpo es sacudido por fuertes sollozos que no logras contener. Quieres reponerte, tratas incluso de reír —no es nada, nada en absoluto— pero las lágrimas se liberan sobre tu rostro, desordenadas.

La escena duró mucho tiempo. Chloé te había cogido la mano y aguardaba. Por fin, cuando te calmas un poco:

—Siento mucho decirte esto, pero no hay duda de que tienes una depresión. No parece muy grave, pero hay que tratarte.

Fue como una revelación. Todas las señales se tornaron legibles de golpe: la melancolía, las pulsiones suicidas, la pesadez de vivir, todo se fundía en una palabra: ¡depresión! Nunca lo habías pensado. Pero ya lo estás rebatiendo. No, no, eso es una enfermedad reservada a personas que han perdido el rumbo de su existencia, tú solo estás pasando por una mala racha debido a la menopausia, es más, todo va estupendamente en tu vida. De acuerdo, en esos momentos cualquier cosa te disgusta, pero tienes trabajo, un sueldo, tus hijos sacan adelante sus estudios, no tienes problemas gordos, dices a Chloé olvidando que desde hace meses la frías a quejas. Ella insiste: los episodios depresivos a menudo aparecen cuando lo más difícil ha pasado.

Intrigada, se lo comentas a François por la noche. Contrariamente a tus temores, tu marido no se burla. Se limita a decir, con su expresión de eficiencia:

—Si quieres salir de dudas, pide cita con un médico y que te dé su opinión.

Un escalofrío de duda te invade. Preguntas a François si te encuentra cambiada en los últimos tiempos. Sí, a veces te ponías un poco agresiva y eso lo entristecía. Entonces, por primera vez en años, le pides disculpas.

Raspaba el flan con caramelo en su plato del postre.

—No quiero que seas infeliz, eso es todo.

Estas palabras te rondan en la cabeza: *infeliz, depresiva...* Quizá deberías considerarlo. Dos días después te atreves a pedirle a la acupuntora «la dirección de un psicólogo».

—¿Psicoanalista o psicoterapeuta?

El rubor te enciende las mejillas.

—Si no necesita que le reembolsen todo el dinero, le aconsejo que empiece por un psicoterapeuta.

Te dio el nombre de Luc Cassale. Tenía una voz dulce por teléfono. Decirle «no me encuentro bien en este momento, me han dado su nombre» basta para que escribas una nota en el calendario dos semanas más tarde. La consulta de Cassale se encontraba en la calle 4 de Septiembre de Valvoisin. Vuestra primera cita transcurrió bien y fue el inicio de una larga serie.

Llegabas con cinco minutos de antelación. Cassale te hacía esperar un cuarto de hora. El paciente anterior salía por la puerta del otro extremo del pasillo, se oían voces, pasos que se acercaban. El médico te daba un apretón de manos mirando un poco por encima de tu cabello, lo seguías hasta su consulta, te hacía sentarte en una butaca demasiado alejada de él para tu gusto, escudriñabas las estanterías hasta que cogía un dossier entre los numerosos papeles de su mesa, extraías un pañuelo de la caja de cartón, te secabas el sudor de las manos, te estirabas un poco la falda, tosías. Cassale levantaba la cabeza, te miraba por fin a los ojos. Había un silencio y luego hablabas.

Unas veces decidías aclarar algo en concreto; volver sobre el malestar que te había acompañado toda la semana, analizar un cabreo; otras, salían de tu boca frases imprevistas. Estas frases te servían de guía, según lo que hubieses descubierto en Google (tecleando «¿qué le cuentas a tu psicólogo?») habías aterrizado en multitud de foros donde te habías entretenido horas). Continuabas, una frase llevaba a otra y acababas diciendo un montón de cosas. Resultaba algo perturbador descubrir todas las cosas que se pueden decir de uno mismo. En adelante dirás menos, algo asustada por lo que descubrirías, te callabas durante largos minutos a la espera de una reacción. Pero Cassale era hombre de pocas palabras. Durante el primer mes su actitud te desconcertó, habrías deseado que lo entendiera todo, enseguida, que te pusiera en el camino de la paz interior. No era su función, decía. El paciente es quien debe hacer su propio trabajo. Otros días, un simple comentario por su parte abriría un camino subterráneo, obligándote a detenerte unos instantes en un bar del barrio.

Gracias a esas sesiones redescubriste Valvoisin. Hacía tiempo que no ibas por allí. Hay que decir que, para las compras, te las arreglabas muy bien con

los comercios de Empan, Chambéry y sobre todo con el hipermercado de la carretera nacional. Todos los lunes aparcabas, como por atavismo, en la misma zona de estacionamiento que utilizaba tu padre las raras veces que subíais a la ciudad. No había cambiado mucho desde entonces. Se notaban, sin duda, las huellas de una voluntad urbanística que databa de los años setenta; la estación, por ejemplo, ya no era un punto de referencia para los paseantes y los antiguos grandes almacenes habían sido demolidos para que la nacional pudiera penetrar en el «tejido urbano», pero por lo demás encontrabas el ambiente de dejadez melancólica y perezosa de tu juventud. Pocas empresas se habían instalado en Valvoisin, que solo vivía ya gracias a los colegios y las administraciones; se veía también un buen número de placas de «enfermeras diplomadas» en las calles del tradicional barrio peatonal enlosado de malva y ocupado por tiendas tipo Camaïeu, Body Shop, panadería Paul o Monoprix. Pero no debía de ser desagradable vivir aquí. La baguete de pan y el sector inmobiliario eran menos caros que en Lyon y sobre la cabeza de las mujeres los tintes para el cabello, erráticos, seguían pese a todo la moda.

Unos años antes, un pastelero del centro había inventado un pastel compuesto de dos galletas entre las cuales se extendía una crema de nueces. El artesano llamó a su pastelería Le Bourmoix de Valvoisin y vendió cantidades enormes a los veraneantes. Alertada, la ciudad se adueñó del bendito barquillo para transformarlo en un reclamo turístico. Un apasionado de la historia local desempolvó oportunamente en los archivos el episodio del rey Luis, que, a punto de partir a la guerra en Italia y detenido por un violento temporal, pidió una colación a los burgueses de la época. Y Luis IX se zampó el pastel sonriendo de placer, como muestra todavía hoy la etiqueta autoadhesiva creada por la dirección de comunicación municipal para cerrar las bolsitas de galletas grises.

Cerca del edificio de Cassale había un bar donde jubilados y beneficiarios de la Cotorep² iban a beberse la pensión. Después de varias sesiones, ibas allí a mezclarte con la clientela. Todos se increpaban con familiaridad, comentaban los últimos debates políticos televisados, bebían cerveza, leían *Le Dauphiné*. El periódico local, entre dos promociones de carne picada para una docena de hamburguesas al precio de seis, refería los sucesos de la vida en Valvoisin. Y uno tenía la impresión de que nada nuevo podía suceder aquí, nada espectacular o peligroso que no fuera, por medio de las conversaciones

en esos bares o en la cola de la panadería, engullido, digerido y finalmente devuelto a su justa banalidad.

En la consulta de Cassale te esperaba una butaca. Esa hora era tuya, pagabas a alguien, estaba obligado a escucharte, lo vivías como un regalo, «un momento de intimidad con usted misma», había dicho el doctor. Al principio, no obstante, estuviste a punto de renunciar. Te costaba caro y ciertos días te sentías angustiada al salir. Una vez te oíste decir «no me quiero mucho» cuando sucedía todo lo contrario. Eso sin contar que solías hablar mal de tu marido, lo que te dejaba en una posición incómoda de vuelta a casa. Pero ese «trabajo sobre ti» fue bueno en términos generales. François te animaba a continuar.

—Me aporta mucho, incluso aunque no siempre es fácil.

Confesabas a Chloé con expresión conspiradora.

El doctor Luc Cassale tenía el buen gusto de prescribirte serotonina y Lysanxia. Te gustaba ir a la farmacia con sus recetas de firma indescifrable, sin ellas ciertamente no habrías prestado el mismo crédito a su autoridad. Al contemplarlo insondable en su butaca, te decías que, ¡ay!, Cassale no debía de encontrarte muy interesante. Otras mujeres se sentarían frente a él, jóvenes histéricas violadas por el padre y maltratadas por la madre, huérfanas o paranoicas esquizoides, imposible rivalizar con ellas. Tus padres, los pobres, habían sido tan buenos. Entonces forzabas el rasgo, especulabas sobre la vida de tu madre; querías enternecerle. En vez de rebuscar en lo más hondo de ti para intentar esclarecer las poderosas tinieblas que te habían empujado a ir a sentarte en esa butaca en edad menopáusica, ejercías tu inteligencia con el deseo de que todo lo que decías sonase espiritual o conmovedor; una semana buscabas apiadarlo, otra hacerlo reír, de tal suerte que, a medida que las sesiones avanzaban, más que darle acceso a tu fuero interno (pero ¿es solamente posible?), presentabas a Cassale una imagen embellecida y erosionada de ti misma; como esos traductores que, por coacción editorial o por buena voluntad, suprimen del texto original uno, dos, tres, y todos los fragmentos difíciles, haciendo desaparecer así la gracia de la puntuación, sacando en suma las espinas a los cactus literarios para no entregar a los lectores sino un producto digerible, grato y nada nocivo; de tal suerte que, ante esa falsificación de ti misma, Cassale no podía ayudarte en serio.

Un día en que el psicoterapeuta te decía que respiraras profundamente si te daban sofocos, le preguntaste qué opinaba del yoga.

—Sí, yoga, por qué no.

Dijo.

Esta frase te infundió valor para volver al Club del Acuario. El hombre de la coleta te reconoció y te indicó la pequeña escalera, que desembocaba en una sala muy iluminada con esterillas de espuma en la entrada. Cada cual debía coger una y desenrollarla a sus pies. Casi todos los participantes eran mujeres, dos parecían seguir aún en la vida activa, ninguna llevaba vestido de flores como habías imaginado.

Primero hacéis estiramientos. La profesora, por quien sientes una simpatía inmediata, se llama Niréna. Te enseña que *yoga* significa «unión»; que la respiración consciente, la inspiración y la espiración, aporta claridad mental, equilibra los dos hemisferios cerebrales y genera una sensación de paz interior que favorece una mayor confianza en ti. Ante las palabras *paz interior* agudizas el oído. El cuerpo forma un todo, lo que experimentamos en nuestro interior modifica la realidad exterior; como es una clase de iniciación para los nuevos alumnos, aprendemos el «saludo al Sol». Hay que juntar las manos, dirigir las al cielo, llevarlas a la altura de los tobillos mientras espiramos, estirar una pierna hacia atrás sin dejar de tender los brazos como para atrapar el horizonte, subir las nalgas formando un acento circunflejo con el cuerpo, pegar el pecho al suelo como si quisiéramos convertirnos en raíz, levantar la parte superior del cuerpo e inspirar prolongadamente; luego, ejecutar todos estos movimientos en sentido inverso.

Niréna pasa un momento por tu lado para corregirte la postura. Te gusta su presencia. Te encuentra flexible para tu edad. Y ya está, se acabó por hoy.

—A aquellos y aquellas que les apetezca, pueden quedarse para compartir un té.

Niréna recuerda las reglas del juego: todos se tutean y nadie habla del trabajo. El té, con sabor a canela y cardamomo, se llama *yinyantea*. Llega el turno de los nombres de pila, todas esas mujeres hablan por los codos. Te preguntan si ya has ido a caminar por el desierto, eso abre los chakras, te hablan del método Enelph, de las constelaciones familiares, de la energía Kundalini y de la liberación de la voz; una anciana de larga melena te propone

echarte las cartas, la tal Caroline sostiene que el tarot no se puede comparar con un buen médium. Abres los ojos como platos cuando Sylvie dice que todo eso son tonterías y que vais a espantar a la nueva. Todo el mundo se echa a reír. Les hablas entonces de tu acupuntora, de la vez que fuiste a ver a una vidente, en resumidas cuentas tienes un sitio en ese pequeño grupo. Fuera, Françoise te dice que es la directora de una empresa; Caroline, que ha tenido cuatro hijos. Te haces miembro del Club del Acuario a la semana siguiente, lo que también te da acceso a la biblioteca.

Thomas, el propietario, y su compañera Sylvie eran grandes lectores de libros de Christophe André, Boris Cyrulnik y Krisnamurti. Niréna te aconsejó además las obras de Jocelyne Roy y Jacques Salomé. Títulos como *La angustia superada*, *La crisis del medio de vida*, *¿Qué le pasa a mi persona?*, *Autoanalizarse (Para mujeres)*, *La felicidad es una competencia que se trabaja*, *Realízate*, *Expresa tu ira*, *Perdonarse*, *¿Por qué me cuesta sonreír?*, *Encarrílate*, *Los diez secretos del optimismo*, *Soltarse*, *El amor ante la prueba del tiempo*, *Hablemos... antes de que sea demasiado tarde*, *Amarse simplemente*, *A la escucha de tu murmullo*, *¡Sí, soy bella!* Los autores contaban su trayectoria personal o la de sus pacientes en largos testimonios; acompañaban a los diálogos cifras alarmantes sobre el deshielo; gráficos según los dos ejes «poderes de vida / poderes de muerte». Había que seguir los círculos virtuosos, recordar las heridas de la infancia porque es a partir de entonces cuando la membrana del yo se endurece. Unas páginas más allá, unos soles representaban el «yo en la sombra» frente al «yo en la luz». No eran lecturas difíciles. En *Ser feliz es algo que se aprende*, leíste: «La felicidad es como el diente de león: sus raíces profundas se implantan en el corazón mismo del humus del ser vivo. Con su regusto un poco astringente, sus hojas son comestibles, preparan nuestro paladar para otros placeres. Dejaos invadir por ella porque, como todos saben, su generosa flor siembra a los cuatro vientos». Leíste mucho y bebiste mucho té.

Pero hay que decirlo: tensar el tobillo hacia abajo para abrir el plexo solar a la larga termina siendo un poco engorroso, sobre todo porque tus lecturas despertaban tu gusto por el esoterismo. Habrías querido iniciarte en la francmasonería, invocar a los espíritus, por lo menos hacer oscilar los péndulos, pero al parecer no habías caído en las buenas redes porque nadie te propuso otra cosa que no fueran cursos de cerámica para «sanarse por la

tierra».

En casa, sacabas partido de tu condición de depresiva que tu entorno, como tú misma, había terminado por otorgarte. Lo cual te permitía decir:

—Me da igual, todo me da igual.

—¿Y si vamos a tomarnos un helado para cenar?

Y te pasaban por alto más o menos todos los caprichos.

Sin embargo, un día en que François echaba cuentas con ayuda del software *Money (for PC)*, te pone al corriente de que, entre la inscripción anual al club, el yoga, las dos sesiones mensuales de acupuntura y tus citas con Cassale, la línea «M. A. - personal» ascendía a casi 350 euros en marzo. Le preguntaste con humor si eso suponía un problema.

—Pues claro que no, cielo, lo digo solo para que lo sepas.

Para empezar, François te parece mezquino, encerrado en una visión estrecha de su ser chákrico. Pero su comentario llega cuando tenías que matricularte en el curso de yoga de Semana Santa. Se iba a celebrar en un monasterio de la Chartreuse. La idea de dormir tres noches en un camastro en medio del bosque, sin televisión, te daba miedo y al final renuncias al curso, que terminará en drama. A Thomas y Sylvie no les habían anunciado la visita de Michel Colombier, el gran maestro del surya-yoga. Niréna quiso dar una sorpresa a las participantes y te contará esa visita como un triunfo. Todas las cursillistas se habían alegrado. Pero a Thomas y a Sylvie no les gustaba Colombier. Preferían a Janisselle, que practicaba el Iyengar-yoga, te precisa Sylvie que, por su parte, describirá la misma escena como un golpe de Estado: Colombier siempre había tratado a Janisselle de charlatán porque no era un vegetariano integral.

No llegabas a comprender los detalles del conflicto, pero enseguida Thomas arranca los carteles del curso de Niréna. El té no había tenido tiempo de reposar y ya todo el mundo había vuelto a su coche. Cassale, que parecía desaprobarte tus incursiones cada vez más frecuentes en el Club del Acuario, se ríe de lo que le cuentas.

—Sabe, las decisiones que usted toma en su vida no dependen de estiramientos gimnásticos.

Este comentario te caló hondo y decides no renovar tu inscripción. En el fondo, ya habías aprendido mucho, por la mañana practicabas el saludo al Sol, podías hablar de una amiga y afirmar que no había hecho su resiliencia.

Habías aprendido incluso a preparar *yinyangtea* para tus reuniones con Chloé, salvo que le echabas más canela.

—Cuando lo piensas, ¡tus amigos del Acuario no solo fumaban té!

Os reís. La serotonina y las hormonas de sustitución surtían efecto y te sentías mejor. Ya no te asustaba entrar en una casa vacía. Y, sin embargo, Juliette acababa de irse también a estudiar a Lyon.

—No hay que abandonarse, la vida no ha terminado.

—¡Ay! Te prefiero así, amiga mía.

Seguías yendo a las sesiones con Cassale. Había algo intrigante en su consulta. A la derecha del ancho escritorio, sobre un pequeño estante acristalado, yacían docenas de estatuillas de tortugas: pequeñas y grandes, graciosas y sobrias, tortugas de madera, de tela, de hierro, de concha, dormidas, risueñas, meditabundas, de oro o de imitación. Te fascinaban: ¿es la tortuga un tótem de psiquiatra? Imaginabas a Cassale buscando modelos originales en los anticuarios. Pero puede que los pacientes, antes de dejarle, le regalasen una estatuilla en reconocimiento del trabajo realizado. Habían llegado a esa consulta claustrofóbicos y politraumatizados, y salían serenos, esos misteriosos pacientes con los que nunca te cruzabas; y dejaban como recuerdo de su paso por esa butaca una tortuga que simbolizaba su antigua enfermedad. Te escuchaban todas en silencio, sus cortas patas con garras sujetas a una placa de cristal. Pero es que había curado a personas, te decías, y lo admirabas aún más.

III

A la entrada de Grenoble se había construido un enorme centro comercial llamado El Gran Puente. Se extendía sobre cuarenta mil metros cuadrados. Ir de compras a ese lugar pasó a ser uno de tus placeres del fin de semana.

La compra es una experiencia común de la época. Consiste en acercarse a una de las tiendas, un sensor de movimiento detecta tu presencia y los dos batientes de una puerta acristalada se apartan para dejarte pasar. En casos improbables, en voz baja y sosegada, unos vigilantes te piden que abras el bolso, pero esos hombres (por lo general son negros y musculosos) suelen guardar silencio mientras observan las idas y venidas de los clientes. Ya en la tienda te diriges hacia el lugar donde piensas que vas a encontrar el objeto deseado. Examinas los distintos productos expuestos, en un arrebato coges uno. Puedes probártelo en los probadores si se trata de una prenda. Cuando decides comprarlo, te lo quedas, metiéndolo eventualmente en un carrito. El acto de la compra está condicionado por el presupuesto del que uno dispone, la correspondencia del producto real con las palabras oídas al respecto, pero también por su tamaño, su solidez, su marca y el tiempo que podemos dedicar a las compras de ese tipo. Ese gesto se repite en reiteradas ocasiones. En ciertas tiendas pides ayuda a un empleado reconocible por su placa de identificación o por su chaleco. Conviene abordar a esa persona con un «buenos días» antes de preguntarle nada, pero la mayoría de las veces decides por ti mismo. Cuando tu carrito está lleno, viene el paso por caja. La señora (por lo general es una señora) usa un lector de láser para escanear el código de barras de cada producto, maniobra que emite una serie de breves bips sonoros característicos. Si el bip no se emite, la cajera se detiene y llama a un empleado de rango superior al cual dirá algo así como «no lo entiendo, no me lo quiere coger». Entonces su caja informatizada calcula la cantidad a pagar.

La mujer repite la cantidad con una fórmula de cortesía. Pagas con tu tarjeta bancaria. La señora dirá «adiós y gracias», tú cogerás la bolsa de plástico con el logo de la tienda impreso y volverás a salir por la misma puerta acristalada.

Hechas esas compras llegas a tu coche, que está aparcado en el aparcamiento cercano. Después de tanto tiempo transcurrido en grandes espacios poblados, cuando te sientas al volante te invade una dulce sensación de intimidad. Calculas mentalmente todo lo que has gastado, a menudo un poco más de la cuenta, intercambias unas palabras con la persona sentada a tu derecha, comentarios sobre la hora que es o sobre un producto que no habéis encontrado, pero eso es raro. En el Gran Puente hay de todo.

Luego arrancas. Circulas. Habían construido rotondas nuevas entre Empan y Terneyre. Es cierto que el tráfico solía ser penoso.

—Qué barbaridad de coches... ¿Qué está pasando hoy? Aparcan de cualquier manera.

—Habrá un bautizo. Siempre se forman embotellamientos cuando hay uno.

—Tendría que haber tirado por el cementerio.

Ibas a buscar a tu madre para llevártela a comer a casa. Era el fin de semana del 8 de mayo o de Pentecostés, los niños volvían para quedarse dos días. Veías llegar a Xavier al volante de su coche y te parecía que era ayer cuando lo atabas en la sillita del bebé... Tu cara se iluminaba cuando uno de ellos te enviaba un mensaje para decirte que pensaba «bajar» a veros el viernes por la noche. Ventilabas sus habitaciones en el piso de arriba, preparabas su tarta favorita, François ponía uno, dos o tres platos de más en el hule, tú ibas a esperarlos a la estación. Cuando los veías salir del tren, tan mayores, tan adultos, no podías contener las preguntas:

—¿No tienes frío?

—¡Has adelgazado!

—Pero ¿qué pintas llevas? Me avergüenzas así vestida.

Y los estrechabas entre tus brazos, en busca de ese momento privilegiado en que tus labios rozaban todavía sus mejillas. Ellos te decían que ese jersey era lo que estaba de moda, que tenían hambre, que estaban «reventaos», te contaban sus primeras prácticas o la última peli. Al cabo de una hora, las cabezas de nuevo inclinada sobre sus móviles, tenías que llamarlos desde el pie de la escalera:

—¡A la mesa!

No entendías sus conversaciones.

—Oye, tienes un mazo de amigos en Facebook.

—Ciento veinte, creo, y eso que no digo que sí a todos...

—Pues tu muro tampoco se queda quieto.

—Bueno, son fotos etiquetadas sobre todo.

Intentáis volver a la conversación. A François, por ejemplo, le inquietaba su futuro:

—Y ese cursillo, ¿te vendrá bien para tu currículum?

Contestaban que sus currículos eran ya óptimos, que hoy en día hacía falta una red, que ya no eran unos críos, que no había que preocuparse por ellos. «Nos dejamos el coche el fin de semana que viene, vamos a casa de unos amigos.» Al fin y al cabo, lo importante era que comiesen bien, que durante esas comidas dijeran:

—Esto está de muerte.

Por la tarde te pedían una receta, un botón, un dobladillo; se lo dabas, se lo hacías, contenta de ser útil en sus vidas que transcurrían lejos de ti. De noche tomaban de nuevo el tren. Caía sobre la casa un silencio brutal, cambiabas las sábanas y volvías a cerrar la puerta de sus habitaciones. Al menos, haber engendrado tres hijos te permitía recibir sus visitas regularmente; sobre todo después de tu depresión ponían interés en darte noticias tuyas, te animaban a salir.

Salir, te decía Cassale. Salir, te decían tus hijos. Y los jóvenes, sacando la cabeza de sus frenéticos intercambios de textos, desplegaban la mesa de pimpón. Se ponían a dar vueltas alrededor, riendo, evocando recuerdos de infancia como si ya fueran viejos. Concluía la comida. Sentías pena pensando en el momento en que habrías de llevarlos a la estación. François ya cargaba sus maletas en el maletero, dejabas a Juliette en el andén, aguardabas a que su tren arrancara, luego llevabas a tu madre a Terneyre, le firmabas un cheque para el gas, le ordenabas la cocina, ayudabas a la vieja mujer a acostarse, siempre con el corazón encogido por dejarla sola.

—¿Te has tomado todas las medicinas?

Ahora que ya eran adultos, te quedarías sola, y tu madre inválida pronto acapararía todo tu tiempo. Terminado el trayecto, el coche volvía vacío la

noche del domingo y era aparcado en el garaje del Cercado de los Narcisos. Volvía vacío y tú decías a modo de conclusión de ese fin de semana festivo:

—Bueno, pues ya se ha ido todo el mundo.

Luego te acurrucabas al lado de François delante de la pantalla de plasma de nueva generación, triste como una gata privada de sus gatitos, inmóvil en tu sillón; mientras que su tren circulaba cruel en una línea de alta velocidad, alejando de tus brazos a tu prole con maletas cargadas de mermeladas y turrónes.

—Sí, cariño, creo que me lo he tomado todo.

—Pero, mamá, si quedan en el pastillero...

Echabas de menos la época en que había que ir a por un hijo a la guardería, más adelante a las seis de la tarde, después de algunas rotondas, estabas en Terneyre con su café Ricoré, su pequeña pantalla anticuada encendida en *su concurso*: tu madre te sonreía con una ternura que te ablandaba el corazón, ahondando en ti otra viscosidad triste fruto del afecto visceral que profesabas a tu madre que pronto iba a morir. El domingo por la tarde te hallaste sola, agazapada bajo una manta delante del televisor, levantándote solo por una última llamada de Juliette que te decía que sí, «no te preocupes», habían llegado bien.

Afortunadamente, fue la época en que un maremoto propagó por la televisión imágenes de víctimas con tez morena que, usando los micrófonos de los reporteros llegados en avión, pedían caridad a sus grandes hermanos blancos.

Enviaste un cheque a la dirección retransmitida. Unas semanas después, lo urgente no era ya socorrer a los heridos, sino reconstruir las cabañas engullidas; firmaste otro cheque. Fuiste en coche hasta la oficina de correos, pero tras haber deslizado el sobre en el buzón, eso te supo a poco. Una inquietud pesaba sobre ti, como un silbido en los oídos. Esos primeros gestos de prodigalidad habían despertado en ti una simpatía impaciente que alimentabas cada noche con los últimos flashes televisados. Pero eran siempre las mismas noticias; tantos mares, tantos rostros; qué grande es el mundo, qué pequeña se siente una. Caíste en la cuenta de que nunca habías tenido un gesto con los pobres, con esos países sin autopistas donde los niños mueren con insectos pegados a la boca. Y decidiste (con un rebrote de entusiasmo, una vez

tomada la decisión, como si el silbido se hubiera callado o como si se hubiera convertido en música triunfal y ya no irritante; apoyo, alas, potencia y ya no impotencia) olvidarte de tus problemillas y comprometerte.

Una mañana de septiembre vas al Fórum de Ayuda Humanitaria en Chambéry. Es un amplio vestíbulo cubierto donde se alinean cientos de puestos. Te ponen papeles en la mano. Podías hacer de todo: luchar contra el hambre, contra el sida, contra la tortura, contra el cólera, pero la lepra también mataba, cada dos días una mujer sufre una ablación, podías apadrinar a un niño para que fuera a la escuela, enviar cuadernos de espiral a Mozambique, dar de comer a los sintecho, participar en el desminado de valles vietnamitas, podías dedicarte a la acogida de personas marginadas o lesionadas de por vida, financiar la construcción de un dispensario, escribir a un niño exsoldado que necesitaba muletas, podías depurar el agua en los bosques, dar una segunda oportunidad a las prostitutas, sacarlas de la droga o escolarizarlas, optar por la domiciliación de pagos para más facilidades, compartir, apoyar, afiliarse a esto, afiliarse a lo otro, y entre los puestos flotabas, boquiabierta.

El fajo de folletos lo dejaste en la mesa baja al entrar. Después de haber preparado un *yinyangtea* en el hervidor eléctrico, te dispones a examinarlos. Los nombres de las provincias y de las enfermedades asiáticas te dejan indiferente. Rellenas algunos cheques para América Latina, sin entusiasmo. Por el contrario, en cuanto lees los folletos sobre África, un impulso de caridad nace en ti, una piedad profunda, irreprimible, como un grano que no podemos evitar rascarnos. Te enterneciste ante un niño negro que sonreía sobre papel reciclado. Togo-La Esperanza es una asociación que envía material escolar y médica a un pueblo del Valle del Volta. Está domiciliada cerca de la agencia de François. Apuntas el número de teléfono porque prefieres unirte a una modesta asociación benéfica que lleva a cabo acciones concretas, no a una gran maquinaria con miles de miembros. A tu marido le pareció bien, naturalmente.

Estás contentísima, después de una llamada telefónica, al saber que te esperaban en su próxima reunión.

El ambiente es cálido. Otros «nuevos» habían ido tras asistir al Fórum de Ayuda Humanitaria, cuyo balance se considera totalmente positivo. Algunos hombres entrecanos dirigen los debates, se bromea sobre el orden del día, ciertos términos son explicados, otros no. Dos horas más tarde pliegas las

sillas con una mujer llamada Marguerite, ¿o Marion? Te presta el álbum de fotos de la asociación. En tu cama contemplas las chozas de barro. Eso sí que es a todas luces un cambio de aires.

Pronto un contenedor de bolígrafos Bic y de esparadrapos será fletado con destino a los pobres africanitos. La asociación recababa fondos mediante mercadillos donde cada miembro de Togo-La Esperanza tenía que vender objetos personales. Para ese mercadillo de segunda mano seleccionabas:

una bandeja de té,
un aparato de *fondue*,
libros para niños,
una palmatoria,
un jarrón de barro cocido.

Pero la vida asociativa te cansó pronto. Como es natural, no te suponía ningún problema dejar a François en casa para ir a las reuniones, se aparcaba fácilmente. Pero había algo repugnante en ese grupo, algo que impedía toda seducción. Encontrabas desagradables a esos hombres de aspecto sindicalista con camisetas y zapatillas deportivas, a esas mujeres que no escondían la piel que les colgaba bajo los brazos. Pero sobre todo no podías creer que la ayuda humanitaria fuera eso: en una sala polivalente, abrir y plegar sillas. A ti te habría gustado estar fuera, en la acción, en el barullo, en un jeep junto a un agente de la ONU con chaleco de reportero; habríais patrullado todo el día, cegados por una nube de arena, y cuando vuestro coche hubiese llegado al campamento, decenas de manos negras se habrían tendido hacia vosotros; la ventanilla castañetea al viento. Eres un médico apostado en la frontera de combates furiosos; las manos ensangrentadas, salvas a un niño herido de bala, no has dormido desde hace cuarenta y ocho horas y miras fumando la pista pedregosa reseca por los vientos. Te llaman con un *walkie-talkie*, eres el piloto que salva a una familia que se ha refugiado bajo un techo después de un tsunami; enganchados a un cabrestante, ascienden ateridos hasta un helicóptero, desde la cabina te vuelves hacia ellos, el pulgar levantado en señal de victoria, y toda su vida se acordarán de ese gesto; de ti; como el primer ser humano después de la Catástrofe, la que los devolvió a la vida.

¿Por qué eras una mujer entonces? Si hubieses sido un hombre, habrías podido ir a vacunar a niños africanos salvados de la hambruna. Es posible que hubieras dado con personas mal organizadas. Es posible que tuvieras que ser

más modesta y ocuparte de los sintecho de tu país. Te afiliaste (había llegado el invierno) a una importante asociación nacional que distribuía comida a «los más desvalidos». Concluidas las reuniones dicharacheras, una vez a la semana repartirás raviolis tibios en escudillas. Al principio estás impresionada, al volver junto a François le cuentas anécdotas sórdidas; no estabas acostumbrada a tanta miseria. Luego te aburraste. Las voluntarias eran, al igual que tú, cincuentonas, siempre lo mismo: un amplio vestíbulo con corrientes de aire, tu ropa que se impregnaba del olor de la sopa. Te parecía malsana esa especie de alegría inocente visible en los ojos de las otras benévolas.

En primavera se paró la gran campaña. Dijiste hasta pronto sin lamentarlo. Te quedó, no obstante, una amiga de todas esas veladas, una mujer alegre, siempre vestida de forma distinta: Sidonie. Apuntaste su número de teléfono antes de volver a casa, eso te vino bien porque, como los días se alargaban, querías abonar el césped. Después de todo ese tiempo en salas pobremente iluminadas, apetece verde.

El señor Manzano, vuestro vecino, murió.

La última carnicería de Empan-sur-Nive cerró.

Nathalie se casó.

Volvisteis a pintar los postigos de la fachada.

—¡Ah...! Y también me he pasado por la Renault.

—¿Y qué te han dicho? ¿Pueden llevarse el coche?

—No parecía que tuvieran mucha prisa. Les he explicado el problema, me han dicho que serían unos ochocientos euros.

—¡Tanto! ¿Por hacer qué?

—De todo. O sea, la transmisión, el aceite, la correa. Pero ese taller no me acaba de convencer, no me parecen serios.

—Yo me esperaba quinientos euros, pero no el doble.

—Menos del doble...

—Si no te parecen serios, olvídalos. Por ese precio más vale pensárselo.

—Sí, la verdad es que no me parecen muy serios.

—¿Y si vas a la Citroën? Seguro que también pueden hacerlo. Tú les explicas por encima y a ver qué cobran ellos.

—Tienes razón, voy a ir a la Citroën. Vale la pena intentarlo.

Todas esas frases dichas con un tono serio, vosotros dos preocupadísimos en el cuarto de estar, implicadísimos en esa conversación; lo mismo que cuando buscáis la documentación del coche, preocupadísimos por la idea de haberla perdido. Volvías a estar en la vida. Lo mismo que unos años más tarde, al despertar a tu nieto de la siesta, implicadísima también:

—A ver, ¿cómo ha dormido mi Milo?

Pero antes de eso recuerdas el día en que compraste en el Gran Puente una cafetera marca Nespresso, el modelo compacto que vale ciento cincuenta euros. Emocionada por esa adquisición, se te ocurre llamar a Sidonie e invitarla a que venga a tomar café. Ella responde con originalidad:

—¡Qué idea tan encantadora, ten por seguro que iré!

Poco a poco, esa anciana catedrática de alemán se une a vuestras reuniones de chicas del sábado, ritual al que Chloé y tú no habéis faltado casi nunca.

—¿Cómo ha ido la semana?

Empezabais escogiendo una cápsula de aluminio —café Brasil, café Cuba o café Uruguay— y la deslizáis bajo la tapa metálica; tú apretabas un botón. Qué gusto ver el diodo rojo, tan *design*, que se enciende mientras arrancaba con un zumbido el proceso de percolación. Cada cual hablaba por turnos, exponiendo sus problemas, era un poco como en la consulta de Cassale, enumerabas tus pequeños apuros, salvo que aquí el público se mostraba más caluroso; había risas. El café que salía de la máquina, negro, fuerte en boca, de poderosos aromas, hacía que estos momentos entre vosotras fueran más valiosos.

Y cuando las tazas eran depositadas en la bandeja con unos dulces, cuando en un derroche de palabras repasabais la semana, vuestras anécdotas revelaban una dimensión inesperada; gracias a los consejos de la una o de la otra, entreveáis bajo acontecimientos minúsculos una gran riqueza psicológica; os regocijabais al descubrir esa profundidad, como si sometiendo vuestra existencia de mujer a tamaños desplumes, obtuvierais beneficio,

menopáusicas todas ya, de un potenciador de sabor.

Con Sidonie nunca se podía hablar mucho tiempo de trapitos. Esa mujer elegante enseguida abordaba cuestiones de sociedad. Sidonie defendía ideas sorprendentes, quizá demasiado liberales, pero en primer lugar la escuchabas, la taza de porcelana caliente en la mano, mirando la densa espuma beis casi aceitosa que recubría el líquido; era el momento en que os instalabais cómodamente en un tema de discusión, tema extraído de la actualidad reciente o de una anécdota que Sidonie aprovechaba para tirar de un hilo que os llevaba a uno de esos debates que tanto la entusiasmaban; el momento en que aspirabas el aroma amargo del café, *forte, lungo* o *dolce*, justo antes de buscar argumentos para rebatirla, de apoyar tu labio inferior en el borde de la taza, gesto que se acompañaba de un ligerísimo ardor en la lengua, para luego sentir el líquido en la boca. Ese segundo, lo sabes ahora, era una dicha completa.

Gracias a la web *Compañeros de antes* te habías llevado la sorpresa de encontrar a tu amiga Catherine, con quien te carteabas en la adolescencia. Después de un matrimonio en Saint-Étienne, Catherine había vuelto para instalarse en la región. Se había convertido en una mujer discreta que, desde el nacimiento de sus nietos, parecía incubar una satisfacción de madre que ha hallado un segundo uso. Comisteis mano a mano para recordar historias de clase, sorprendidas de encontrar intactas en vuestras memorias las mismas bromas sobre los profes; a veces callabais para luego decir «habrá muerto, el pobre» mientras constatabas con secreta satisfacción que te conservabas mejor que ella. Catherine, a raíz de ese encuentro, se unió a vuestro grupo del sábado. Hablabais de las rebajas del año, del próximo plan social de tal empresa, de la ansiedad de un marido con tendencia a guardárselo todo para él.

—¡Uy! ¡Gracias por los mostachones! No tenías por qué...

A medida que os bebáis el café, intercambiabais novedades, propagando a vuestro alrededor frases y más frases que circulaban rematadas por la risa de Sidonie, envueltas en esa especie de distensión vagamente erótica que siempre habías envidiado en Chloé: tú añadías un detalle antes de que terminasen sus trayectorias amortiguadas por los kilos en exceso de Catherine. La espuma quedaba en el borde de la taza; apoyabas tus dedos en la redondez de la cerámica. Tu grupo de amigas se había ampliado, François te chinchaba incluso a propósito de tu «club de chicas»; cada semana se reanudaban

vuestras conversaciones, estrenándose con los acontecimientos de la semana anterior, luego Sidonie soltaba una de sus sorprendentes opiniones. Como se mostraba siempre (le decíais vosotras) un poco «excesiva», una de vosotras la rebatía con mayor franqueza; a continuación buscabais un terreno de entendimiento, regocijándoos cuando Sidonie cedía en un punto, lo que permitía concluir con una postura matizada que ponía a todo el mundo de acuerdo; a media taza, el color oscuro del café se volvía ligeramente translúcido, un círculo de luz aparecía en la profundidad del líquido, y la crema beis, al principio homogénea, se dislocaba en archipiélagos de manchas que se desviaban hacia los bordes. Te gustaba mucho Sidonie. Había tenido varios maridos y te impresionaba su cultura. Un sábado que estabais solas le contaste tu aventura con Philippe. Le pintaste el cuadro de una pasión indomable, de numerosas escapadas sensuales que terminaron en espantoso drama. Por primera vez sentiste que Sidonie te admiraba. Aquí es cuando viene bien tener un auténtico café *espresso* para que esos momentos sean más intensos; ladeas la cabeza a la derecha, a la izquierda, respondes dejando pasar algunos silencios que prolongan este instante de intimidad; vacilas antes de terminarte la taza, en cuyo fondo se acumula un sedimento de granos negros filtrados; finalmente terminas de contar y de beber.

El espíritu de Sidonie se te contagió. Esta mujer adoraba las salidas culturales. Con ella viste exposiciones de Tàpies, de Turner, el museo de los Tejidos, Alfred Brendel en el *Concerto n° 21* de Mozart, la exposición *Lumières!* y la Bienal de Arte Sacro Actual. Te llevó al teatro. A la vuelta en coche, hacía comentarios al respecto usando palabras en las que jamás habrías pensado. Decía:

—Este escenógrafo es un gran maestro de las formas sensibles.

O:

—La realización era a todas luces inexistente.

Sidonie decía «a todas luces inexistente» con una cara casi enojada que te hacía temer tus propias torpezas. Decías tímidamente en el entreacto:

—Toca bien este pianista.

Aliviada cuando Sidonie asentía:

—Ejecuta con precisión, es exquisito.

«Ex-qui-si-to», decía haciendo sonar cada sílaba por separado con una certeza triunfal. «Desprende un virtuosismo implacable», «una rugosidad que

no me desagradaba precisamente», «un brillo en el tiempo», y tú repetías, maravillada, esas palabras pasándolas a tu boca, haciéndolas sonar a tu vez; como esos pendientes que brillan en una sala de conciertos sumergida en la oscuridad, habrías querido captar su brillo.

Un día Sidonie te invitó a almorzar con ella en su casa, almuerzo hecho de tapas libanesas y bio que tomáis en un pequeño patio verdeante. Sidonie vivía en un adosado de paredes antiguas; nunca habrías pensado que en Grenoble, que considerabas una ciudad ruidosa y contaminada, pudiera existir un lugar tan bello. Te propuso que te abonaras a instituciones culturales subvencionadas, lo que os confería un estatus superior en vuestro grupo del sábado. Recibías entradas de conciertos y apuntabas las fechas en el calendario. El objetivo era «moverse». Los problemas empezaron cuando tu nueva amiga, tras una grave operación de la cadera, no pudo acompañarte más. Chloé, un poco celosa de Sidonie, no quiso sustituirla. Era François quien, nada más volver del trabajo, devoraba un sándwich y te seguía. Pero el placer no era el mismo. Los espectáculos no redundaban ya en discusiones intelectuales. Y mira que pusiste empeño en que compartiese contigo tu reciente pasión por los prolongados sollozos de los violines; tras decirle que «la ósmosis entre el director y el solista había alcanzado un nivel sin precedentes», François meneaba simplemente la cabeza, incapaz de saber lo que había preferido del programa. Una noche tuvo incluso la franqueza de confesarle:

—¿Sabes? A mí lo que de verdad me gusta, por encima de todo, es salir contigo. Hagamos lo que hagamos, siempre estaré contento.

Buscabas grandes discursos sobre el arte, recibías palabras de animal doméstico.

IV

François envejecía. Meneaba el pie debajo de la mesa, se cortaba al afeitarse, masticaba la carne con lentitud, decía: «He conseguido tres clientes esta semana», «no he conseguido a nadie desde hace diez días», «hay muchos siniestros». Por las mañanas, antes de marcharse, se demoraba dando vueltas en la planta baja con la cartera en la mano («a ver, ¿llevo todo lo que necesito?»), hasta que finalmente se iba.

La Garotte en su conjunto pasa a ser zona 30.

Su cuerpo había experimentado relajaciones sucesivas. Una vez devuelto el crédito, François había dejado de sufrir insomnio crónico. Sus tres hijos vivían acomodados, en pareja, y gozaban de buena salud, no había descubierto *vicios ocultos* en su propiedad, podía respirar tranquilo; el joven educado en el miedo a no ser lo *bastante* (rico, serio, prudente), o a ser *demasiado* (bueno, inocente, derrochador), comprendió, observando la foto de su sexagésimo aniversario, que todo había ido bien. Con la llegada de los nietos llega también la gran distensión, siempre y cuando ninguna inquietud personal, ninguna preocupación material, venga a ensombrecer esos nacimientos.

—Para los abuelos, ¡es puro placer!

Tu marido empezó a sonreír más, estaba casi cómico cuando imitaba al Lobo Feroz. Convertido en abuelo, dio rienda suelta a una ligereza hasta entonces contenida, algo fácil de explicar: François se sentía aliviado. Porque finalmente no llegó la hora en que el cabeza de familia hubiera tenido que demostrar su fuerza, combatir, solo en un ruedo, el maléfico poder que tanto lo amedrentaba («la responsabilidad que supone», «la carga familiar», como decían sus padres), porque François había temido durante toda su vida las embestidas de la fiera de dientes largos que vendría a arrebatarse su felicidad; poder que fue encarnado en un recaudador de impuestos o en un presidente y

director ejecutivo rapaz, pero que terminó alejándose tan arbitrariamente como había venido, atraída sin duda la fiera por una presa más jugosa. Sí, todo había ido bien. Para cumplir con esa misión que desde la lejanía de su juventud parecía exigirle heroísmo, François había descubierto que lo más duro no eran los gestos graves, como hablar con autoridad a su hijo sorprendido con un cigarrillo, sino más bien los actos minúsculos, cotidianos y cansinos; todas las mañanas salir de casa con ese miedo en el estómago, ese temor a fallar, angustia disimulada a su familia durante tantos años y pagada con insomnios que surcarán poco a poco arrugas en su frente.

En cualquier caso, era siempre François quien instalaba los equipos estéreos o informáticos. Se ponía gafas y leía manuales del tipo:

**Ajuste de la hora de activación del minuterero
(mediante mando a distancia únicamente):**

1. Apretar clock/timer hasta que on xx: xx aparezca en el marcador.
2. Apretar << y >> para ajustar las horas.
3. Apretar prog/set/clear para pasar al ajuste de minutos.
4. Apretar << y >> para ajustar los minutos.
5. Apretar << prog >> para confirmar el ajuste de la puesta en marcha del minuterero.
6. Apretar << o >> para seleccionar la fuente (cd/turner/tape/rec tun)
7. Apretar prog/set/clear para confirmar los ajustes anteriores.

Ese hombre de cabellos blancos que se ponía a manipular los mandos a distancia se había vuelto entrañable, ya no te sacaban tanto de quicio sus manías o la pereza de la que siempre había hecho gala en casa. Cada mañana hacías desaparecer los pelos del lavabo, ponías la cuchilla de su maquinilla de afeitarse boca abajo; cada noche observabas el pliegue erróneo del cuello de su camisa, sonriendo al constatar ese empecinamiento suyo en el error. Pero sin duda te habrías visto privada de muchas frases que decir si, por una improbable revolución en vuestra vida doméstica, François hubiese limpiado el lavabo después de afeitarse.

Algunas noches de invierno te encontraba en la chimenea partiendo las

nueces que te había dado algún vecino, otras cosiendo. François se sentaba a tu lado, y las llamas reflejaban en vuestros rostros una luz roja; vieja pareja recluida al calor del hogar, comentando en voz alta lo bueno que es quedarse cerca de un fuego cuando fuera hace frío.

Redujiste tus aspiraciones culturales. Ir cada semana a los nuevos multicines bastaba para renovar tus reservas de emociones estéticas. Ibais tras una cena rápida, François compraba las entradas, os sentabais ni demasiado lejos ni demasiado cerca de la pantalla. Los anuncios eran más vulgares que antes, comentabais. Las luces se apagaban. Entonces tu marido no podía evitar, acaso en recuerdo de vuestra primera cita, poner tu mano en la suya, abrazarte; ¿y qué es el amor sino un hombre que te coge de la mano en la oscuridad?

Tu madre seguía estando a tu lado. No era divertido verla menguar con los años.

—¿Qué quieres? Sólo me tiene a mí.

Ibas a verla casi todos los días, alternando las visitas con la enfermera y la asistenta doméstica pagada con los cheques de los servicios sociales. Pensabas en ella a menudo. Había que llevarle su pan, su periódico y su lotería, a menudo había que tranquilizarla por teléfono porque la anciana mujer tenía miedo de todo. Todo eso formaba parte, con las idas y venidas del marido y el cuidado de los nietos, de las ocupaciones que llenaban tus días desde que habías dejado de trabajar.

Te acuerdas de tu partida de Coead como de un episodio doloroso. Durante meses, tu jefe te había dado a entender, en conversaciones individualizadas, que estabas instalada en la «cultura de la queja», que eras de esas personas que nunca cumplirán los objetivos; es lamentable comprobar hasta qué punto los mayores en este país son incapaces de adaptarse y tener una actitud positiva. En resumidas cuentas, era hora de irse, *time to go*. Así que dejaste la empresa «de forma voluntaria». Como era demasiado pronto para hacer valer tus derechos de jubilación, tuviste que inscribirte otra vez en la Oficina de Empleo, primero por internet, después en un despacho donde te recibieron para otro tipo de conversación individualizada. La asesora meneó la cabeza.

—Estamos aquí para ayudarla.

—Tiene que dar pruebas de una búsqueda activa en términos de empleo.

—Entra usted en una categoría difícilmente empleable.

Te dieron dos años de indemnización y luego una pensión.
Entonces, para M. A., por fin, la jubilación.

François te encontraba más relajada por las noches. En algunos momentos lo habías echado de menos y era mejor recibido cuando se sentaba contigo junto a la chimenea. Por tu parte los mismos comentarios («¡vaya corbata!», «¿has comprado el pan?») ya no eran más que pullas inofensivas. Le recriminabas esas cosas con cariño, mientras pensabas: «El pobre, mira que seguir trabajando a su edad».

Soportabas menos el calor del verano. Mandaste instalar aire acondicionado.

Abrieron un instituto de formación profesional en Empan.

Desplazaron el mercado a quinientos metros por obras urbanas.

—A mí me dio un bajón cuando me jubilé.

Advertiste a una antigua colega cuando comprabas tomates.

—Hay que buscarse alguna ocupación, si no, te puedes volver loca.

Desde la menopausia escribías un diario íntimo que te servía de válvula de escape mientras esperabas la próxima sesión con Cassale. Pronto ese cuaderno misterioso te acompañó a todas partes. El mes de abril de ese año fue particularmente hermoso, las flores se abrían, el aire era puro, los pájaros anidaban en un feliz jolgorio. Una mañana en que caminabas cerca del lago de Aiguebelette con Chloé, un paisaje de acantilados te sumergió en un emocionado éxtasis. Apuntaste algunas palabras en tu diario mientras tu amiga sacaba fotos (con los brazos extendidos, el torso inclinado hacia atrás para mirar al mismo tiempo en la pantalla lo que iba a ser fotografiado; en una actitud casi contraria a la inducida por los aparatos argénticos, cuando los ojos se pegaban al objetivo, los hombros se estrechaban y los codos se juntaban). De vuelta por el Sendero de los Pinos convertiste esas palabras escritas a vuelapluma en frases bonitas. Sin pretenderlo, te salió una rima, y luego otra. Para tu gran sorpresa, no era difícil. Reescribiste todo el pasaje.

Fue así como te iniciaste en la poesía.

Tras unos días de estudio, tomaste la decisión de mezclar rimas y versos libres, lo cual te pareció una audacia totalmente excepcional. Trabajabas en el cuarto del ordenador, a tu derecha un *Diccionario de sinónimos* y un *Diccionario de rimas* comprados en la FNAC. Finalmente terminaste el primer poema de tu vida. Venía a ser algo así:

Sobre la ruta de la corneja
En las curvas del camino
Los pasos bajo el verde sol me alejan
Hacia el naranja de los pinos [*estabas orgullosa de esta imagen*]
Y un amasijo de troncos tendidos
Sobresale del acantilado
De pronto [*te encantaba la ruptura del ritmo*]
El fuego del cielo me captura y revela
Un paisaje esplendoroso
La grandeza de un lago ebrio bajo los rayos comienza a bailar
Aquí empecé el cántico
Con una emoción que me llega al hueso
Hoy me está reservada
La entrada en el universo.

Esa palabra, *hueso*, te había planteado un problema. Pero te empeñabas en poner *universo* en tu composición: le daba un tono épico. Enviaste el poema a Sidonie, quien tras su convalecencia vivía en la costa vasca. Tu vieja amiga te respondió dos semanas después con una carta que pormenorizaba los beneficios del mar para su salud y concluía con estas frases: «Gracias por el poema, me alegra ver que sigues sintiendo curiosidad por todo. Me parece que está muy bien». Después, su firma.

«Muy bien» no era para tirar cohetes. Habías imaginado que Sidonie comentaría cada verso diciendo que, con gran asombro, había descubierto una lírica como nunca antes había visto, y cosas por el estilo. Decididamente, Sidonie era una engreída, así que decidiste que sería mejor regalar tu arte a oídos más cándidos. Los de tu marido los escucharon muchas veces. Delante de tu hija, delante de tu hijo, empezabas una vez más a recitar: «Sobre la ruta

de la corneja / En las curvas del camino...». El poema era corto, la jubilación sería larga; te animaron a que siguieras.

Entonces recuerdas haber multiplicado los paseos. Porque era obvio que los poemas solo podían nacer del contacto con la naturaleza, aparte de que andar es bueno para el corazón, «te conserva». Sacabas tu cuaderno ante un paisaje, y aguardabas, cerrando los ojos, buscando la palabra adecuada para resumir ese momento sublime; y un paseante que hubiera pasado por allí habría visto a una recién jubilada apoyada en el tronco de un árbol, la hierba cosquilleando sus pantorrillas, el rostro descansado, una salamandra furtiva alzando hacia ella su morro de serpiente de donde sale una lengua fina, recalentando su piel al sol; luego, el animal, con un gesto rápido, desaparecería entre dos rocas blancas.

A tu vuelta, releías tus notas, abrías el diccionario y esperabas a que llegase la asociación deseada entre las palabras. Al principio te emocionaba tutear a la belleza. Pero después de cinco poemas reunidos en un librito, te pareció que quedarse sentada durante horas en un despacho era un uso mediocre de tu nueva libertad. Ya era tarde. Entrabas en internet para ver el tiempo. Consultabas el buzón del correo. Porque la palabra esperada, la palabra venturosa, la palabra exacta que haría resonar la música de las frases mientras se articulaba una idea nueva, esa palabra no se mostraba jamás. En tu antología de Gallimard veías que los grandes escritores lograban esa armonía enigmática, sus oraciones se dirigían con paso sereno hacia el fin provocando una emoción segura sin que nada laborioso fuera patente. Mientras que tú, tus poemas renqueaban, vacilaban, fluían con dificultad. Obviamente, en otros tiempos, a todos estos santos varones malditos, lo que los guiaba era la absentia, no las horas de preparación de las comidas.

Pero también:

- Llamar al fontanero
- Imprimir código cuenta cliente
- Ver pintura vestíbulo en Casto
- Albaricoques mermelada
- Regalo Verónica

Para conjurar el vacío de tus días, confeccionabas listas. Memorizarlas te garantizaba tener las tardes ocupadas. Porque si, en general, la jubilación transcurría bien, existía, sin embargo, una hora peligrosa, después de la siesta,

cuando el reloj del equipo estéreo instalado sobre el aparador marcaba las «14.00» y había que planificar la tarde. El dinamismo matutino se había agotado, nada lo sustituía aún, a tu alrededor los muebles del cuarto te aplastaban con su presencia. Todo parecía muerto, como si el día fuese a quedar indefinidamente sumido en esa ciénaga desesperante. Conocías de sobra ese estado. Si no espabilabas enseguida, las horas siguientes consistirían en multiplicar gestos ineficaces, crecería la angustia, cogerías un libro, volverías a dejarlo, empezarías a hacer punto, lo dejarías, y así sucesivamente hasta decirle a François por la noche:

—Hoy he perdido el tiempo.

Las listas eran un recurso. Porque para tachar «pintura vestíbulo en Casto» había que encadenar las gestiones: coger el coche, ir al Gran Puente, comparar los botes, volver, tras una larga conversación con François elegir el color de la pintura. Al día siguiente, cambio de programa: sería papel pintado. Poco importaba, la semana había transcurrido con cosas concretas como modificar el aspecto de una pared.

—¡Estoy muy contenta, queda muy bien!

—La habitación parece más grande así.

Pero en un momento el regalo de Verónica está comprado, la pared empapelada, los dulces aguardan en un armario. El nacimiento de los gemelos de Nathalie y del hijo de Xavier, con unos meses de intervalo, supuso un rebrote de actividad muy oportuno. Te gustaba despertarlos:

—A ver, ¿cómo ha dormido mi Milo?

Y los miércoles se repoblaron de niños y chupetes.

Cuando por las mañanas François te preguntaba por tus planes, contestabas:

—Pero si es miércoles, ¡tengo a los niños!

—Dónde tendré la cabeza...

—No vuelvas tarde, así los disfrutas un poco.

Solo mirarlos era un placer. Cuando los abrazabas los sentías como una fuente fresca y revitalizante. Porque en ti también se liberaba algo: circulaban vibraciones de felicidad, podías mimarlos, lo único que ellos pedían era

quererte, ese afecto gratuito te sosegaba. Una ola de dicha te recorría, y ellos, los peques, recibían salpicaduras en clave de besos. Se frotaban los ojos. «Abuela, abuela —dirían pronto—, léenos algo.» Los arropabas como a pajarillos en su nido. Luego abrías un libro. Milo y Léa escuchaban. Era la historia del ratón que ha perdido un diente, la historia de la torta que rueda por el bosque o de la gallina que se pasea; historias donde los adultos nunca están lejos, figuras tranquilizadoras, y con final feliz tras cierto número de peripecias rocambolescas. Leías, entonando: «Un manto de nieve cubre todo el bosque. Un joven corzo se ha extraviado... ¡Qué asustado parece!» Al día siguiente, cuando su madre volvía a meterlos en el coche, movían sus manitas por la ventana. Tú veías cómo se alejaban, feliz y cansada.

Por Navidad estabas encantada de recibir a todo el mundo. Xavier, Nathalie, Juliette, sus respectivos cónyuges, los niños, todos estaban invitados a pasar la Nochebuena en casa. Era una alegría verlos reunidos de nuevo, cuatro generaciones en torno al abeto para la foto que haría después las veces de fondo de pantalla en el PC. Tu anciana madre, tiesa como un espectro, tenía un pie ya en el otro barrio. No conseguía hacer su tarta tradicional, pero, como te sabías al dedillo la receta, la hacías tú. En el postre, ese ritual familiar era recibido con vítores. La anciana sonreía entonces, devuelta por un instante a esta orilla de la vida.

Los ágapes se preparaban con mucha antelación. Encargabas la carne en la sección de carnicería del hipermercado. Todo debía salir perfecto y tus listas mencionaban desde hacía mucho tiempo la importancia de los regalos que había que comprar a cada uno, tener buenos quesos, mantener el vino a temperatura ambiente... Cuando por fin llegaba todo el mundo, Juliette, Nathalie y Maya, tu nuera, querían saber si necesitabas ayuda en la cocina.

—¡Uy, no, no os preocupéis! Estoy acostumbrada.

—Es mucho trabajo, pero lo hago encantada.

Eran las seis de la tarde cuando os tomabais el café. Sobre la mesa, mil dulces venían aún a tentar los estómagos, un joven padre iba a buscar a un bebé que se despertaba de la siesta, los mayores jugaban en el jardín; y las escenas se sucedían de esta forma, con el cambio técnico justo necesario para marcar la diferencia generacional:

—Es genial como aplicación. Puedes ver los tableros de información de las estaciones en tiempo real.

—¿Es una aplicación de la SNCF?

—Sí, cuesta solamente noventa y nueve céntimos al mes.

—Déjame ver. ¿Es esta?

—¿Ves? Puedo visualizar la estación de Aviñón centro y la de Aviñón alta velocidad.

—Es superpráctico para las huelgas.

—Yo la uso siempre.

En la otra punta de la mesa le contabas a tu yerno cómo había contraído Nathalie el sarampión, él te respondía:

—¡Léa pilla todos los virus!

En cuanto a François, el año en que le regalasteis un ordenador portátil se pasó una hora recorriendo el jardín y diciendo «la pillo, no la pillo» según el alcance de las ondas wifi.

El hipermercado de la carretera nacional fue sustituido por un *outlet*.

El color de las papeleras cambió con la nueva mancomunidad.

Algunos domingos, Fabien, del club ciclista, pasaba a tomar el aperitivo. Cuando venía con su mujer jugabais al tute.

—Tres meses después, el coche me patinaba otra vez. Era constante: no te digo lo que me costó el mecánico.

—Hasta el concesionario lo reconoció, nos dijo: es para obligar a que la gente pase por el taller.

—No, hay que acabar con los gastos, las buenas berlinas de antes, incluso la 207, no eran el timo de ahora.

François hundía la mano en el cuenco de las olivas.

—Los radares estos son un atraco a mano armada.

—Los de arriba se ponen las botas... las botas.

Lamentabas no tener a Milo y a Léa más a menudo. Su presencia conjuraba la hora peligrosa. Cuando estaban contigo, dejabas de pensar en tus listas salvo para escribir una nota del tipo «devolver biberón a Nathalie». Limpiabas la casa, encendías la chimenea. François atizaba los leños. El olor a leña llenaba el comedor; eran horas dulces; tú hojeando una revista, él

escuchando la radio, la atención ya distraída por la llegada del sueño.
Proponías:

—Hará bueno este fin de semana, podemos ir a pasear al bosque con los niños.

—Así no harán trastadas en casa.

—Lo dices como si fueras tú el que recoge... Necesitan correr, están en la edad... ¿Te apetece venir con nosotros o prefieres salir en bicicleta?

—Voy con vosotros.

—Ahora que lo pienso, necesitamos las dos sillitas de bebé. No las tenemos.

—¿Ah no?

—Pues no, la de Milo la dejamos en el coche de Nathalie para Justine, ¿no te acuerdas?

—Tendrá que devolvérsela antes de irnos.

—Lámala.

—Espera, es complicado porque necesita el coche para el trabajo, ya habrá salido.

—Tendrá que desatarla esta noche.

—Es un engorro pedirle que desate la sillita si ya ha aparcado el coche.

—Tienes razón, tengo que llamarles enseguida...

Etcétera.

François se jubiló finalmente. Visitaba a amigos enfermos, se entretenía en el club deportivo, gestionaba vuestro seguro de vida. A su vuelta os quedabais un rato delante de la chimenea. Habías visto a tu madre, habías cuidado a los niños, habías hecho algunas compras para tener comida para la noche. Charlabais mientras cosías; lo mismo que hacía tu madre durante tu embarazo, a la espera de que otras existencias fueran engendradas: un gorrito azul.

V

En tu memoria, los años, antaño repletos de relieves que los distinguían fácilmente unos de otros, están a punto de fundirse en una misma tonalidad. Hay nuevos nacimientos, el divorcio de Xavier, un cambio de coche, pero sobre todo recuerdas aquella mañana horrible.

Bajabas del dormitorio aún somnolienta. Quieres encender el televisor, buscas uno de los tres mandos a distancia que suelen quedarse en la mesa, no hay ninguno. Te frotas los ojos, miras hacia el mueble. Una estela de polvo se extiende en lugar del televisor. Sin entender, ves un armario abierto, un objeto por el suelo, miras de nuevo el televisor ausente. Entonces tu corazón da un vuelco: ¡alguien ha entrado en casa por la noche!

Fue un grito instintivo:

—¡François!

A tu marido no le da tiempo ni a levantarse.

—¡Han entrado a robar!

Como contaréis más tarde para describir la escena a vuestros amigos, tu llamada desde el vestíbulo había sido tan espantosa que François se había imaginado algo todavía peor: un incendio o una agresión. Pero no, lo único que se podía hacer ya era dar vueltas en pijama por la casa para comprobar qué se habían llevado, tú repitiendo «¡por Dios, eso no!» contemplando la desaparición de las cámaras fotográficas, el lector de DVD, el dinero en metálico y los teléfonos móviles, él mudo primero, luego diciendo al tiempo que pasa una mirada circular sobre las paredes:

—Tenemos seguro antirrobo.

—Hay que llamar a la policía.

—Hay que bloquear las tarjetas.

¿Cómo habían podido entrar los ladrones en vuestra casa? Un cerrojo destrozado os puso sobre la pista. La puerta del garaje había sido abierta con una ganzúa, lo que permite acceder al vestíbulo y, por ende, a toda la casa.

—¿Lo ves? El garaje. ¡Esta dichosa puerta! ¡Te dije que la arreglaras!

La policía llegó. Son dos mujeres que no tardan en marcharse, sin daros muchas esperanzas sobre la posible aclaración de ese allanamiento de morada. Para calmarte, decides hacer la ronda de los vecinos, como siempre había aconsejado François a sus clientes después de un suceso así. Caras compasivas te escuchan detrás de los portillos.

—Hacéis bien en avisarnos, echaremos el doble cerrojo.

—A mí ya me ha pasado, qué mal trago, te sientes completamente desnuda.

—Como es natural, la policía no ha podido hacer nada... Y aunque los pillen, os apuesto cualquier cosa a que no los meterán en la cárcel...

Fiel a su costumbre, François veía el lado positivo de las cosas. Los ladrones no habían subido al primer piso, no se habían llevado ni las joyas ni los pasaportes. Pero no eran los robos lo que más te molestaba, todo se puede comprar otra vez. Lo que te sacaba de quicio era la idea de que, durante el sueño, unos extraños se hubieran paseado por tu casa. En cuanto cerrabas los ojos veías a los ladrones, imaginabas sus siluetas demoníacas aparcando su furgoneta delante del número 12, empujando tu portal mal cerrado, avanzando hasta el garaje, rompiendo las puertas con tres gestos precisos. ¿Eran una banda? ¿Habría sido un solo individuo? El oficial pensaba que los ladrones debían de haber sido dos.

—Si son más, no les sale rentable a estos granujas.

Los veías haciendo saltar el ridículo cerrojo (aquí echabas pestes por dentro contra François), luego sacar una linterna eléctrica de su bolsa, sustraer los objetos familiares mientras tú dormías inocentemente; te imaginabas a esos ladrones; arrancaban los cables de la cadena Hi-Fi, mancillaban tu interior con su suciedad congénita, con su respiración misma, te birlaban la cartera, deslizando una mano ágil en tu bolso, introduciéndose en sus repliegues y hurgando; el más insostenible de los momentos, tu pensamiento se detiene, tu estómago se revuelve. Te despiertas en mitad de la siesta recordando la frase de la policía:

—Esos tipos son como los virus, a la mínima debilidad te atacan.

—Y, encima, con todas esas viviendas sociales que han construido a la

entrada de Empan...

Pese a la indemnización de los seguros, no podías sacarte esas imágenes de la cabeza. Toda tu casa te parecía sucia.

Entonces te pusiste a ordenar como quien se da a la bebida.

No soportabas la menor suciedad en el suelo. Habrías querido que ninguna mota de polvo flotara en los rayos de sol que, desde la puerta vidriera, cruzaban la sala para romperse en los faldones de la mesa baja y remontaban hacia el sofá; el rayo amarillo que acariciaba tu cara cuando te tumbabas en el sofá a la hora de la siesta.

Cuando en ese rayo de luz veías centellear ínfimas moléculas, era para ti como una provocación. Te disponías a fregar el suelo, había que dar la vuelta a las sillas, pasar la escoba, luego llenar un cubo de agua caliente, mezclarla con detergente, mojar la bayeta; enganchada al cepillo, la pasabas por toda la superficie de la sala. Olía bien. La lejía actuaría, eliminando los pequeños microbios. A continuación pasabas esponjas por los muebles, pequeñas o gruesas, con o sin estropajo. Habían inventado distintos tamaños de cepillos, fregonas españolas, y también existía la escobilla. Importantísima, la escobilla. Te habías dado cuenta de que sin una escobilla larga y su recogedor de buena calidad, es decir, acabado en una pequeña lengüeta de plástico flexible, la limpieza siempre arrancaba mal; mal empezada, mal terminada. Podrías haber usado el aspirador, habías tenido varios modelos, desde los viejos de trompa larga hasta el especial turbo sin bolsa, pero te resultaban ya demasiado pesados. Con frecuencia es más práctico, en la limpieza de la casa, limitarse a una buena escoba, una buena escobilla y una bayeta. Cuando las baldosas quedaban relucientes, podías ir a echarte la siesta. Pero entonces, los ojos entornados, intentando dormir, veías curiosas rayas en tus ojos, esos filamentos que huyen cuando quieres fijarlos con la mirada. Cuando conseguías fijar uno, recordabas tus lejanísimas clases de biología, la curiosa experiencia de examinar un pelo con el microscopio, algo translúcido y fibroso que se desplaza en tu campo de visión, rama de madera que flota en un sentido y después en el otro.

A lo lejos, como siempre, los pájaros; una alarma de coche; el invierno y luego el verano.

Era como si la suciedad se hubiera transformado en ruido, y tú te peleabas

cada día para restablecer el silencio en tu casa. Tiempo perdido porque en un solo día el suelo se volvía otra vez sospechoso. Como si, oculto bajo una baldosa, un genio malvado segregara la suciedad que iría a parar ahí, entre la pared y el aparador; ahí donde, incluso con el aspirador, es tan difícil acceder. Y las raras veces en que teníais invitados a la mesa, cuando uno de los comensales atrapaba un biscote de aperitivo con gesto desenvuelto y se lo llevaba a la boca y tú veías cómo una lluvia de migas caía en el camino; únicamente la voluntad de «ser una buena anfitriona» te impedía barrer el suelo de inmediato; sin embargo, eso habría sido más sencillo porque después era crispante ver cómo los niños aplastaban esas migas y las propagaban, multiplicadas, por todo el comedor, exactamente como se propaga una epidemia, por negligencia.

—¿Has visto que la tienda de deportes del desvío ha cerrado?

—Vaya. ¿Y qué han puesto en su lugar?

—Nada.

—¿Nada de nada?

—Hay muchos locales vacíos en esa zona, ¿sabes? Con la crisis...

—Antes ahí había un videoclub, ¿te acuerdas?

—Sí, sí, íbamos el domingo por la tarde con los niños. Les encantaba. Luego François empezó a descargar películas. Ahora las vemos en el ordenador.

—De todos modos, para mi gusto hay demasiadas cadenas de televisión. Te pierdes.

—Yo siempre veo las mismas. Las mismas que antes.

—Es verdad. Cuatro o cinco, después la cosa se me escapa.

—De todas formas, para lo que echan...

—Uy, es penoso.

—¡Y tan vulgar! Cuando pienso que Milo y Léa han crecido con eso.

—¿Qué es de ellos? ¿Has tenido noticias suyas esta semana?

François nunca había sido muy hablador y con la edad hablaba menos aún. Estas conversaciones las tenías con Chloé, mano a mano en su casa. Pero un día, como era de esperar, tu más antigua amiga desapareció de tu vida. Después de varias inmovilizaciones a causa de una ciática y múltiples

reumatismos, Chloé decidió instalarse en una residencia cerca de sus hijos. Su hija vino a buscarla en coche. A través del cristal, las dos septuagenarias que sois se despedirán con la mano. Os prometisteis que os visitaríais, pero a partir de ese día serán las llamadas telefónicas lo que os unirá; incluso si ya no es lo mismo.

El mismo año tu madre muere de una embolia pulmonar. Pasó dos semanas ingresada en el hospital, tú a su lado, cogiéndole la mano hasta el último momento. Perderla será un dolor inmenso.

—No hay edad para quedarse huérfana.

Arreglado el papeleo de la herencia, adoptarás la costumbre de poner flores en la tumba de tus padres todos los domingos. Así te obligabas a salir. Cerca del cementerio había una casucha miserable donde vivía un viejo barbudo. Cada semana, cuando pasabas junto a esa pared, te partía el corazón ver semejante cuchitril. El hombre no parecía triste, emanaba de él un no sé qué consolador, casi una atracción. Varias veces estuviste a punto de hablarle, pero no te atreviste. Llegabas al paseo F. La maceta llena de agua, te quedabas delante del mármol, los brazos cruzados, como deseando que una voz desde lo alto te diera instrucciones para la semana. No oías nada, claro, y con una sacudida te alejabas de la tumba. El cementerio anexo nunca había quedado demasiado lejos de casa.

Para evitar que el cubo de la basura se desbordara, sacabas la bolsa antes de que se llenara. Este gesto te arrancaba una mueca de asco porque, pese al esmero que ponías en tirar los residuos en el centro del cubo, por culpa de otras manos negligentes, la bolsa siempre rezumaba un líquido sospechoso. La cerrabas y después mandabas a tu marido al contenedor. Él aprovechaba para fumarse un cigarrillo. No era prudente a su edad.

—Si hiciésemos caso a los médicos, no podríamos hacer nada.

Mientras tanto, tú comprobabas que no se hubiera quedado pegada ninguna mondadura en el fondo del cubo.

—Si no, huele mal, ¡y después es es-pan-to-so!

Decías con una voz que se enganchaba un poco en los agudos.

Desplegabas una bolsa de basura nueva, ponías papel de periódico en el fondo: esto permitía absorber la humedad de los residuos y evitaba que un líquido se acumulase y traspasara la bolsa (explicabas a Milo, que te chinchaba). Cambiabas las toallas todos los meses, luego cada quince días, y

al final todas las semanas; decías que era malsano usar demasiado tiempo la misma toalla y obligabas a tu viejo marido a echarla a la ropa sucia.

—¡Pero, abuela, no hagas tantas coladas, te cansas en balde!

—Tú métete en tus asuntos, que todavía no estoy chocha.

Pero te gustaba que se preocuparan por ti. Los oías hablar a tus espaldas cuando ibas a buscar el café.

—Venga, unas semanas más y acabará olvidando el trauma del robo, ya veréis...

Un día un gato negro empezó a robaros comida en la terraza. Enternecidos, le dais de comer. François lo llama Bigotes. El animal finge quedarse en la cocina, luego, notando la blandura de sus dueños adoptivos, se aventura en el comedor para acabar mimosamente sobre vuestras rodillas por las noches. Vuestros hijos se mofaban de vosotros diciendo «¡hay que tener mano dura!», pero apreciaban la presencia de ese animal junto a los viejos padres a los que no siempre pueden ir a ver.

Tus listas se acortaban. No te quedaba energía para hacer gran cosa. Ciertas mañanas de abril, cuando el aire recuperaba esa nitidez que despierta las ganas de recorrer grandes espacios naturales, tenías pulsiones contradictorias y dolorosas. Porque es un error creer que los años traen una amnistía; hasta el final, los deseos, la imaginación y las angustias siguen desbrozando su camino en el basamento de nuestras vidas. Qué difícil era para ti, por ejemplo, mirar en el espejo a la vieja mujer en que te habías convertido. Tú, que habías sido tan guapa, tus ojos hundidos en sus órbitas te daban miedo. Esa piel, moteada de manchas oscuras, surcada de arrugas, vista de cerca era espantosa.

Planchar era una actividad que te calmaba. Al principio la ropa yacía en desorden encima de la mesa, a tu izquierda. Desplegabas un viejo mantel y cogías una a una las prendas del montón. El agua desmineralizada emitía un gorgoteo claro al penetrar en las entrañas de la plancha hasta el nivel indicado. Y entonces empezabas. Borrar las arrugas de cada pantalón te proporcionaba una sencilla satisfacción. Con la tele encendida y la serie de las diez y media, colocabas la plancha en su base. Una hora después, la ropa se apilaba aseadamente a tu derecha. La mañana había avanzado bien. El tiempo de rellenar unos papeles y sería la hora del almuerzo.

En verano comíais fuera. Cuando sustituisteis la vieja mesa de plástico por una mesa de teca, comprendiste que habíais ascendido en la escala social. Treinta años antes mirabas exclusivamente los precios más bajos en las tiendas de bricolaje; más tarde solo compraríais la gama más alta, madera imputrescible de alta resistencia. En invierno comíais en la cocina.

Sin embargo, había cosas imposibles de limpiar, la cocina sobre todo. Alrededor de los quemadores de gas o, peor aún, alrededor de la placa eléctrica, quedaba siempre un collar de grasa negra que se ensombrecía con cada desbordamiento de leche, con cada salpicadura de aceite. Esas marcas constituían desde hacía tiempo algo semejante a una corteza que resultaba imposible hacer desaparecer, habría sido necesario cambiar la instalación, pero te negabas: tú tenías tus costumbres. También veías el paso del tiempo en ese fino magma negro que rodeaba los quemadores de la cocina, jamás eliminado pese a tus esfuerzos. Veías en él la acumulación de tu pasado, las comidas juntos, las horas transcurridas en la cocina, en pareja, con vuestros hijos, con los nietos, y de nuevo los dos, pronto sola: tu existencia entera precipitada en esas huellas de suciedad.

Después de la comida tomabas el café leyendo el periódico. Los días en que el cartero os traía una carta, descifrabas con tus gafas grandes lo que te escribían tus nietos, ¡viajaban tanto! Luego ibas a fijarla en la puerta de la nevera. Y volvías a sentarte. Era una hora tranquila, propicia a la melancolía. Tu mente permanecía un buen rato inmóvil; cuando despertabas de esas microsiestas (fuera un postigo había dado un golpe), sentías el contacto de tus manos con el hule. Esas manos habían dibujado flores, surcado el agua del mar, sacado arroz del agua hirviendo, separado las claras de las yemas, mezclado la harina con el azúcar, tecleado cuentas de gestión, consolado niños, tocado hombres; y guardaban la huella de todo lo que habían manipulado en aquella cocina, todo lo crudo que habían cocido, todo lo entero que habían cortado, todo lo duro que habían hecho papilla, sopa, por obra del cuchillo; del esfuerzo.

Estas manos sujetan hoy un envase de cartón de compotas individuales, envase verde adornado con una fotografía retocada por ordenador (una manzana y una castaña en la hoja de un árbol). Puedes leer: «Postres de fruta Andros, sabor a manzana y castaña». Y más abajo: «Ponga fruta en su vida». La sociedad Andros habla del gran esmero con que han preparado ese postre

para que aporte todos los beneficios de una porción de fruta, recomienda comer como mínimo cinco piezas de fruta y verdura al día; de acuerdo a la reglamentación, esas compotas no llevan colorantes ni conservantes ni aromas artificiales, y si quieres jugar con nosotros puedes recortar los puntos para obtener regalos con la imagen de la marca.

Y en el silencio de ese mediodía, el compresor del frigorífico se pone en marcha.

Percibimos tarde, con motivo de un acontecimiento preciso, lo que cambia lentamente cada día en nuestros cuerpos y en nuestras sociedades; y, contrariados por ese descubrimiento, nos parece una deflagración.

Una caída en una calle de Empan-sur-Nive fue uno de esos acontecimientos. Nos habíamos hecho viejos y, alterados por numerosos miedos, temerosos, deseamos la comodidad antes que nada.

Te preguntabas, al salir de urgencias, adónde había ido a parar tu vida, ese vibrante soplo de aventura que te esperaba fuera de tu habitación cuando eras una joven muchacha. Por fortuna, un transeúnte te había ayudado, había llamado a una ambulancia, «una persona mayor se ha caído de espaldas», esperó su llegada tranquilizándote. Hacía mucho tiempo que no hablabas con un desconocido, «tendría unos veinte años, un joven encantador». Te has desmayado en la camilla. La vida solo es eso después de todo, pensaste al despertar, los almuerzos en familia en la terraza; el día en que te tiraste por las montañas rusas de Luna Park; un ramo de boda; un baño en el mar; pero ya llegaban en tropel las caras de tus nietos y esa profusión de imágenes ahogaba los recuerdos más antiguos en un mar inmenso de donde no emergía nada más preciso, solo una escalofriante frustración.

La ambulancia te lleva a casa. Más tarde sacaste las cajas de zapatos donde se apilan tus fotos. Encontraste mil pruebas de la felicidad familiar. Escenas simples, que, comprendes hoy, eran momentos plenos. No había nada más que esperar, estaban todos ahí, François, Xavier, Nathalie, Juliette, todos sonrientes en un domingo de esquí o una tarde en el parque. Esas fotos nunca serían pegadas en un álbum: llega un día en que ya no es posible decir «me sobra tiempo».

Entonces, renunciando a recordar más, confundiendo a veces los nombres, llamando Léa a Juliette, sola en tu casa, tu corazón flaqueaba, cualquier música, cualquier flor te emocionaba. Te bastaba con mirar el almendro, incluso la huevera rajada de Baux-de-Provence que seguiría en su sitio de la

cocina después de tu fallecimiento, segura de su utilidad, para que tu orgullo se reblandeciese. La vida te emocionaba tanto que resultaba doloroso. Te trasladaron en una camilla a la ambulancia, la prueba de que «había que tener cuidado», «a su edad...», «más exámenes»... Porque para M. A. la vejez había empezado.

Pero antes de decaer en serio, te habías organizado. Nathalie te hacía algunas compras fuera, mientras que tú pedirás por internet aún durante mucho tiempo el agua, la leche y el vino, entrega a domicilio. Aquel sistema aliviaba a todo el mundo.

—Es muy práctico.

Te costaba hacer movimientos como alcanzar una lata en lo alto de un armario; algunas baldas se habían vaciado, en otras se habían puesto los objetos junto al borde. El césped estaba exhausto, como tú, la tierra en algunos puntos tenía hoyos.

Cuando todavía vivía, François tenía la costumbre de encender la barbacoa eléctrica y poner carne en la parrilla. Comíais en silencio. Una ensalada, una copa de vino, un cigarro. Entonces decía:

—Se está bien aquí, ¿no?

Posiblemente es la frase que más recordarás después de su muerte («se está bien aquí», «¿no estás bien aquí?») para describir a tu marido. Un manitas también. En tiempos, François había llegado a comprar seis balizas de energía solar equipadas con un detector de movimiento, que iluminaban de noche el camino empedrado. Las raras veces cuando tus hijos te llevaban a casa después de una comida festiva, esas luces de un frío pálido se apagaban automáticamente en cuanto habías cruzado la puerta. Incluso enfermo, tu marido había seguido con esas chapuzas «para ser útil en algo». No le gustaba ir al médico.

—Es lo que le perdió.

—Decía que para qué. Eres viejo, no hay que darle más vueltas.

Cuando os acostabais uno al lado del otro por la noche, cada cual leyendo su libro, pensabas siempre en la misma imagen: tu padre y tu madre tumbados cuando entrabas en su dormitorio para un último beso; él leyendo el periódico, ella hojeando una novela; y en esa repetición, que te habría hecho temblar veinte años antes, había por el contrario algo tranquilizador; apagabas la luz. Os dormíais muy juntitos.

Pero un día François ya no estará ahí. Fue una muerte muy dulce, durante la siesta.

—Te noto muy cansado, deberías echarte.

—Tienes razón, voy a acostarme. Sube a despertarme antes de que llegue Nathalie.

—Hasta luego, cariño.

—Hasta luego.

Así es como, un día, te quedas viuda.

François de golpe y porrazo proyectado lejos, en un cementerio, en una conversación, en un marco de fotos. Y, al mismo tiempo, convirtiéndose en el ser más cercano, más íntimo, el hombre de tu vida, el que abre ante ti el camino hacia la muerte. En tu dolor le atribuías cualidades con frecuencia poco constatadas en vida, François era gracioso, sorprendente, inteligente, generoso, tierno, era valiente, era alegre. Durante el entierro te sentaron en el coche de Milo, el que seguía al coche fúnebre (estabais en la autovía, lo recuerda), y el joven te oyó pronunciar esta frase:

—¡Ay, mi François, voy a echar de menos a mi François!

Lo más triste era comer sola, era la cama vacía. Tu marido había sido una armadura entre el mundo y tú, el menor ruido empezó a sobresaltarte. No es de extrañar que unos años después te desplomes en una calle de Empan.

Después de haber soñado tristemente con esas fotos toda una tarde, te faltan fuerzas para guardar la caja de cartón.

En esto llaman a la puerta, es Nathalie.

Todo el mundo se había asustado mucho al recibir una llamada de urgencias. Durante un tiempo tus hijos irán a verte más. Tu hija comenta las fotos, ríe demasiado alto, saca las compras de una bolsa, se pasea por la casa, abre el frigorífico, guarda la vajilla, vigila tus cajas de medicamentos. Te dejas regañar. Viéndola así de nerviosa, habrías querido pararla para abrazarla, decirle «Te quiero», decirle «Gracias», pero no te atrevías. Tardes enteras transcurrían en la nostalgia. Recordabas aquella velada en el casino; en aquellos tiempos lo deseabas todo con tanta fuerza, eras tan poderosa, te sentías tan llena, François había apoyado sus manos en tus caderas, estabais tan intensamente vivos. Cuando caía la noche subías a duras penas al dormitorio. Durante mucho tiempo creíste ver allí a tu marido inmóvil, tal y

como se te había aparecido, apaciblemente muerto en su sueño. Te sentabas en el borde de la cama, mirando el vacío dejado por la huella de su cuerpo en el colchón. A menudo llorabas, pues es una pérdida considerable no volver a sentir un cuerpo caliente contra el tuyo, no volver a oír la voz que te llama por tu nombre de día y de noche.

Por la mañana, Nathalie te encontraba soñolienta en la cocina, sentada cerca del calefactor con Bigotes y el ronroneo del frigorífico por acompañantes. Después de la muerte de tu marido, la vejez te hace descender una serie de peldaños de golpe. Te crecen pelos blancos en la barbilla. Se te caen los dientes. Te menguan los labios. La parte inferior de tu cara se recorta, tu nariz se alarga por un fenómeno de atrofia de los tejidos. Con la edad, el cerebro consume menos oxígeno, los pulmones pierden su capacidad, el tacto, el gusto, el olfato son menos agudos, pierdes con más facilidad el equilibrio y un día celebrarás tus ochenta años. Aún bastante lúcida, te resultará raro que seas tú, esa viejísima mujer frente a una tarta redonda, y te resultará raro también ese desdoblamiento.

—¡Ay, queridos! ¡Qué contenta estoy de veros!

Durante la semana solo aparcarán frente al número 12 del Sendero de los Pinos los vehículos de las enfermeras autónomas de Valvoisin. Te ayudan a subir los dos escalones que separan la terraza de la cocina. Llamabas a tu hija.

—Pero si vino ayer, señora, ¿se acuerda?

Te aferrarás a lo que no había cambiado: los resultados del bachillerato en el diario local, la sirena de los bomberos el primer miércoles del mes a mediodía, un gato que maúlla delante de un plato.

Y tu hijo, tan amable, que viene a podar el césped todos los meses.

—Es Milo, su nieto, señora, no su hijo. Se confunde.

—¿Qué dice?

Ya no irás al mercado si no es con ayuda de alguien. Te traerán las compras. Pronto una desconocida te preparará la comida.

Dirás «lo sabía» sin acordarte.

Te pondrán una silla en la ducha.

—¿Quién dice que es? ¡Yo no le abro a nadie!

El collar de telealarma permanecerá en la mesilla de noche; Nathalie te reñirá mientras te lo cuelga otra vez al cuello.

Quisieron llevarte a una residencia. Encerrada en la habitación soltaste gritos dementes: «¡Me han secuestrado! ¡Socorro!» Tuvieron que devolverte a casa a toda prisa. Consciente de haber hecho puro teatro, dejarás que digan delante de ti: «Se le ha ido la cabeza...» Y será tu última victoria: quedarte en tu casa.

Colorearán en el mando a distancia el botón stop del televisor.

El calendario del vestíbulo mostrará todo el año la misma foto de la primavera.

Nathalie te pedirá que firmes papeles y cheques, dejarás que te despojen de todas tus preocupaciones.

Comerás con dificultad.

Te caerás una primera vez. Unos días en el hospital. Una neblina.

De vuelta a casa regarás lentamente los geranios con la pequeña regadera que Léa llenaba en el grifo cuando iba a verte.

Viene gente a verte. No ha venido nadie. Todo el mundo me abandona.

Perderás la voz.

Una mañana sufrirás una caída mortal al levantarte de la cama. Nadie estará ahí para recogerte y dos lágrimas quedarán ocultas bajo los pliegues de

los párpados. Será la asistente («¿señora, me oye, señora?») quien las verá resbalar y caer al suelo al darte unas palmaditas en la mejilla.

Seguirán las exequias; Xavier, Nathalie y Juliette se reunirán ante notario. Tras descartar la indivisión, y muy a su pesar, optarán por la venta; vendrá un agente inmobiliario, recibiréis la visita de un comprador, se hará un cargo en una cuenta bancaria, se cortará un árbol, otra mujer embarazada irá a vivir entre esas paredes y todo continuará; o eso crees.

AGRADECIMIENTOS

Como dijo Virginia Woolf, «la actitud poética depende en gran parte de elementos materiales; requiere ocio y un poco de dinero y esa posibilidad que el dinero y el ocio nos dan para observar la realidad de forma impersonal y desapasionada». Durante la redacción de esta novela recibí una beca del Centro Nacional del Libro (CNL) y el apoyo de la ciudad de Brive-la-Gaillarde para trabajar en una residencia de escritores. Que estas instituciones y las personas que las hacen posibles encuentren aquí mi más profunda gratitud. Vaya mi agradecimiento a mis asesoras de la Oficina de Empleo por su generosidad. Agradezco a mi familia y a mis amigos sus comentarios, sus ánimos y las ocasiones en las que he podido plantar mi ordenador en sus casas. Agradezco a mi compañero su apoyo incondicional. Gracias también a mi editora.

NOTAS

¹ Barrio de negocios de París (*N. de la T.*)

² Comisión Técnica de Orientación y Reclasificación Profesional. (*N. de la T.*)